
CADA NOTA ES UN RECUERDO
La Sonata
UNA NOVELA DE
ROBERTO R. BENGOA

La Sonata

Roberto R. Bengoa

ISBN:
ISBN:
WGA Registration # :1366740

Para mi madre:
De tu árbol han surgido flores de maravillosos recuerdos.

Cuando se está más cerca de la muerte,
es cuando más se anhela vivir. Como el otoño espera que tarde más
la caída de la primera nieve.

Prólogo

¿De dónde viene la música que mezcla sus notas con las gotas de lluvia al golpear contra el ventanal?

El agua de lluvia resbaló a través del cristal y brilló con las luces de la ciudad en *Broadway 72nd Street en Nueva York*. En ese mismo ventanal, se reflejó el semblante cansado y triste de Cristian Lagos. Con los ojos hinchados por tanto llorar, miró la partitura musical sobre el piano Fazioli. El joven llevaba una barba de varios días. Estaba delgado, o más bien flaco. Tanto que sus pómulos sobresalían por debajo de sus grandes ojeras. De pronto, la melodía se apagó, dejando un eco entre las paredes del apartamento ubicado en el quinto piso.

Cristian permaneció inmóvil. Con los pensamientos hundidos en la partitura: miró las notas musicales en espera de una nueva compañera para poder finalizar aquella sonata que le había causado tantos dolores de cabeza. Entonces, de igual modo que brota el rocío sobre las flores al amanecer, una nueva nota se formó en su mente. Listo para continuar con su creación, sus dedos largos y finos tomaron el bolígrafo y lo llevaron a la partitura musical. Con gran agilidad, la tinta fue impregnando el papel. Las notas musicales fueron germinando; dando la impresión de bailar un vals cargado de melancolía.

Cada nota era un sentimiento impregnado en lo profundo de su alma. Al no dejarlas salir, de seguro lo asfixiaría y eventualmente lo mataría. Tendría que sacarlas todas; darles vida. No dejar que se hundieran en el olvido.

En el encabezado de la partitura, se leía una sola palabra: *«Sonata»*.

Después de escribir las notas, el joven músico las contempló por un instante. En su mente, escuchó la melodía terminada. Esto produjo una sonrisa en sus delgados labios. Una sonrisa llena de historia y tristeza. Pero, después de todo, una sonrisa. Hacía mucho que no la dibujaba en su rostro. Era un hombre joven con mucho dolor, demasiado para sus veintitrés años. A pesar de eso, al ver su obra terminada, un rayo de esperanza iluminó su rostro. El saber de que había creado algo que lo sobreviviría. Cuando su nombre quedara en el olvido, la melodía haría que alguien se enamorara.

Mirando de cerca su obra terminada, una lágrima se desprendió de su lagrimal y cayó sobre el título de la partitura. Esta se estrelló sobre la palabra *sonata*, disolviéndola y creando una tinta negra que resbaló por la partitura musical. Daba la impresión de que fuese una lágrima mezclada con el rímel de alguna doncella. Algunas notas musicales se unieron a la gota de la lágrima, quedando borradas. Eso no importó. Conocía la melodía a la perfección. La llevaba tatuada en su memoria. Incluso sin terminarla, conocía cada nota: su obra impregnaba su corazón. Pero ahora, tenía que cobrar vida. Tenerla en su mente era un acto de egoísmo; había que compartirla con el mundo. Por lo que llevó sus largos y delgados dedos a las teclas del piano. Esperó un momento y las contempló. En ese leve instante concluiría algo que le había tomado meses de trabajo. Sin saber porqué, las teclas le parecieron caballeros vestidos con fracs negros junto a doncellas con vestidos blancos.

El joven músico se dio su tiempo. Las yemas de sus dedos acariciaron las teclas tal como lo haría un amante a su cortejada. Suave y con dulzura, la música cubrió el pequeño apartamento de un solo dormitorio ubicado en aquel piso de la ciudad de Nueva York. La sala se encontraba a oscuras. Solo la tenue luz vespertina de azul pálido pintaba la habitación. La melodía resonó en cada rincón. Era suave, melancólica, dolorosa.

Cristian tocó la música con los ojos cerrados; parecía dormir. Soñando algo maravilloso. La música se detuvo de nuevo. Era el momento de escribir otra nota musical. Una más. No quería terminar la sonata y dejar ir a su amante de tantos meses. De nuevo, sus dedos se acercaron a las teclas del piano cuando se dio cuenta de algo. No supo si fue el cansancio de tantas noches en vela o la pasión por aquella sonata que lo llevó a mirar un piano donde no existía. En su lugar, había un escritorio con teclas de piano pintadas.

El joven músico parpadeó varias veces. En ese instante, recordó lo que lo había llevado a ese momento en su vida. A sacrificar la música por la música. Ofrendando la inspiración por su instrumento musical. Sin embargo, no parecía importarle. Acercó sus dedos al teclado dibujado sobre la madera y comenzó a acariciarlos. Tic-tac, tic-tac… Se escucharon los golpes en la madera. La música le llegó a la mente y, de ahí, directo a la partitura musical. Volvió a tocar las teclas de madera cuando, por arte de magia, se escuchó el sonido del piano en el pequeño apartamento. Cada golpe, en la tecla sobre la madera, formaba un dulce eco. a medida que se aumentaban los golpes en las teclas, se formaba una dulce y triste melodía.

Las notas musicales se mezclaron con el sonido de las gotas de lluvia al chocar contra el cristal del ventanal.

¿Qué había llevado a un hombre tan joven a escribir una melodía tan bella? ¿De dónde surgió la inspiración? El secreto se escondía meses atrás. En un tiempo en que su musa lo había abandonado, y solo pensaba en quitarse la vida.

Capítulo 1

El pequeño apartamento era un desastre.

Cristian Lagos llevaba meses sin limpiarlo. Discos compactos y de acetato de música de Beethoven, Mozart, Chopin y otros grandes clásicos, se encontraban regados por todas partes. Estaba amueblado con lo básico. Un sofá —con ropa sucia de varios días sobre él—; una mesita en la sala comedor con cajas de comida china y pizza. Sobre el fregadero, trastes con varios días sin lavar: un verdadero cochinero. Lo único impecable era el piano Fazioli que descansaba junto al ventanal. La ventana siempre estaba abierta, mostrando las luces de los rascacielos de la gran manzana.

Sentado frente al piano Fazioli, esta vez el real, Cristian contemplaba sus teclas. Esperaba por una musa que llevaba meses sin aparecer.

El rostro del joven era descuidado y demacrado. Sin mover un músculo, permanecía estático. Daba la impresión de ser una estatua de mármol, mirando la partitura musical. Sin embargo, la mayoría del tiempo, sus ojos estaban fijos en un par de fotos que descansaban sobre la exquisita madera pintada con barniz oscuro del instrumento. Una de las fotografías, la de blanco y negro, era la de una bella mujer en sus cuarentas. De rasgos delicados y elegantes. Tenía una apariencia piadosa: llena de dulzura. Tiernos ojos con los que miran las madres a sus hijos. Al mismo tiempo, su mirada estaba llena de dolor. Un dolor escondido por años. Al verla, daba la impresión que la imagen comenzaría a derramar lágrimas en el piano.

La otra fotografía era a colores. De una mujer mucho más joven. Tal vez a en sus veintes. No gozaba con la elegancia de la mujer en la foto de blanco y negro, pero era hermosa. Igual a la joven que camina por la calle y todo hombre voltea a verla. Luego de contemplar las fotos durante largo rato, sus ojos se fijaron en la partitura. Solo había unas pocas notas sobre ella.

Los dedos del pianista tocaron un par de notas en el piano y se detuvieron. Observó la foto de la mujer joven y sacudió la cabeza.

No podía concentrarse. Tener esos sentimientos atrapados en la mente y el corazón lo distraían. Entonces, dio un suspiro profundo. Aquel aire tibio, de finales de septiembre, entró por sus fosas nasales y llegó hasta sus pulmones, relajándolo. Todavía se sentía calor, pero la temperatura comenzaba a bajar a medida que pasaban los días. Aquellos días en que el frío se volvería tan intenso que engarrotaría sus dedos, pero, a pesar de eso, no cerraría el ventanal; había de terminar esa sonata antes de que llegara el invierno, si no lo hiciera, nunca la terminaría.

Volvió a enfocar su mirada en las teclas del piano.

Cerró los ojos e intento imaginar la música en su mente. Guiado por un sentimiento profundo, comenzó a tocar las teclas del piano. La suave melodía cubrió la habitación. Las luces de la ciudad iluminaron el rostro del joven. Parecía estar en el escenario. A pesar de su apariencia descuidada, era un joven apuesto y elegante. Cabello castaño oscuro y ojos color miel; ceja tupida y nariz recta.

Por un momento, pareció capturar la esencia de lo que quería componer, pero eran ilusiones vanas. Sin saber cómo continuar, se detuvo de nuevo. Su mente y alma estaban bloqueadas.

Fue cuando su respiración se aceleró. Sus ojos se llenaron de furia.

—¡Maldita sea mi musa! —gritó.

Arrojó la partitura musical contra la pared. Al estrellarse, las hojas cayeron y se dispersaron en el piso de madera.

—¡Maldita sea la música! ¡Maldita sea mi vida! ¡Maldita, maldita, maldita!...

El tiempo pasó con él en cuclillas en un rincón sombrío y frío. Sus largas manos cubrían su rostro. Después de un rato, alzó sus enrojecidos ojos de tanto llorar. Estaba despeinado y su cuerpo emitía un hedor rancio. ¿Cuánto tiempo llevaba sin bañarse?

Sus ojos estaban clavados en su piano Fazioli. Reparó de que lo único impecable en esa habitación era su piano. Aquel único amigo que compartía sus penas y alegrías. Paciente compañero que aguardaba sereno a que la apasionada musa regresara con su amado y, de esta forma, los tres hicieran el amor para dar a luz una hermosa melodía.

Cristian se levantó y recogió cada una de las partituras en el piso. Después, tomó asiento frente al piano y colocó las partituras en su lugar; habría que intentarlo de nuevo. Dudó unos segundos y volvió a tocar las teclas del piano. Mientras tocaba se preguntó:

«*¿A dónde irá la música? ¿Se desvanecerá en la distancia? O acaso, ¿llegará a los oídos de la musa que llevo llamando hace tanto tiempo?*».

Capítulo 2

El Concierto No. 4 en fa Menor OP. 8, 4 “Verano” de Vivaldi, explotó en el escenario.

El auditorio de Chicago, con su inmensa estructura ornamental y orgánica, presentaba la semifinal de ballet clásico. Al menos cinco mil bailarines, de todos los rincones del planeta, habían participado desde abril y, poco a poco, habían sido eliminados hasta quedar solo doscientos. Ellos alcanzarían la gran final en Nueva York. De ahí, algunos ganarían las becas para las mejores escuelas de ballet del mundo. Un sueño para toda bailarina de ballet.

«Por fin en las semifinales —pensó la joven bailarina».

Había sido un trabajo arduo y de mucho tiempo. Llevaba años tratando de pasar a la final, pero nunca había logrado llegar hasta ese punto. *«Ya es un honor llegar a las semifinales»,* decían amistades y conocidos: un consuelo para no sentirse perdedora. Pero allí estaba de nuevo Elisa Cisneros. En su última oportunidad de brillar como bailarina. El haz de luz alumbraba directo sobre su delgada y pálida figura de bailarina de ballet. Había cumplido los veintiún años (el límite de edad para competir). Si no lo lograba esta vez, sus sueños como bailarina profesional quedarían en eso, en un sueño de toda la vida. Pero esta vez sentía que todo era diferente. Su técnica era perfecta. Su baile orgánico se fundía con la música. Era una mujer menuda: apenas cuarenta y tres kilos de peso y uno sesenta de altura, pero se engrandecía en el escenario. Arriba era un titán que cubría cada rincón.

Elisa vislumbró la oscuridad delante de ella. Sin embargo, era consiente de que, detrás de aquella capa de sombras, se encontraba el monstruo de mil cabezas (que era cómo se le conocía al público). Entre la muchedumbre, los implacables jueces, examinaban cada uno de sus movimientos. Era imposible no pensar en ellos, pero debía concentrarse. Fundirse con la música. Esa noche había elegido una composición de Vivaldi. Tres minutos era el tiempo permitido para cada bailarina. Tres minutos para años y años de práctica. Tres minutos para saber qué rumbo tomaría su vida. Otro rechazo

significaba el fin. Sin embargo, la aceptación significaba la esperanza de pasar a la final. La ilusión de luchar otra batalla: esta vez la última. No tendría otra oportunidad. Su baile tenía que ser perfecto; entregar su alma en el escenario.

El baile se fue como un suspiro.

Al terminar la música, escuchó un silencio aterrador.

«¿Les habré gustado?».

En ese segundo de silencio, miles de sensaciones y pensamientos pasaron en su cuerpo, alma y mente. Estaba exhausta. Cuerpo y cara le brillaban de sudor. Deseaba penetrar en las mentes del público y, sobre todo, en la de los jueces. Pero no hubo necesidad de leer la mente de nadie. Después de un suspiro, la explosión de aplausos la hizo sentir segura. Había conquistado al público. Eso era buena señal. Las luces del auditorio se encendieron e iluminaron a las personas vitoreando de pie. Elisa hizo una pequeña reverencia y, antes de abandonar el escenario, miró de reojo a los tres jueces que la miraban con rostros de piedra mientras tomaban notas en sus libretas. Era imposible penetrar aquellos ojos y saber lo que pensaban. Sin poder hacer nada más, Elisa, dio una segunda reverencia e hizo mutis.

Una hora y media más tarde, y después de innumerables bailarines presentando sus coreografías, llegó el momento de la verdad. Más de ciento cincuenta bailarines con mallas y disfraces llamativos de piratas, árabes, gitanos y otra gran variedad de vestuarios, se alinearon a lo largo del escenario esperando los resultados. En esa larga fila estaban Elisa y, a su lado, Gabriela. Ambas apretaron sus manos nerviosas. Los recuerdos de hace exactamente un año, en el mismo lugar, llegaban a sus cabezas.

♪♫♪

Cuando ambas fueron rechazadas en las semifinales del año pasado, se abrió un fuerte vínculo entre ellas. Juraron que ese año ensayarían sin descanso. Entonces, ambas practicaron los siguientes meses hasta que perfeccionaron su técnica. Compartieron gastos. Pasaron penalidades con sus trabajos de medio tiempo como meseras en un club nocturno. No había tiempo para relaciones de pareja. El Día de Acción de Gracias, Navidad, Año Nuevo, serían sacrificados para alcanzar la perfección en la rutina de baile. Vivían en un estudio cerca de la escuela de baile que estaba abierta para ellas a todas horas. Repasaban sus rutinas hasta el agotamiento. Las dos se apoyaron en sus momentos difíciles: compartiendo

felicidades y tristezas. Un año lleno de esfuerzos, frustraciones y sacrificios. Un año que se redujo a ese momento en el escenario y a tres jueces que las miraban con ojos inexpresivos.

♪♫♪

Las manos de Elisa y Gabriela sudaron en el momento en que se presionaron una con la otra. Fue cuando el maestro de ceremonias entró al escenario con las tarjetas para decir quién iría a la gran final en Nueva York que se llevaría acabo en solo dos meses. Lo que saliera de esas notas las haría continuar en la lucha o regresar a casa. Algo que tuvieron que esperar por más de quince minutos ya que el maestro de ceremonias dio prioridad a la categoría infantil.

Después de aquellos minutos de tortura, dio paso a anunciar la categoría de las bailarinas entre los dieciocho y veintiún años: la categoría de Elisa y Gabriela.

—Las cinco bailarinas que pasan a la final en Nueva York son… —anunció el maestro de ceremonias con entusiasmo.

Elisa miró al hombre vestido con esmoquin negro y le recordó al muñeco Kent de Barbie. «*Quizá era el exceso de maquillaje o lo perfectamente bien peinado y engomado que estaba su cabello*».

Gabriela apretó la mano de Elisa con fuerza.

—Gabriela… Gabriela…. Por favor, menciona mi nombre. Solo di mi nombre.

—Anthony Álvarez… —dijo el maestro de ceremonias con una gran sonrisa.

—¡Vamos! Vamos… Solo di mi nombre… Gabriela —murmuró Gabriela mientras apretaba la mano de Elisa con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Tranquila, Gaby. Me estás lastimando.

—La segunda finalista es… —tardó en decir el maestro de ceremonias para causar tensión entre asistentes y bailarines—. Alice Walter.

La tensión era un hervor. Todas las bailarinas tensaron sus mandíbulas mientras forzaban una sonrisa y miraban a un punto distante.

—La tercera finalista es…— el maestro de ceremonias se tomó su tiempo de nuevo—. Elisa Cisneros.

Elisa tardó en reaccionar.

«¿Había escuchado bien? ¿No se habrá equivocado aquel maestro de ceremonias con el rostro de Kent?».

Elisa se volvió para ver a Gabriela. Su amiga la miraba alegre y

con una enorme sonrisa. Esa sonrisa le confirmó que no había sido un error. Por fin pasaba a la gran final en Nueva York. Ahora competiría contra bailarines de todo el mundo: Francia, Japón, Italia… No importaba. Tenía dos meses para prepararse.

Se escuchó el nombre de la cuarta finalista. Una Carol Smith. La tensión aumentó tanto que una energía de silencio incómodo se percibió en el auditorio.

—Sigues tú, Gaby —expresó Elisa con una sonrisa al ver a su amiga.

Algo le dijo a Elisa que ese viaje lo terminarían juntas. Ya veía a ambas en la gran manzana ensayando a todas horas; exigiéndose y exprimiendo hasta su último gramo de talento. Compartiendo un estudio barato donde solo llegarían para dormir.

—Sigue tu nombre, Gaby —repitió Elisa.

Gabriela asintió: era su turno de sentirse orgullosa de sí misma.

Capítulo 3

Llegó la hora de darse por vencida.

Fue lo que pensó Gabriela cuando empacó sus cosas en una maleta marrón rectangular y vieja. Intentó esconder su tristeza, dando aquella sonrisa en un intento de reprimir las lágrimas. Cosa que no pudo lograr. Sus ojos se cargaron con tanta humedad que las lágrimas se desbordaron en una cascada por sus mejillas.

—Es triste saber que, incluso, cuando diste lo mejor de ti, todavía no eres lo suficientemente buena —susurró Gabriela al mirar aquel estudio de apartamento donde quedaban tantas ilusiones perdidas.

Por un breve momento, Elisa la contempló en silencio. De alguna manera tenía que encontrar las palabras correctas para animar a su amiga.

—Soy terrible maquillándome. Necesitaré tu ayuda —dijo al fin.

—Bonito premio de consolación.

Elisa se sintió estúpida por aquel comentario. Había dicho lo primero que se le vino a la mente y solo había logrado hacer que su amiga se sintiera peor. Ese año y, en todos los concursos de baile donde participaron, Gabriela la había maquillado. Elisa era pésima para darse un retoque. Ni siquiera se maquillaba para la vida diaria. Siempre andaba con la cara deslavada. Con esa cara pálida y delgada quela hacía parecer un fantasma. Además de tener el cabello corto y desaliñado de varios colores.

En la calle pasaba desapercibida. No es que fuera fea, tenía el rostro de muñeca. Grandes ojos oscuros, nariz respingada y boca en forma de corazón. Pero se perdía entre aquellas mujeres altas que, además, usaban calzados con tacones extremadamente altos. A Elisa no le importaba mucho su apariencia ni lo que pensaran de ella. Pero arriba del escenario, las cosas eran diferentes. Su vanidad crecía. Sobre el escenario, los otros bailarines que, en muchas ocasiones, eran mucho más altos que ella, quedaban opacados. De una chica que deslucía en la calle, en el escenario se convertía en una diva. Esa diferencia sobre el escenario daba como resultado que

su mejor amiga estuviera empacando. Una mujer que le sacaba diez centímetros y de mejor figura. De cabello rubio y ojos azules. Una joven que robaba miradas en la calle. Cuando estaban juntas, los hombres preferían ligar con ella mientras que Elisa pasaba desapercibida. A pesar de todo, la belleza no le había servido de mucho en esa ocasión a Gabriela. Ahí estaba, esa hermosa mujer, empacando para irse a casa.

—¿Qué harás ahora? —preguntó Elisa.

—Hay un lugar en Florida para dar clases de ballet. Para niñas. Está cerca de la casa de mis padres, así que puedo quedarme con ellos hasta que encuentre un lugar.

—¿Entonces, eso es todo? ¿Te darás por vencida?

—¿Qué más me queda? Ya cumplí con la edad límite para concursar. Además, siendo sincera, estoy cansada de pasar hambre y frío.

Elisa guardó silencio. Gabriela era hija única. Sus padres le habían dado todo. Ese año había sido un tormento para ella. Por el contrario, para Elisa, había sido un año más. Pasar hambre y frío no era algo nuevo para ella.

—Las finales son en dos meses —dijo Gabriela mientras seguía empacando—. ¿Cómo vas a sobrevivir en todo ese tiempo sin dinero?

Elisa no supo que contestar. La vida en Nueva York era en extremo cara. Con Gabriela como compañera de cuarto, esos dos meses podrían volverse más tolerables, pero sola, sería sumamente difícil. Además, el verano estaba terminando y el otoño sería demasiado frío para quedarse en las calles. Después de meditarlo por un momento, dijo:

—Quizá podría llamarlo…

Gabriela dejó de hacer la maleta para voltear a ver a su amiga.

—¿En serio? ¿A él? ¿No aprendiste nada de la última vez?

—Lo sé. Pero no se trata solo de dinero o vivienda. Es que…

—No lo digas.

—Me gustaría arreglar las cosas con él.

Gabriela dejó escapar una risita incrédula.

—Buena suerte con eso —dijo en tono sarcástico.

Elisa no pudo replicar. Era consiente de a qué se refería su amiga. Prefirió cambiar el tema.

—¿Irás a Nueva York a verme? Necesitaré ayuda con el maquillaje.

Gabriela la miró por un breve instante. Celos y alegría quedaron en una balanza. Al final, los celos ganaron.

—Nunca me gustó ser un espectador en la vida —masculló—. Tendrás que aprender a maquillarte tú misma.

Capítulo 4

«¿A esta gente le importará lo que toco?».

Fue lo que Cristian pensó mientras que tocaba la versión para piano de *The One de Elton John.* La clientela ocasional del sábado por la noche degustaba los majares de comida internacional por no menos de trecientos dólares el platillo. Una verdadera locura.

Aquel elegante restaurante, ubicado en el *Time Warner Center,* le resultaba muy conveniente al joven músico. A solo unos pasos del metro de la línea uno, *Columbus Circle* en la avenida *Broadway*. De ahí, solo era una parada hasta su casa; le quedaba perfecto como lugar de trabajo. Podía irse caminando desde el restaurante, algo que prefería evitar. Eran seis enormes cuadras. El aire frío de otoño ya se sentía y empeoraba en la madrugada. Que era la hora en que salía el joven músico.

¿Para qué preocuparse en ese momento? La calefacción del restaurante lo mantenía caliente. Las melodías eran pan comido para un pianista como él. Además, como extra, podía comer los platillos por los que otros pagaban millonadas por ellos. Por supuesto, había algunos alimentos prohibidos para los empleados. Eso no importaba si mantenía el estómago lleno. La paga no era tan buena, pero los clientes dejaban buena propina. El apartamento donde vivía había sido heredado de su madre, por lo que no se preocupaba por pagar alquiler. Con un techo asegurado y el estómago lleno, era un tipo afortunado. Sin embargo, No era feliz. Desde hace un año vivía solo por vivir. En su mente, solo existía la idea de terminar la sonata que venía componiendo desde hace tiempo. Una vez terminada, podría hacer lo que, desde hace un año, deseaba con tanta desesperación: acabar con su vida.

«Qué ironía —pensó —. Algunos creerán que lo tengo todo y que es egoísta pensar en el suicidio. Pero, ¿qué saben ellos de cómo me siento por dentro?».

Esa tristeza había desgastado su alma y solo la sonata inconclusa le daba motivos para vivir. Una vez terminada, no le quedaba nada más.

De reojo, miró a los clientes del restaurante. Nadie prestaba atención a lo que interpretaba. Un gran pianista como él se había reducido a ser un decorado auditivo de restaurante.

«¿Qué hora será?».

Solo quería irse a casa.

Después de cerrar el restaurante y tocar un par de melodías a los meseros, barman, cocineros y al mismo dueño. Cristian devoró una enorme hamburguesa doble con queso. Los platillos elegantes y caros llenarían tan solo a un pájaro. Pero esa enorme hamburguesa calmaría su hambre de todo el día. Al terminar de comer, se despidió de los trabajadores y del gerente. Salió del restaurante y caminó hacia un lugar que lo aterrorizaba. Estaba a punto de enfrentarse a uno de sus peores miedos. El metro de Nueva York.

♪♫♪

Las puertas del vagón del metro, en la estación *Columbus Circle,* permanecían abiertas. Esperaban a que Cristian entrara, pero un muro de miedo irracional se interponía para pasar por aquel umbral. Las puertas no demoraban más de algunos segundos en cerrarse, pero esa noche, llevaban más de un minuto abiertas. Parecía que lo desafiaban a entrar. ¿Qué hacer? El frío intenso era un fuerte impedimento para caminar a casa. Al hacerlo el año pasado, había enfermado.

«Vamos —pensó—. Es solo una parada. En un par de minutos estaré fuera y, en otros cinco minutos caminando, habré llegado a casa. Después me meteré debajo las mantas y dormiré hasta tarde».

Era un viaje corto. De lo contrario, tendría que caminar treinta minutos con el viento helado de la madrugada.

Sin pensarlo, cogió una gran bocanada de aire, se armó de valor y abordó el vagón del metro.

Una vez adentro, un intenso nerviosismo lo invadió. Una descarga eléctrica de miedo se extendió por su cuerpo. Las puertas del metro seguían abiertas: lo desafiaban a quedarse adentro. Cristian cerró los ojos y deseó con todas sus fuerzas que el vagón del metro cerrara sus puertas para ponerse en marcha. Pero nada pasó. Los segundos fueron horas interminables. Él sabía que no aguantaría mucho. El sudor emergió de su frente, haciéndola brillar con pequeñas gotas frías. Estas escurrieron y entraron a sus ojos. La sal del sudor le provocó un inmenso ardor en las pupilas, obligándolo a tallarlas con las yemas de los dedos. Sus párpados se abrieron y cerraron, esperando que el lagrimeo limpiara sus ojos. Luego se dio la vuelta y miró a los pocos pasajeros perdidos en sus propios problemas. Los susurros de las personas al hablar se hicieron más fuertes, retumbando en su cabeza en un eco intenso. El

corazón del joven músico latió tan fuerte que pensó que explotaría en cualquier momento. Sintió que se ahogaba e intentó respirar, pero el aire quedaba atrapado en su garganta. Parecía que algo bloqueaba la entrada del oxígeno. Fue cuando el pitido del metro perforó sus tímpanos. No aguantaría el viaje. No importaba que fuera una parada, esos minutos serían una tortura. Por lo tanto, un segundo antes de que se cerraran las puertas del metro, saltó afuera. Las puertas golpearon uno de sus hombros al salir. El dolor fue tan intenso que pensó que se lo había dislocado. Giró el brazo varias veces para comprobar que todo estuviera en su lugar.

El metro partió al tiempo que Cristian se alejó al subir las escaleras. Luego caminó hasta la salida. Una vez fuera, recargó su cuerpo en una farola. Necesitaba con urgencia un poco de aire fresco.

Más tarde, la noche cubrió Broadway *Avenue* en un manto oscuro. En la calle, la esbelta silueta de Cristian se hacía más pequeña a medida que se alejó de la estación de metro *Columbus Circle*. Las ventiscas de aire helado soplaron, erizando los vellos de sus brazos. Pero era mejor sentir aquel frío intenso que sufrir la sensación de encierro. Por ahora, el pánico había ganado; el castigo sería un largo camino a casa.

♪♫♪

El pequeño apartamento era un lugar tan frío como en la calle. Eso gracias a las ventanas, en todo el apartamento, que permanecían abiertas todos los días y a toda hora, dejando entrar las ráfagas frías de otoño.

Cristian se apresuró a entrar y cerró la puerta detrás él. Su rostro lucía azulado. Echaba vapor por boca y nariz. Sin perder el tiempo, fue directo a su habitación y se metió en una montaña de mantas. Una vez en la cama, clavó la vista al techo. La andanada de recuerdos llenaron su cabeza con pensamientos inútiles que no lo dejarían dormir otra noche. Odiaba ese momento. Solo quedaba esperar hasta que el cansancio lo venciera, algo que sucedió dos horas después.

Capítulo 5

No sabía que odiar más: ir a dormir o despertar.

Era mediodía y la luz del sol entró de lleno por el ventanal del dormitorio, golpeando directo al rostro de Cristian.

«Maldita migraña —se dijo».

Luego, metiendo la cabeza entre las almohadas, trató de cubrirse de la brillante luz. Esperó un rato con la esperanza de volver a quedarse dormido. Algo que sabía que no iba a pasar por lo que optó sentarse en el borde de la cama. Después de unos segundos, abrió sus ojos enrojecidos e hinchados. Comprobó que los rayos del sol cubrían por completo la habitación. Luego echó un vistazo a su alrededor: «*Qué cochinero*».

La ropa sucia se entremezclaba con la limpia y estaba esparcida por todas partes; era imposible saber cuál era cuál. Menos mal que siempre tenía la ventana abierta. De lo contrario, todo el apartamento apestaría a suciedad.

Intentó ponerse de pie cuando la punzada en su cabeza se agudizó. Esa migraña lo venía persiguiendo cada mañana desde hace un año. Tenía que acabar con ella: al menos por ahora. Se puso de pie, salió del dormitorio y caminó directo al baño. Al entrar, abrió el botiquín de primeros auxilios que estaba detrás del espejo. Luego tomó un par de aspirinas. Abrió el grifo del agua y agachó la cabeza para beber directo de él. Tragó las aspirinas y volvió a poner la botella en el botiquín junto a un frasco con la etiqueta que decía: «*antidepresivos*».

Salió del baño directo a la sala de estar. El frío aumentaba cada día y las corrientes de aire hacían que se le erizaran los vellos de los brazos. Era consiente que no habría más remedio que acostumbrarse: las ventanas permanecerían abiertas sin importar cuán helado estuviese. Por el momento era aguantable, pero en el invierno sería una tortura. Tal vez, con algo de suerte, moriría congelado. En ese caso, tenía que apresurarse a terminar esa sonata que lo volvía loco.

Después de ponerse un suéter de color marrón, se sentó en el

banquillo frente al piano. Observó la partitura frente a él. Sus dedos se posaron en las teclas y esperó. Algo tenía que surgir ese día. Cualquier nueva nota sería una ganancia. Pero nada. Estaba bloqueado por completo. Miró por la ventana y observó desde arriba a las personas deambular de un lado a otro.

«¿A dónde irá toda esa gente con tanta prisa? ¿Será tan importante llegar a su destino? Al final, todos nos dirigimos a un solo lugar. A nuestra muerte».

Cristian sacudió la cabeza. De nuevo pensaba en cosas sin sentido. Luego dirigió la mirada a la mesa donde estaban dispersas las cartas de varios días. Ya era costumbre sacar las cartas de su buzón, solo para arrojarlas sobre la mesa sin abrirlas. De todos modos, ¿qué podría ser tan importante? Cuentas atrasadas y publicidad. Bueno, esa correspondencia indicaba que seguía con vida. Al menos, alguien se acordaba de él. Aunque fuera solo para cobrarle. Sin perder tiempo y, no teniendo nada mejor que hacer, se levantó y fue directo a la mesa para ver cómo el mundo exterior lo recordaba. Una a una, fue leyendo el remitente y, una a una, las fue tirando las cartas al cesto de basura que estaba a un lado de la mesa. Como había pensado. Pagos atrasados, publicidad, invitaciones a un club nocturno, cupones y especiales para el supermercado. De pronto, una de las cartas captó su atención. Más que una carta era un sobre. En el membrete se leía: *Real Academy of London*.

El joven músico lo miró por largo rato. Era una respuesta que había esperado durante mucho tiempo. Pero ahora carecía de la importancia que tuvo cuando envió la solicitud. Esa carta podía cambiar su vida para siempre. Había pasado mucho tiempo que no recibía buenas noticias, pero no creyó que su suerte hubiera cambiado. De todas formas, cualquiera que fuese el contenido de la carta, ya no importaba. Nada cambiaría la idea de terminar con su vida al completar la sonata que lo torturaba tanto. Terminarla era en extremo difícil. Una misión imposible desde que su musa lo abandonara tiempo atrás. Volvió a mirar el sobre por unos segundos. Lo pensó con cuidado, pero finalmente lo tiró al cesto de la basura.

Capítulo 6

Nuevas oportunidades traían nuevos desafíos.

Después de un viaje de más de cinco horas por tren y tomar el metro hasta la estación de *Wall Street*, Elisa llegó a su destino. Llevaba vaqueros descolorados y una camiseta azul cielo dos tallas más grande. Por único equipaje, cargaba un mochilero de lana descolorido con un carácter chino en la parte trasera. Eran las cuatro de la tarde y estaba terriblemente hambrienta. Pero no contaba con mucho dinero; no podía darse el lujo de gastar ni un solo centavo, ni siquiera para comer.

Al salir de la estación, anduvo por las calles del centro financiero. La sensación que daba la gran manzana, a los recién llegados, era intimidante. Estar al lado de aquellos enormes rascacielos daba la impresión de que serian devorados. Pero a Elisa la engrandecía. No era la primera vez en esa ciudad cosmopolita. Allí había sido su introducción al ballet. Muchos años estudiando baile antes de recorrer todo el país con su mochila al hombro. Siempre trabajando como mesera o profesora de baile para niñas. Cuando se enteró de las competencias de ballet y los premios de estudiar en las mejores escuelas del mundo, no lo pensó dos veces y participó por tres años. En esas competencias descubrió lo mucho que le faltaba como bailarina, por lo que se preparó mejor cada año. Nunca había pasado a las finales. Al menos hasta ahora. Era su oportunidad de oro; no la dejaría escapar.

Sus pensamientos retornaron a la realidad al seguir caminando. Levantó la vista para contemplar los rascacielos a su alrededor. Esto la hizo sentir aún más pequeña de lo que ya era. Era una ciudad que se imponía y, al mismo tiempo, la invitaba a triunfar. Pero para hacerlo, debía de competir con los mejores de todo el mundo.

Después de caminar un rato, sacó el teléfono móvil del bolsillo. Le quedaban dos meses de servicio. Después de eso, quedaría incomunicada del mundo. Miró la pantalla con el teclado virtual por largo rato y dudó en llamar. Reflexionando, supo que no tenía muchas opciones. Al fin, optó por hacer la llamada.

Después de un par de tonos, se escuchó la voz de una mujer por el auricular. De inmediato, supo de quién se trataba y colgó. No pensaba hablar con esa mujer por nada del mundo. En ese instante, su estómago chilló de hambre. No tenía opción, debía ver al único hombre que podía ayudarla.

♪♫♪

Elisa esperó hasta las cinco de la tarde en una plaza. En ese momento, el hambre ya era insoportable. En un intento de querer engañar a su estómago, se puso los auriculares. La canción de *David Bowie: This is not America,* resonó en su cerebro al tiempo que miró pasar a los transeúntes. Personas rumbo a un lugar que, algunas veces y por azares del destino, podrían terminar en una dirección completamente diferente a la deseada. Los minutos pasaron. La tarde cayó sobre la ciudad. En los cristales de los rascacielos, se reflejó un color melocotón, daba la impresión de que edificios y crepúsculo fueran el mismo.

Después de varios minutos, un hombre, de unos cincuenta y tantos años, salió de uno de aquellos enormes edificios. Al verlo, las manos de Elisa comenzaron a sudar y su corazón latió con fuerza. Hacía tiempo que no lo veía: un par de años… Tal vez más. De inmediato, se puso de pie y comenzó a seguirlo. La personalidad del hombre era fuerte. Cabello entrecano que lo hacía verse más atractivo. Vestía un traje *Armani* azul oscuro y, en su brazo derecho, cargaba un portafolios negro.

Tratando de no ser vista, Elisa lo siguió de cerca. Se consideraba una mujer segura de sí misma, pero estar cerca de ese hombre siempre la ponía nerviosa. Al estar a punto de darse valor para hablarle, el hombre se encontró con una mujer que pasaba de sus cincuenta años.

Elisa paró en seco. No imaginaba que la fuera a ver esa tarde. Las cosas no se veían bien para la joven bailarina. No podía permitirse perder un solo día. Tenía que hablar con ese hombre ahora. Pensó en acercarse de repente, pero descartó la idea. El encuentro tenía que ser lo más casual posible o, al menos, dar esa impresión.

Después de que el hombre y la mujer se besaran levemente en los labios, continuaron su camino. En esta ocasión, Elisa guardo su distancia. Los siguió un par de calles hasta que los vio entrar en un *Midtown Restaurant.* En ese momento, Elisa tuvo la idea de cómo abordarlo y cenar gratis.

Una vez sentada en la barra, Elisa pidió una *Spacy Thai Salad with chicken y un Chipotle Chicken sándwich con Tocino y Aguacate.* Todo lo pasó con un *Green Tea de Papaya.* Las personas que la vieron comer no se explicaban cómo esa aspiradora de calorías podía estar tan delgada. Después de devorar la comida, miró de reojo al hombre y a la mujer sentados en una mesa tranquila al lado de la ventana que daba a la calle. Él terminaba un *Chicken Tortelline Alfredo,* y ella una *Cesar Salad with chicken,* bañada con un aderezo de mil islas.

«¿Para qué se hace la tonta si pide un aderezo repleto de calorías? —reflexionó Elisa».

Cuando llegaron al café, la joven bailarina supo que era la hora de hacerse presente. Una excelente escusa para causarle una mala digestión a esa mujer. Por lo que le clavó la mirada y esperó unos segundos para que se diera la vuelta. Mientras la observaba, percibió toda esa belleza artificial: una combinación de cirugías estéticas y colágeno. Todo para ganarle tiempo a los años. Lo cual sería más difícil cada día.

La mujer sintió la mirada y giró su cabeza a un lado. Elisa sonrió al lograr su objetivo: causarle una terrible indigestión a la mujer.

—Sergio, ahí está Elisa —susurró la mujer.

De inmediato, Sergio se volvió y miró por encima del hombro de su esposa. Fue cuando vio a Elisa agitar la mano, dando un saludo de completo asombro. Sergio respiró hondo. No podía creer lo que miraban sus ojos. Aquella chica siempre aparecía en el momento menos esperado.

—Carolina… —susurró Sergio.

—Lo sé, lo sé… Intentaré no ser grosera.

Elisa trató de dar su mejor sonrisa al acercarse a la mesa de Sergio y su esposa.

—¡Carolina! ¡Papá! ¡Qué sorpresa!

Al oír la palabra: *«papá»,* Carolina tragó saliva, pero intentó, con todas sus fuerzas, de mantener su palabra y no ser grosera.

—Ya creo que lo es —respondió Carolina.

—¿Qué estás haciendo en Nueva York, Elisa? —preguntó Sergio.

—También me da gusto verte, papá.

Sergio captó la indirecta e intento suavizar la situación.

—A mí también me da mucho gusto verte. ¿No me digas que por fin vas a estudiar economía?

—Bueno, para ser sincera; vengo persiguiendo mi sueño, no el tuyo.

Sergio frunció el ceño. Dudaba que fuera una visita de cortesía.

—He venido a Nueva York porque… ¡Sorpresa! ¡Estoy en las finales! —dijo al fin Elisa.

—¿Finales? ¿Qué finales? —preguntó Sergio.

—Ballet… ¿Lo recuerdas? Soy bailarina clásica.

—¿Todavía andas brincando y girando? —preguntó Carolina en tono sarcástico.

—Se llama ballet —respondió Elisa—. ¿Acaso lo conoces?

—Por su puesto que lo conozco. ¿Pero quién lo hubiera imaginado? Después de todos esos años de fracaso tras fracaso.

La tensión aumentó. Era como estar parado por debajo de un volcán a punto de hacer erupción.

—Bueno, creo que ya te habrás dado cuenta que no soy una persona que se da por vencida tan fácilmente.

—¡Vaya! Créeme, lo sé. Pero la vida de las bailarinas es muy corta y… no te estás haciendo más joven.

—No tanto para hacerme cirugía y llenarme de colágeno. Por cierto, ¿no eras de talla 32c? Te ves un poquito…, más grande.

Carolina sintió la sangre hervir.

—La edad no perdona a nadie. Pero a tu edad, era mucho más bella de lo que jamás serás.

—¡Oh! No lo dudo. Pero en este momento, soy yo quien roba las miradas en la calle.

—Chicas, Chicas —intervino Sergio—. Demos fin a esta plática. Elisa, estoy muy contento de que estés logrando tus sueños.

—Las finales son en dos meses. Me gustaría que vinieras a verme.

Sergio estuvo a punto de contestar cuando Carolina lo interrumpió.

—Lo sentimos mucho, Elisa. Pero ya tenemos planes.

—No te preocupes. Solo te lo robaré por una noche.

—¿Así cómo lo hizo tu madre?

Las palabras de Carolina fueron un golpe en la boca del estómago de Elisa. El pasado y los errores de los demás eran una sombra que la perseguían. Era algo con lo que había vivido toda su vida, pero jamás lograba acostumbrarse a ello.

La tensión llegó a tal extremo que Sergio decidió cortar la conversación. Se puso de pie y tomó el antebrazo de Elisa.

—Vamos, Elisa —dijo mientras la conducía cerca de la salida—. Me disculpo por las palabras de Carolina, pero…

—Lo que diga no me afecta —dijo Elisa al detenerse en seco—. Papá, necesito un lugar donde quedarme. Solo será por un par de meses. En lo que me preparo para la final…

Sergio la observó por un instante. Ella era el fruto de un amor prohibido, pero no dejaba de ser su hija.

—Te imaginas vivir bajo el mismo techo que Carolina.

Elisa negó con la cabeza. Reconocía que había sido una mala idea desde el principio.

—Entonces, ¿podrías ayudarme con algo de dinero? Puedes estar seguro de que será la última vez que pida tu ayuda.

—Bueno, es un mal momento. Podría ayudarte con unos doscientos o trecientos dólares.

Elisa sabía que ese dinero, en una ciudad como Nueva York, se le acabaría en un par de días.

—Llámame la próxima semana y te podré dar algo más.

—No te preocupes. Buscaré a una amiga para quedarme con ella. No quiero tu caridad.

Sergio cogió una gran bocanada de aire. Se sintió mal al no poder ayudar más a su única hija. Luego, intentó justificarse culpándola a ella.

—Debiste haber estudiado una carrera de verdad. Algo más práctico. Economía, por ejemplo.

—Esa hubiera sido una buena opción, pero hubiera sido tú y dejado de ser yo misma.

Elisa estuvo a punto de salir cuando se detuvo de repente.

—¿Qué es tan importante para que no vayas a verme a las finales?

—Carolina y yo haremos un viaje al Mediterráneo.

—Ya veo. ¿Costoso?

—Mucho más de lo que imaginas.

—Entonces, pensándolo bien…, trescientos dólares no te harán más pobre.

Elisa arrebató el dinero de la mano de su padre. Antes de salir dijo:

—Se me olvidaba, ¿podrías pagar mi cuenta? Ando corta de dinero.

Luego, sin decir más, salió del restaurante, dejando a Sergio con la boca abierta.

Capítulo 7

La ciudad era otra a medida que llegaba la noche.

El frío viento de octubre olía a lluvia. Se avecinaba una tormenta, así que, al percibir aquel aroma frío y húmedo, Jorge apresuró el paso. Sus piernas ya no eran tan veloces y su abultado vientre hacía todavía más difícil avanzar a la velocidad que deseaba. Pero debía de llegar a la reunión con su viejo amigo. Una amistad de treinta años. Habían pasado desde momentos maravillosos hasta los más trágicos. Aquel amigo, caído en desgracia, había sido presa del alcoholismo. Pero ese día cumplía seis meses sobrio. Un gran logro y tenían que celebrarlo juntos. Aunque fuera con un café cargado.

Ya estaba cerca del lugar. Con suerte, le ganaría a la lluvia. Sintió sus piernas acalambrase a cada paso. Su cuerpo ya no era la máquina perfecta que solía ser. Ahora era un vehículo viejo que necesitaba de constante mantenimiento. Pero, siendo médico, procuraba mantenerlo en buen estado. Aunque cada día encontrase un nuevo desperfecto. Jorge siguió avanzando al tiempo que alzó la vista. Sus gafas de aumento, pequeñas y redondas, divisaron el letrero en el lugar de la reunión. Decía: AA.

Entonces, se percató cómo las pequeñas gotas de lluvia se estrellaron en los cristales de sus gafas.

«Apenas a tiempo —pensó».

Luego acarició su abundante barba gris. Con gran esfuerzo, subió los escalones que lo llevaron a la sala de conferencias de Alcohólicos Anónimos.

♪♫♪

Después de beber un café negro bien cargado y devorar un plato lleno de galletitas de canela, Jorge tomó asiento en una de las tantas sillas plegables de plástico negro. Esperó largo rato, escuchando los testimonios de mujeres y hombres que llevaban meses y, algunos pocos, años sin beber una sola copa de alcohol.

Después de unos minutos, la persona que le interesaba pasó al estrado. Aquel amigo inseparable que había caído en desgracia por culpa de la bebida y de las malas decisiones.

«Puedes reírte de la vida por un tiempo, pero la vida siempre terminará riéndose de ti —pensó Jorge».

La vida de su amigo había sido una juerga, pero ahora la vida se carcajeaba de él al verlo derrotado. Después de tocar fondo, ahora su amigo se levantaba para tomar la vida en serio.

Cuando Jorge vio a su entrañable amigo hablando en el estrado de su experiencia como alcohólico, una infinidad de sentimientos encontrados lo bombardearon. Sin duda estaba feliz de ver a su amigo recuperado, pero triste al no ser ni la sombra de lo que fue alguna vez. Rogelio Lagos. El mejor pianista y concertista de los últimos tiempos. Con una personalidad y galanura que muchos hombres envidiaban. Medía casi uno noventa. De facciones firmes, pero elegantes. A pesar de pasar los cincuenta años de edad, estos le asentaban mejor. Sus ojos eran de color violeta, penetrantes y alegres. Su cabello, entrecano, lo hacía verse más interesante. De cuerpo delgado, dedos largos y finos. Siempre impecable. Con labios delgados que al sonreír mostraban dientes blancos y bien alineados. Ese había sido Rogelio Lagos. Y lo que cincuenta años de vida no habían logrado, el alcohol lo había hecho en seis meses. El hombre que sacaba suspiros al pasar, era un alcohólico más. Ahora llevaba la barba crecida. Enormes bolsas colgaban debajo de sus ojos. Aquellos trajes a la medida que siempre usaba con elegancia, parecían quedarle grandes. Daba la impresión que había encogido. Caminaba corvo: siempre mirando al suelo. Aunque estuviera aseado, era como esos alcohólicos que, a pesar de darse un baño, no podían desprenderse de aquella apariencia de descuido. ¿En qué se había convertido su amigo? ¿Pero, acaso importaba? No había cogido una copa en medio año. Ese medio año que habían sido un infierno para él llegaba a su fin y, sin duda, resurgiría como el ave fénix. Sin importar cuán descuidado o acabado, seguía siendo su amigo y se sentía orgulloso de él.

♪♫♪

Cuando Rogelio vio a su querido amigo, le dio un fuerte abrazo. Se habían visto esa mañana, pero parecía que no se veían en años. Después de caer en desgracia, Jorge le había dado asilo en su casa. Había sido una verdadera pesadilla para ambos. Una lucha constante de todos los días. La depresión de Rogelio había llegado a

tal punto que deseaba una muerte lenta y llena de culpas. Una muerte con la bebida. Ahora eso quedaba en el olvido.

—No fue fácil —dijo Rogelio.

—Ni lo digas. Pero ahora estás aquí. Sobrio. El primer paso hacia un nuevo camino.

Rogelio sonrió. Se sentía como un hombre nuevo, pero todavía con una cadena muy pesada que arrastrar.

—¿Lo has visto? —preguntó Rogelio.

—Poco. Sé que sigue componiendo, pero se encuentra aislado del mundo. Afortunadamente, no cayó en ningún vicio.

—Parece que mi hijo es más fuerte que yo.

—Todos tenemos diferentes formas de exorcizar a nuestros demonios. ¿Cuándo piensas ir a verlo?

—No sé. En realidad lo extraño.

—Deben cerrar esa herida para que ambos sigan avanzando.

—Es una herida muy honda, mi amigo.

—Lo sé, pero ¿qué otra opción tienes? Las heridas no se curan solas. Deben ser tratadas para que no se infecten y terminen por contagiar a todo el cuerpo.

—Lo iré a ver… Lo prometo. Sanaré la herida con mi hijo.

Sin decir más, ambos dieron un sorbo a ese café fuerte y amargo.

Capítulo 8

La tormenta cayó sobre la ciudad con tal fuerza que parecía limpiar sus pecados.

El caótico tráfico, en la quinta avenida, era un infierno. Así era todos los días, pero en esa tarde lluviosa, había empeorado gracias al aparatoso accidente. El Lexus negro tenía la puerta del pasajero y el cofre destrozado. Ni las enormes gotas de lluvia que caían sobre el vehículo impedían a las llamas salir por el cofre.

Dentro del Lexus, una mujer de cuarenta y cinco años reaccionaba del accidente. Su bello y fino rostro estaba cubierto de sangre. Sus ojos color olivo miraban confundidos a todos lados.

La mujer había acelerado con la luz en rojo y un camión cisterna la había golpeado de lleno. «*¿Cómo había sido tan imprudente? ¿En qué momento había perdido el control del auto?*». No entendía lo ocurrido. Solo sentía un fuerte dolor en la cabeza. Intentó moverse y sintió un intenso dolor agudo en las costillas. Aquella punzada fue tan fuerte que opacó el dolor de cabeza. En ese momento percibió el olor a humo. Tenía que salir del auto. Presionó el botón para bajar la ventanilla. No funcionó. Probó con la otra puerta. El mismo resultado. Fue cuando algo aún más aterrador la invadió. No sentía sus piernas. Quiso moverlas sin ningún resultado. Luego, con ambas manos, se pellizcó los muslos. Nada. Golpeó la ventanilla del automóvil con las palmas de sus manos. En ese instante lo vio. Entre el humo que envolvía el auto, se encontraba Cristian. El joven golpeaba la ventanilla con puños y codos.

La mujer no sabía cuánto tiempo llevaba golpeando el cristal. Un pitido en su cabeza se acrecentaba a cada segundo. Entonces, gritó algo que ni siquiera ella pudo escuchar. El pitido nublaba sus sentidos.

♪♫♪

Los golpes en la puerta se hicieron más intensos, haciendo que Cristian despertara de su letargo. En otra ocasión, se habría

enfurecido al escuchar que alguien llamara a su puerta de ese modo, pero ahora lo agradecía. Aquella pesadilla era una constante en su vida. Tanto que temía irse a dormir.

Los golpes en la puerta continuaron. Cristian apretó su entrecejo con la punta de los dedos. De nuevo aquella terrible migraña. Cada vez que tenía esa pesadilla despertaba con ella. Esperó un momento para asimilar dónde estaba: por supuesto. Se había quedado dormido de nuevo sobre las teclas del piano. Sus ojos estaban hinchados e inyectados de sangre. Respiró un par de veces y el aire helado que entraba por la ventana lo refrescó. De nuevo los golpes en la puerta. No tenía idea de quién pudiera ser. Sus amigos lo habían abandonado hace varios meses. ¿O tal vez él los había abandonado? No lo recordaba. Pensó en aquellos años en que las visitas e invitaciones a salir no cesaban. Llamadas telefónicas todos los días y a todas horas. Por supuesto fue una época en la que ganaba premios y daba conciertos de piano por toda la ciudad. Pero al caer en desgracia, las invitaciones, visitas y llamadas telefónicas disminuyeron hasta dejar de ser parte de su vida. El triunfo le había dado muchos padres, pero el fracaso lo había dejado huérfano.

De nuevo los golpes en la puerta. Sin perder el tiempo, se puso de pie y, tambaleándose, se dirigió a la puerta. Cuando la abrió quedó congelado. Era la persona que menos esperaba y menos deseaba ver. Delante de él estaba su padre.

—Hola, hijo —dijo Rogelio.

Cristian lo miró por un momento. ¿Acaso era una broma? Este hombre con cabello enmarañado y ojos tristes estaba lejos de ser su padre. La elegancia y porte distinguido eran eclipsados con ese traje viejo y arrugado que parecía que le quedaba grande. Por un momento sintió lástima de su padre, pero el odio era un sentimiento más fuerte. Aquel odio se acrecentó al verlo entrar al apartamento sin permiso.

—No es bueno que vivas así —dijo su padre al mirar alrededor —. Necesitas limpiar tu apartamento.

Cristian permaneció de pie junto a la puerta. Sus ojos arrojaron lumbre.

—Hace frío aquí —prosiguió Rogelio—. ¿Por qué no cierras las ventanas?

Rogelio caminó hacia la ventana, pero Cristian, con movimiento rápido, se adelantó y colocó la palma de su mano sobre el cristal del ventanal.

—Te gusta el aire fresco, ¿eh?

Luego caminó hacia el piano y acarició sus teclas.

—El piano de tu madre. Me alegro de que lo conserves tan bien.

Se acercó y miró las notas en la partitura.

—¿Estás componiendo de nuevo?

Rogelio asintió al tiempo que las lágrimas se estancaron en sus ojos.

—Ha pasado mucho tiempo desde que toqué una tecla…

Con movimiento veloz, Cristian, avanzó al piano, interponiéndose entre él y su padre. Luego negó con la cabeza en señal para que se alejara de el piano.

—Lo sé —dijo Rogelio al dar dos pasos atrás—. Somos iguales. Nadie toca nuestro piano.

Se paró en medio de la sala y buscó las palabras correctas.

—Hoy cumplo medio año sin tomar una sola copa. Tal vez, ahora, vuelva a la música. Quizá podríamos…

—¿Para qué demonios has venido? —dijo Cristian con furia contenida.

—Vamos, hijo… No me hables en ese tono.

—¿Cómo te atreves a venir aquí? Al departamento que fue de mi madre. ¿Crees que estaría muy contenta de verte aquí?

—Es posible que no me creas, pero también la extraño.

—¡Vaya! Ahora resulta que la extrañas. Siempre extrañamos más a las personas que no podemos tener.

—Hijo…

—¡No! No te atrevas.

—Soy tu padre. Nos necesitamos el uno al otro.

—Yo no… No te necesito. Me va muy bien sin ti. Mi única familia se fue el día que murió mi madre.

—Por favor, dejemos el pasado atrás.

Cristian tembló de ira y dijo:

—¿Es ese uno de los doce pasos de Alcohólicos Anónimos? ¿Pedir perdón? Tú no te disculpas por lo que hiciste. Lo que quieres es el consuelo de tu único hijo. Bueno, déjame decirte algo: ese hijo al que nunca procuraste, por cumplir un ego personal, ya no te necesita. Ese hijo dejó de ser niño para convertirse en hombre. Y ese hombre te odia. Así que sal de mi vida.

Rogelio se mordió el labio inferior. Un aura de soledad lo envolvió. Aquellas palabras le habían calado muy hondo, pero debía de resolver el problema con su hijo o de lo contrario nunca alcanzaría la paz que tanto necesitaba.

—Cristian… —intentó razonar con él.

—¡Largo de aquí!

Rogelio se petrificó. Su mirada se llenó de tristeza. Cristian lo

percibió y, por un momento, deseó suavizar las cosas, pero el odio se impuso ante la compasión.

—Solo vete, por favor.

Abatido, Rogelio dio media vuelta y salió del apartamento, cerrando la puerta detrás de él. No solo la puerta física: una puerta a la ilusoria esperanza que él mismo se había formado. Ahora comprendía que aquella puerta era demasiado alta para ver del otro lado.

Capítulo 9

La tormenta pasó, dejando a la ciudad con una esencia fría y llena de sentimientos melancólicos.

La tarde pasaba la estafeta a la noche. Un color azul pálido se reflejó en el cielo, seguido de nubes negras que se deslizaban con el viento.

En el quinto piso del estudio de *Dance Performance,* la luz del ventanal resplandecía con luz pálida hacia la calle. Allí, Elisa observaba las luces reflejarse en la acera mojada.

Las demás bailarinas se habían ido hace mucho; tenía el estudio solo para ella y cada segundo contaba. Las finales estaban cerca y no había tiempo que perder. De inmediato, se puso en movimiento; conectó el iPod en los amplificadores y la música pulsó en el salón de baile. Las paredes, que eran enormes espejos, vibraron con la música, así como el ventanal de pared a pared donde se veían los enormes rascacielos de la ciudad. La música era una mezcla del concierto de Aranjuez con ritmo pop. Había escogido la melodía para la final con mucho cuidado. Comenzaba suave e iba creciendo hasta explotar con ritmos acelerados. Una mezcla clásica y moderna. Perfecta para lo que quería proyectar en la final. La melodía solo duraba tres minutos. El tiempo permitido por el comité de baile. Pero era suficiente para demostrar que gozaba de los atributos de ser una bailarina de primer nivel. Durante dos horas, que era el tiempo extra que le permitían quedarse en el estudio de baile, repitió la música una y otra vez. Después de un rato, estaba empapada en sudor. Pero su concentración era más fuerte que su fatiga. Cuando se sentía completamente exhausta, imaginaba a las otras bailarinas practicando: perfeccionando sus movimientos. Tenía que ser mejor que ellas. Ya tendría tiempo de descansar cuando todo aquello pasara. Por dos horas bailó sin descanso. Sus fuertes piernas exigían una tregua y los calambres eran descargas eléctricas en sus pantorrillas. Pero su mente le exigía un poco más. Fue cuando, a la mitad de la melodía, su concentración fue interrumpida por la dueña y maestra de baile:

Amanda Vishnevskaya.

—Elisa… Ya tengo que cerrar —dijo la mujer con acento ruso.

Elisa se detuvo en seco y giró sobre sus talones para ver a la mujer de cincuenta años de figura perfecta y rostro bello y delicado.

—Sé que es importante para ti, pero mañana podrás venir más temprano.

Elisa asintió. Dejarla ensayar gratis y darle cierta libertad en el estudio era más de lo que podía desear. Sin embargo, esa noche iba a estirar su suerte un poco más.

Minutos después, Elisa cambió sus pantalones deportivos de color gris y su camisa azul claro, con el logotipo de una bailarina en la primera posición, por unos jeans y una playera de manga larga. Amanda le había dicho que se marchaba, pero que el guardia de seguridad le abriría la puerta. En ese momento, Elisa tentó a su suerte. Con su mochilero deslavado en la espalda, bajó sigilosa las escaleras. Luego echó un vistazo a la recepción. Ahí vio al guardia de seguridad: un afroamericano de setenta años: alto y delgado. El guardia llevaba puesto unos auriculares donde se escuchaba música de *Blues.* Al verlo tan distraído, Elisa volvió a subir las escaleras hasta el estudio de baile. Una vez allí, sacó una delgada colchoneta, de las que se usan para las clases de yoga, del mochilero. Luego la extendió en el piso. Se puso una chaqueta con capucha y se cubrió con una pequeña manta que también tenía en el mochilero. Al recostarse, el piso de madera duro y frío se le clavó en las costillas. No estaría del todo cómoda, pero era mejor que pasar la noche a la intemperie o, en el mejor de los casos, dormir en uno de esos albergues donde iban los vagabundos y correr el riesgo de que le robaran sus únicas pertenencias. No es que tuviera mucho, pero lo que cargaba en su mochilero era todo lo que tenía en la vida.

Después de un rato de intentar consolidar el sueño, se dio por vencida. No sabía si era lo incómodo del lugar o los nervios de ser atrapada y no dejarla seguir ensayando. Lo más posible era el no haber cenado. Aquella comida que su padre *«le había invitado»,* se había digerido desde la primera clase con aquellos alumnos principiantes. Después, meditó sus opciones. Recordó que solo había una cosa que le quitaba el hambre. Así que se puso de pie, colocó los auriculares de su iPod en sus oídos y comenzó a practicar de nuevo.

♪♫♪

En la azotea del edificio, frente a *Dance Performance,* Cristian

estaba sentado sobre sus talones. El frío no parecía importarle. Miraba al cielo nocturno: las nubes negras regresaban, amenazando lluvia. Si no retornara a casa lo antes posible, quedaría empapado. Algo que no le preocupaba en lo más mínimo. Sus demonios lo estaban consumiendo. Esos recuerdos que lo venían atormentando meses atrás y, al parecer, nunca lo dejarían en paz. O tal vez sí. Había una forma. Algo que venía haciendo por semanas, pero nunca concluía. Tentar su suerte. Tal vez esa noche lo terminaría. Así que se puso de pie y caminó hasta la cornisa del edificio. Una vez ahí, con mirada llena de tristeza, echó un vistazo al vacío. Lo único que lo mantenía vivo era terminar la sonata. Pero esa noche, ni siquiera la música le daba la fuerza para seguir viviendo. Sin pensarlo, saltó sobre la cornisa. Quedó de pie junto a una línea blanca marcada con cinta adhesiva. Luego cerró los ojos y comenzó a caminar mientras contaba los pasos en su mente: *«uno… dos…».*

Mientras tanto, a la misma altura, en el edificio de enfrente, Elisa, con los ojos también cerrados, contaba los pasos de baile en voz baja: *«…tres… cuatro…».*

Cristian extendió los brazos a los lados y siguió caminando. Daba un paso cada vez que contaba. Poco a poco se acercaba al final de la cornisa. *«…cinco… seis…».* Sopló una corriente helada; abrió los ojos. Miró que sus pies estaban a un paso de una caída de cinco pisos. Entonces, algo poderoso e invisible le hizo alzar la mirada. Fue cuando la vio por primera vez. Ahí estaba. Hermosa y con movimientos elegantes.

«¿Quién es ese bello ser?».

Su corazón latió con fuerza al verla bailar. Un sentimiento inexplicable oprimió su pecho y la inspiración brotó por cada célula de su cuerpo. No escuchaba la música con la que bailaba la chica. No era necesario. Una hermosa melodía se formó en su mente. La musa, a la cual había llamado durante tanto tiempo, aparecía frente a él.

♪♫♪

Elisa permanecía sumergida contando los pasos de baile en su cabeza: *«…siete… ocho»…* De pronto, abrió los ojos. En el edificio que daba al otro lado de la calle, estaba un loco al borde de la cornisa. Daba la impresión de ser una estatua viviente.

«¿Qué no se da cuenta dónde está parado? —se dijo para sus adentros—. Un paso más y caerá a una muerte segura».

Sin pensarlo, Elisa se apresuró al ventanal y golpeó con fuerza

los cristales.

—¡Oye! ¡Cuidado! ¡Idiota! ¡Qué te vas a matar!

De algún manera, los gritos llegaron al joven que estaba a un paso de la muerte. El muchacho reaccionó. Ambas miradas se encontraron, dejándolos paralizado.

—¡¿Qué estás haciendo, idiota?! —grito ella.

Eso hizo que Cristian reaccionara y mirará abajo. Perdió el equilibrio y estuvo a punto de caer.

—¿Qué hace aquí, señorita? —se escuchó una voz grave decir detrás de Elisa.

Ella pegó un brinco y miró por encima de su hombro.

Detrás de ella, debajo el marco de la puerta, se encontraba el guardia de seguridad afroamericano.

—Nadie puede quedarse después de que cierren —dijo el guardia en tono despreocupado.

Elisa giró su cabeza hacia el ventanal. El joven había desaparecido. Luego miró abajo. Esperaba verlo en el pavimento cubierto en un charco de sangre, pero nada. *«¿Habrá sido mi imaginación? Tal vez el hambre me está haciendo ver alucinaciones».*

—Señorita… —repitió el guardia de seguridad.

Elisa se volvió para verlo de nuevo. Quería decirle lo que había presenciado, pero lo creyó inútil. Sus únicas palabras fueron:

—Me quedé encerrada.

Capítulo 10

El aire frío y húmedo aumentó. Sin duda llovería de nuevo.

Con el mochilero a cuestas, Elisa salió del estudio de baile. Había entrado en Nueva York con el pie izquierdo y dudaba que las cosas fueran a mejorar. En ese momento pensó en el fantasma de la cornisa. Donde volviera verlo, se las pagaría. Por su culpa se había quedado sin un techo esa noche.

Mientras se perdía en sus pensamientos, aquel fantasma de la cornisa la observó oculto entre las sombras proyectadas por los espacios entre los edificios. Esperó unos segundos a que ella se adelantara y comenzó a seguirla.

Sin darse cuenta, Elisa continuó andando a lo largo de la silenciosa calle mientras los truenos le advirtieron que la tormenta se acercaba. Su suerte empeoraba. Con ese frío y mojada de seguro enfermaría. No podría ensayar y, sin un techo ni comida, su salud empeoraría. Esto implicaría un adiós a la final de baile por la que había luchado tan duro. La tensión oprimió su pecho. Luego el pitido en su cabeza comenzó a sonar. Aquel pitido que la venía asechando desde hace mucho tiempo era algo que la aterraba más que el frío o el hambre. Tanta tensión, aunado con la falta de alimento, había atraído a la migraña como carne muerta a los buitres.

Continuó andando por un rato cuando el pitido aumentó tanto que se sintió mareada. Se detuvo de golpe. Luego se apoyó en la pared. Intentó respirar con calma. Necesitaba descansar. Unas pocas horas de sueño le vendrían de maravilla.

♪♫♪

Mientras tanto, aquel fantasma de la cornisa, continuó siguiéndola. Advirtió que la chica no se sentía bien. Pensó en ayudarla, pero descartó la idea. Era posible que lo reconociera. Lo que menos quería era dar explicaciones de lo que hacía a esa hora de la noche caminando sobre una cornisa. Optó por ser solo un

espectador y mirar lo que pasaba con aquella chica. Fue cuando una gota de lluvia cayó en su mejilla y resbaló hasta su barbilla.

♪♫♪

Con gran esfuerzo, Elisa arrastró los pies hasta llegar a la estación *Grand Central*. Una vez dentro, aceleró el paso y bajó las escaleras hasta la sala principal. Desde allí se apresuró para entrar al baño. Delante del lavabo, abrió la llave y salpicó su rostro con agua fría. El pitido persistió, taladrando su cabeza. El ruido y la luz eran insoportables. Desganchó el mochilero de su espalda y buscó en una de sus tantas bolsas. Removió entre un sin número de cosas que tenía del cada día. Cepillo de dientes, pasta dental, un peine, cortaúñas; hasta que por fin encontró lo que buscaba: un frasco pequeño de plástico color marrón con tapa negra. De inmediato, sustrajo un par de pastillas. Las puso en la palma de su mano y se las llevó a la boca. Con el agua saliendo del grifo, tragó las pastillas y esperó por varios minutos. Escuchó a gente entrar y salir del sanitario. Luego las pastillas surtieron efecto. Pero la droga que mataba el dolor de cabeza, también la adormecía, dejándola en un estado semiinconsciente. Recordó que había visto algunas bancas en el pasillo de la estación. Esa sería su residencia para pernoctar la noche. Solo deseaba que un policía no llegara y la sacara de la estación. Si eso sucediera, tomaría cualquier línea del metro y dormiría todo el camino. Luego haría todo el viaje de regreso dormida. Todas eran ideas sin sentido. Quizá por la droga que estaba haciendo efecto. La verdad, solo quería dormir.

Al salir del baño, intentó de verse lo más normal posible. Miró a su alrededor: los transeúntes caminaban de un lado a otro. Se veían borrosos. Los sonidos eran ecos distantes. A pesar de todo, no todo era tan malo. El pitido en su cabeza había desaparecido. Ahora solo necesitaba dormir. Con paso torpe, avanzó hacia las bancas. Apenas podía mantener el equilibrio al caminar. Volteó a un costado y observó a un hombre de ojos hundidos y demacrados que le clavaban la mirada. Aquella tez amarillenta pálida y piel pegada al hueso no dejaba dudas de que se trataba de algún drogadicto. Elisa intentó ignorarlo: miró al frente y continuó caminando. Pasar por desapercibida esa noche era su única prioridad. Con gran esfuerzo, llegó hasta una de las largas bancas de madera y tomó asiento. Luego colocó el mochilero en forma de almohada y recargó su cabeza en él. Cerró los ojos y perdió el conocimiento.

♪♫♪

El drogadicto la siguió con la mirada, pero no fue el único. El fantasma de la cornisa se había percatado del estado de la chica y del cazador que le había puesto los ojos encima.

Habían transcurrido varios minutos. Elisa había caído como piedra en un sueño profundo. No muy lejos de ella, Cristian la observó intrigado.

¿De dónde había salido ese ángel de rostro delicado y triste? Una belleza tan frágil como la porcelana que podría quebrarse con el menor golpe. Y su baile… Su baile era la proyección de la música. Esa joven era una musa de carne y hueso.

La noción del tiempo se perdió y Cristian se apoyó en la pared. El solo contemplarla lo llenó de calma. Una calma que se vio interrumpida cuando el drogadicto tomó asiento junto a ella. La alarma se prendió en los cinco sentidos del joven músico. Ese hombre le había echado el ojo desde que la vio salir del baño y, como buen cazador, había esperado el momento oportuno para atacar. Cristian advirtió cómo la miraba el hombre. Desearía que solo hubiera sido eso. El drogadicto no perdió tiempo. Lentamente, acercó su mano a la pierna de Elisa, que llevaba puestas unas mallas negras y gruesas para el frío. Entre ellas, se apreciaba el contorno fuerte y bien torneado de sus piernas de bailarina. El drogadicto comenzó a acariciar su pantorrilla. Luego subió al muslo. Acariciando. Apretando con lujuria.

Cristian sintió que le hervía la sangre. ¿Debería actuar por su cuenta o llamar a un policía? Quizá lo más prudente era no entrometerse y marcharse, pero su instinto no solamente le decía que hiciera algo: se lo exigía.

El drogadicto continuó acariciando el muslo de Elisa. Luego subió su mano más arriba. Una sonrisa lujuriosa apareció en su rostro depravado. Entonces, alzó la vista y observó a la joven bailarina clavarle la mirada. Estaba por completo confundida. Apenas se daba cuenta de lo que sucedía. No sabía si despertaba de un mal sueño o continuaba sumergida en una pesadilla. El drogadicto vaciló unos segundos. Luego sonrió y apretó entre las piernas de Elisa.

En un reflejo rápido, Elisa saltó hacía atrás y se puso de pie. Buscó ayuda a su alrededor, pero era Nueva York. Por lo general, en las grandes urbes, la gente no se metía en problemas que no fueran los propios; cada quien se las tenía que arreglar cómo pudiera. Era la ley de la jungla y Elisa estaba debajo de la cadena alimenticia.

Pensó en confrontarlo. Pero si llamaba mucho la atención y llegaba la policía, podrían descubrir que se encontraba bajo la influencia de alguna droga. Lo que menos quería era que la metieran presa. Consideró la situación y decidió alejarse del hombre.

Con paso rápido y torpe, bajó las escaleras. Luego llegó a la plataforma para abordar el tren. Poco a poco su corazón comenzó a latir con menos fuerza. La adrenalina dejaba de bombear y su respiración volvía a la normalidad. Cosa que no duró mucho. Girando la cabeza sobre su hombro, vio al drogadicto que la seguía. *«¡Dios mío!».*

El viaje a la gran manzana iba de mal a peor.

Al llegar a la plataforma, miró que el metro la estaba esperando con las puertas abiertas. Sintió un alivio al entrar. De inmediato, se recargó en el tubo de metal. Intentó recuperar el aliento y calmarse. Las puertas no cerraban, pero no había señal del horrible hombre. Luego respiró profundo y miró a un lado. El drogadicto había entrado por la puerta contigua. Sus ojos demenciales la miraban con lujuria.

Elisa ignoraba que se había metido aquel hombre, pero daba la impresión de no medir peligros ni consecuencias.

♪♫♪

Mientras tanto, Cristian los había seguido. Estaba parado afuera del vagón del metro. Su claustrofobia lo ponía en una situación difícil. No sabía qué hacer. Había estado lejos del mundo por mucho tiempo. Evitaba, a toda costa, meterse en los asuntos ajenos. Pero esa noche era diferente. Era hora de dejar de ser un individuo aislado. Hacer algo por los demás. Fue cuando, de manera inesperada, se arrojó dentro del vagón del metro. Una vez ahí, pasó su brazo por los hombros de Elisa y le dijo:

—¡Oye! Verónica. Te dije que me esperaras.

El drogadicto miró boquiabierto a Cristian. Sus ojos echaban lumbre, pero el joven músico le sostuvo la mirada y le dijo en tono altivo:

—¡¿Qué estás viendo, idiota?!

Eso fue suficiente para que el drogadicto se acobardara y saliera del vagón del metro.

Elisa estaba perpleja. *«¿Quién era aquel hombre que la había salvado, pero que, al mismo tiempo, la abrazaba sin su consentimiento?».*

Sonó el pitido del metro y las puertas se cerraron: ahora Cristian

estaba atrapado. El ataque de pánico llegaría en cualquier momento; no podría hacer nada.

—Muchas gracias —dijo Elisa, quitándole el brazo de sus hombros.

Cristian intentó sonreír, pero los músculos de su mandíbula se tensaron. Sus manos comenzaron a temblar. Un sudor frío brilló en su frente. Su rostro palideció.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Elisa.

Cristian asintió al tiempo que todo se volvió confuso. Advirtió que ella seguía hablando, pero su voz era un murmullo que se alejaba cada vez más. La imagen de aquella hermosa mujer fue desvaneciéndose. Sin saber en que momento, el joven músico perdió el conocimiento.

En la oscuridad absoluta, emergió la forma de una mujer atrapada en un auto incendiándose. La tormenta azotaba la ciudad. Con puños y codos, Cristian golpeaba la ventanilla para rescatarla. Todo su coraje y esfuerzo fueron en vano. El destino de la mujer estaba escrito.

Capítulo 11

El vapor salió por las alcantarillas y subió hasta el café bar.

Sentados en una mesa en el café bar, Cristian sostenía la taza de café con ambas manos. Después de soplar para enfriar el liquido, la llevó a su boca con mano temblorosa y dio pequeños sorbos. El sabor amargo y fuerte le cayó de maravilla. El líquido caliente se deslizó por su garganta, reanimándolo. Se sentía apenado. Tratando de ser el caballero heroico, había sido salvado por la princesa en apuros.

Frente a él, Elisa devoraba un Sándwich de carne asada estilo Filadelfia. Todo se lo pasaba con un enorme tazón de chocolate caliente, acompañado de rollos de canela. Cristian la observó pasmado. No concebía cómo, en ese cuerpo tan menudo, pudiera caber tal cantidad de comida y bebida.

—Gracias por la cena —dijo ella—. Y gracias por ayudarme con el descerebrado del metro.

Cristian asintió y sonrió con timidez.

—¿Qué fue lo que pasó allá abajo? ¿Claustrofobia? —preguntó ella con la boca llena.

El joven músico volvió a asentir al tiempo que miró a su alrededor. Ambos estaban sentados en una mesa de dos en un café bar a la salida de la estación del metro Broadway. Era pasada de la media noche y eran los únicos clientes que quedaban. Las otras mesas estaban limpias y con las sillas arriba. La mesera y el barman platicaban desenfadados, solo esperando que esos dos últimos clientes se marcharan.

Cristian trataba de no hacer contacto visual con Elisa cuando algo en el mochilero de ella llamó su atención. Aquel símbolo chino.

飞

—¿Qué significa? —preguntó él mientras señalaba al símbolo con la mirada.

—¿Qué cosa? ¡Ah! Eso. Es chino. Quiere decir, *«volar»*.

La mesera se acercó en ese momento y avergonzada, pero

resuelta, les dijo:

—Lo siento mucho, pero ya tenemos que cerrar.

Cristian y Elisa se voltearon a ver: llegaba el momento de que cada quien tomara su camino.

♪♫♪

Una vez fuera del café bar, Cristian y Elisa no se quitaban la vista de encima. Ella daba el último bocado al sándwich mientras él no veía el momento de desaparecer. Todavía estaba avergonzado de la escena del metro y prefería olvidar aquel momento.

Entonces, una ligera llovizna comenzó a caer. La noche sería más fría de lo esperado y Elisa no tenía a dónde ir; tan solo le quedaba despedirse.

—Bueno, gracias de nuevo —dijo ella.

—Gracias a ti por ayudarme en el metro.

Ella asintió. Luego se frotó los brazos con las manos al tiempo que tiritó de frío.

—Está helando.

Él volvió a mirar al mochilero. Dedujo que la chica no tenía dónde pasar la noche. Pero no quería entrometerse. Su vida era un desastre como para meter a alguien más en ella. Por otro lado, no pareciera que fuese mala persona esa joven. Pero al salir del baño de mujeres, dio la impresión de haberse metido algo. En definitiva, debía irse a casa y olvidarse del asunto.

—Parece que va a caer de nuevo una tormenta —dijo ella al mirar arriba.

—Así parece.

—Espero que no me dé una neumonía.

—Espero que no.

—Bueno, pues adiós.

—Adiós

Cristian se dio la vuelta. En sus adentros se repetía: *«no le ofrezcas alojamiento».* Pero el remordimiento echó a volar su imaginación. Veía a la joven en el rincón de algún callejón: empapada y muriéndose de frío

—¿Conoces algún lugar barato para pasar la noche? —apresuró a preguntar ella.

En ese instante, Cristian supo que no podía dejarla en la calle.

♪♫♪

Al entrar al apartamento de Cristian, Elisa se estremeció de frío. No sabía dónde helaba más: si ahí adentro o en la calle. Cristian entró detrás de ella y cerró la puerta.

—¡Uy, qué jodido frío hace aquí! ¿Puedo cerrar las ventanas?

Sin esperar respuesta, Elisa se apresuró a cerrar el ventanal cerca del piano cuando Cristian dijo en voz alta:

—Me gusta el aire fresco.

Ella frenó en seco.

—¿Aire fresco? —preguntó ella—. Este aire viene del Polo Norte.

—Tengo mantas de sobra. No pasaras frío.

Elisa asintió mientras miraba a su alrededor.

—Es pequeño —dijo él—, pero mucho mejor que la calle.

—Me encantan las casas pequeñas. No tienes que llenarlas de recuerdos innecesarios.

Luego miró al piano.

—Un piano. Qué maravilla. Eres músico.

—¿Qué puedo decir? Estoy enamorado.

—¿De tu piano?

—De la música.

Luego, ella, se acercó y observó la partitura con notas musicales apuntadas. Estas terminaban abruptamente a la mitad de la hoja.

—¿Qué es esto? ¿También eres compositor? ¡Caramba! Estoy impresionada.

—No está terminada. He tenido problemas… Problemas de concentración.

—Me encanta la música de piano. ¿Podrías tocar algo? Ha sido un día difícil.

—Ni que lo digas. Pero…

—Por favor. Créeme que me ayudaría mucho a relajarme.

Cómo negarse. Había pasado tanto tiempo desde que una mujer hermosa le había pedido tocar algo. Así que, sin hacerse del rogar, se sentó frente al piano.

—Sin criticar, por favor. Tengo los dedos entumecidos.

Una vez frente a las teclas del piano, dudó por un momento. Luego hizo a un lado la partitura y la colocó en el piano.

—La sé de corazón.

Con la emoción de que iba a presenciar algo mágico, Elisa tomó asiento en el sofá.

Cristian miró las teclas del piano por unos segundos que le parecieron interminables. Tomándose su tiempo, acercó sus largos y finos dedos a ellas. Acariciando las primeras notas, una dulce

melodía inundó la habitación. Elisa tenía razón. La magia surgió en forma de música, dejándola con un sentimiento de vacío que iba llenando la sonata. ¿De dónde provenía tal inspiración? Lo extractó de la palabra amor, se entendía al escuchar esas notas llenas de sentimientos contradictorios. Amor, desilusión, encuentro y pérdida. La suave luz de la luna se posó sobre su pálido rostro. La música sonaba como si hubiera sido compuesta para ella.

Con ojos cerrados, Cristian continuó tocando las teclas del piano. Entregado por completo a la diosa de la música.

Elisa quedó sin aliento. Se puso de pie y caminó despacio alrededor del piano. Contempló al pianista encantado con su propia música. Atrapado con su propia composición.

El creador se rendía ante su creación.

Elisa cerró los ojos. Estaba hechizada con la sonata. Con la punta de los dedos, rozó el piano; intentando acariciar la música.

En ese instante, Cristian abrió los ojos despacio. De la misma manera que lo hace un durmiente al despertar de un largo y dulce letargo. Al mirar los dedos de Elisa acariciar el piano, el hechizo se rompió, haciéndole perder la tonada.

Elisa dio un pequeño salto hacia atrás. Despertó del hechizo del que había caído.

—¿Qué pasó? —dijo al abrir los ojos.

Cristian miró los dedos de ella en el piano.

Despacio, Elisa deslizó sus dedos lejos del piano.

—Creí que estabas enamorado de la música, no del piano.

El joven músico cerró la tapa del piano. Creyó que era suficiente por esa noche. En unas pocas horas, aquella mujer comenzaba a conocerlo más que muchas de las personas que habían entrado y salido de su vida.

La joven bailarina estaba confundida. Sentía invadir el espacio intimo de una persona solitaria. Esto la hizo sentir incómoda. En cualquier otra ocasión, habría salido del lugar sin mirar atrás. Pero si en el apartamento el frío era insoportable, afuera moriría congelada o, mínimo, cogería una pulmonía que la dejaría fuera de la competencia de baile. Por lo tanto, eligió cambiar la conversación. Buscó las palabras y dijo lo primero que se le vino a la cabeza.

—Así que…, ¿esta será mi cama? —dijo señalando al sofá.

Cristian asintió.

—Prometo que solo será por esta noche —dijo Elisa.

—No te preocupes —dijo Cristian al levantarse y dirigirse a su dormitorio.

Elisa se recostó en el sofá. Le sorprendió lo mullido y cálido que era.

Después de un momento, el joven compositor regresó con una almohada y una montaña de mantas. Ella lo miró con curiosidad mientras se levantó del sofá y estiró los brazos para cogerlas. Le regaló una sonrisa y agradeció con la cabeza.

—Supongo que la ventana permanece abierta.

Cristian asintió.

—Nunca se cierra.

—De acuerdo. Creo que podré manejar el frío por esta noche.

El joven la miró por un par de segundos. Quiso decir algo más, pero cuando se trataba de llenar el silencio, era mejor permanecer callado. Así que hizo una leve reverencia y se despidió:

—Buenas noches.

Sin más que añadir, entró en su habitación y cerró la puerta detrás de él.

♪♫♪

El aire helado de la madrugada agitó las cortinas. Entró en la sala de estar y rozó el rostro de Elisa que intentaba conciliar el sueño. Algo imposible con ese viento que coqueteaba con ella y dejaba sus mejillas azules. De seguir así, ocurriría lo que tanto temía: neumonía o, al menos, una gripe tremenda que la alejaría de los ensayos que tanto le hacían falta. Incluso debajo del cerro de mantas, se estremecía de frío. Por lo que tomó una decisión: se levantó mientras se frotaba los brazos con las manos y, con paso rápido, fue hasta el ventanal y lo cerró. Luego, con una sonrisa en los labios, regresó al sofá. Las mantas fueron un cuerpo cálido de enormes brazos que la protegieron. Sintiéndose tan cómoda y abrigada, agradeció por tener techo esa noche. Al día siguiente continuaría su odisea en la búsqueda de alojamiento. *«Eso sería algo para resolver mañana»,* ahora solo quería dormir. Y así fue, no pasó ni un minuto cuando ya estaba profundamente dormida.

Capítulo 12

Cada mañana era una promesa de cambiar el destino.

Desaliñado y con ojos hinchados, Cristian salió de su habitación. Llevaba pantalones deportivos y una camiseta gris una talla más grande. En la madrugada había pensado que todo había sido un sueño. El dulce espejismo de encontrarse con la musa y haberla llevado a su casa. Al detenerse en medio de la sala, miró a su alrededor. Algo no estaba en su lugar. Se veía diferente, como si los muebles hubieran sido movidos. Se frotó los ojos y sacudió la cabeza para despejarse. Todo estaba en su sitio, pero el apartamento lucía impecable. No había ropa sucia ni papeles tirados por todas partes. Lo mejor de todo era el aroma del café recién hecho. Entonces, vio a la musa salir de la cocina. Parecía aún más hermosa esa mañana, con sus *jeans* rotos en las rodillas y su camiseta blanca suelta.

«¿A qué hora habrá limpiado la casa, bañado y darse el tiempo de preparar el desayuno?».

—Parece que me mudé de apartamento en la madrugada —dijo Cristian.

—Limpié un poco. Una costumbre que me quedó de mi madre. Pero no te preocupes, no toqué tu piano.

Luego sirvió dos platos en la mesa con huevos revueltos y tocino. Además de dos humeantes cafés.

—Y también cocinas. Eres una mujer poco común.

—No puedes llamarte del todo independiente si no sabes cocinar. Pero toma asiento.

Y así lo hizo Cristian. Dio un sorbo al café y sintió que su calor lo reconfortaba.

—¿De dónde lo sacaste? —preguntó.

—Todo estaba en la cocina.

Cristian se preguntó el porqué nunca le había salido también el café. Luego atacó los huevos con tocino. El desayuno le supo de maravilla.

Al ver, Elisa, que Cristian devoraba el desayuno, se relajó y comenzó a comer.

—¿Pasaste frío? —preguntó Cristian.

—Vieras que no.

Elisa volteó a ver el ventanal. *«Lo primero, al despertar, fue volver a abrir las ventanas. Luego limpió la casa, se dio un baño y, por último, preparó el desayuno. Todo en tiempo récord».*

—¿Siempre ensayas tan tarde? —dijo el joven músico mientras comía.

—¿Cómo sabes eso…? Tú… Tú fuiste el chico de anoche. El loco sobre la cornisa. ¿Qué diablos estabas haciendo?

Cristian se sintió estúpido. De no haber abierto la boca, todo continuaría con un buen desayuno sin tener que dar explicaciones.

—Necesitaba aire fresco —dijo al fin.

—Claro. A veces no es suficiente tener las ventanas abiertas.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó, tratando de desviar el tema—. Ese baile parecía intenso.

—Me preparo para las finales de una competencia internacional de baile. Uno de los premios es una beca para *The Royal Ballet School of London.*

—Así que quieres moverte de una ciudad caótica a otra.

—No sé cuán caótica pueda ser Londres. Pero te escribiré cuando llegue.

—Guau. Tienes mucha confianza en ti misma.

—Si no tienes confianza en lo que haces, ¿para qué hacerlo?

—Me imagino que hay muchas bailarinas con esa misma seguridad. ¿Cómo lidias con eso?

—Trabajando más duro que ellas. Soñando más alto.

—Esta ciudad está llena de soñadores.

—¿Y acaso es malo? Soñar nos mantiene vivos, y trabajar en ello nos mantiene ocupados.

—El futuro es solo un montón de planes para soñadores. Sin ánimo de ofenderte.

—No me ofendes. Pero vale la pena pelear por esos sueños. Al menos es más divertido que solo luchar para sobrevivir el día.

—Al final, siempre terminamos haciendo eso. Sobreviviendo el día.

—Así que… Si no te importa tu futuro, ¿solo lo tiras a la basura?

Entonces, Elisa arrojó el sobre con el logotipo de *The Royal School of London* sobre la mesa.

—¿Qué?... ¿Cómo?... De acuerdo, me atrapaste.

—Nunca hay que darse por vencido antes de iniciar la batalla.

¿Por qué no lo has abierto? ¿No tienes curiosidad por saber si te aceptaron?

Cristian negó con la cabeza.

—La verdad no me importa.

—¿Puedo echar un vistazo?

—¿Qué? ¿Para qué?

—Solo para saber si el pesimismo puede arruinar una vida.

—Eso es ridículo.

Elisa le dirigió una mirada suplicante.

—Vamos. Porfis…

«¿Cómo discutir con esa carita tan tierna?». Además, era algo que a Cristian no le importaba.

—Está bien. Pero no quiero saber nada al respecto. No me digas nada. Ni siquiera quiero ver una expresión en tu cara. Nada de alegría o tristeza.

—No te preocupes, soy muy buena en poner una *poker face*.

—¿En serio?

—Sí… Lo aprendí de mi madre. Solía trabajar en un casino en las Vegas.

—De acuerdo. Ábrelo.

Con manos ágiles, Elisa se apresuró a abrir el sobre. Luego leyó su contenido con cuidado.

—¡Dios mío! ¡Estás dentro! —gritó emocionada.

—Por Dios, Elisa…

Elisa saltó de su asiento y le llevó la carta, poniéndosela directo frente a los ojos.

—¡Mira! No te estoy engañando, te aceptaron.

—¿Es en serio? ¿Qué te había dicho? —Cristian le arrebató la carta y la leyó.

—Incluso me siento algo celosa… ¿Crees que sea malo sentirse así?

—*«Una poker face». «Lo aprendí de mi madre».* Dime en qué mesa juega para apostar allí.

Cristian le clavó la mirada.

—¿Qué? ¿No estás feliz?

Cristian estaba desarmado. ¿Quién era esa chica extraña que había entrado en su vida? Sus ojos la miraron por un largo tiempo, pero parecía que no incomodaban a la chica que solo lo veía con una sonrisa. Después de meditarlo, dijo algo que nunca imaginó que diría.

—¿Cuándo son las finales?

—Dentro de dos meses.

—¿Y después?...

—Bueno, si todo sale bien, estaré viviendo en Londres el próximo año. ¿Por qué lo preguntas?

—He estado buscando un compañero de cuarto —mintió.

Elisa quedó sin palabras. Era una oferta que no podía rechazar. Por su puesto, estaba la incomodidad de las ventanas abiertas y que no conocía al joven pianista, pero tendría techo y alimento. Ahora solo quedaba saber cuánto pediría por esos dos meses.

—Bueno —dijo después de un rato—, tengo que ser sincera contigo. No tengo mucho dinero. De hecho, no tengo dinero.

—Vas a dormir en el sofá. No esperas que te cobre por eso.

—Además, tu apartamento es muy frío. Creo que tú deberías de pagarme a mí.

Cristian rió entre dientes. Esa chica era una desvergonzada. Algo que le encantó.

—No tientes a tu suerte.

Elisa también rió. Tal oferta no era común viniendo de un extraño. ¿Podría confiar en él? Era algo excéntrico, sin duda, pero parecía buena persona. Además de muy solo.

—La verdad me ayudaría mucho tener un lugar para pasar la noche. Solo espero que no quieras aprovecharte de mi situación.

Cristian abrió los ojos sorprendido.

—No tienes que preocuparte por eso. Si hubiera querido algo, habría sacado mi verdadera cara anoche.

Eso fue un buen punto. Elisa no supo si tranquilizarse o sentirse rechazada. Tampoco es que fuera fea y, la verdad, Cristian era un joven muy atractivo. Por lo tanto, tentó el terreno donde estaba parada.

—Ya decía que no era tu tipo de mujer.

Cristian sonrió apenado.

—No…, no es eso…

—¿Entonces, soy tu tipo?

Cristian tenía que cambiar de tema lo antes posible.

—Espero que no tengas problemas con las ventanas abiertas. Entiendo que el frío puede ser insoportable…

—Estoy acostumbrada al frío… Mi padre es del partido conservador.

Cristian rió de nuevo. Esa chica le encantaba más a cada segundo. Aquel momento que dudó, en ofrecerle su apartamento, había quedado en el pasado.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Elisa con curiosidad.

—Adelante.

—¿Por qué tiraste el sobre con el premio de *The Royal School of London*?

—Si no quieres que la vida te decepcione, no esperes nada de ella. A veces, la ignorancia es mejor que saber algo que podría lastimarte.

—Tal vez lo que crees que puede herirte, podría llenarte de alegría. La pregunta radica en arriesgarse o no. La verdad, yo espero mucho de la vida.

—Buena suerte con eso.

Capítulo 13

Al final, todos regresan a su rutina diaria.

Después de desayunar, Elisa salió a toda prisa del apartamento de Cristian. Sus ensayos serían en la mañana y en la noche. Estaba decidida a ganar la beca a toda costa. Algo que Cristian admiró y le hizo sentir que la decisión tomada, al dejarla quedar en su casa, había sido la correcta. Pero vivir bajo el mismo techo no implicaba tener que convivir todo el tiempo. Los dos habían separado sus caminos en la mañana. Ella con su vida, y él con aquel día libre que odiaba. Debía mantenerse ocupado para no cometer el mismo error que venía realizando hace varios meses. Pero la costumbre era una raíz muy profunda de arrancar. De esta manera, como lo venía haciendo todas las semanas durante el último año, se dirigió al *Westfield World Trade Center*. Un centro comercial de lujo con innumerables tiendas de autoservicio. Sin embargo, solo una tienda le interesaba. El lugar en que los recuerdos eran una ponzoña que lo envenenaban y, al mismo tiempo, el único sitio donde existían las respuestas a las preguntas que no quería realizar.

Una vez dentro del Centro Comercial, llegó hasta el departamento de perfumes. Al entrar allí, se detuvo a pocos metros del mostrador y miró a una hermosa mujer de veinticinco años. Ella estaba de pie detrás de un stand de perfumes finos. Esa mujer era Susana: una de las dos mujeres en las fotografías sobre el piano.

Cristian observó a Susana y a su compañera de trabajo ofrecer, con una sonrisa, los últimos perfumes de moda a las mujeres engreídas que paseaban por los pasillos.

El joven músico contempló durante largo rato a Susana. Era una mujer atractiva. Su cabello oscuro le caía sobre los hombros: un bello contraste con su tez blanca. Sus ojos eran de un azul intenso que parecían profundas lagunas. Sus cejas, también negras, eran tupidas y bien alineadas. Con nariz pequeña y respingada. El color de los labios era exageradamente rojo por el lápiz labial. No muy baja ni muy alta. Y tan delgada como modelo, pero bien formada. Una mujer hermosa. Siempre arreglada y oliendo a fragancias

suaves y dulces.

«¿Qué diría ella al verlo tan desaliñado?».

Ese músico que conoció y tal vez amó, ni siquiera era la sombra de lo que había sido. ¿Pero por qué presentarse en esas fachas? ¿Por qué no mostrar algo de dignidad y arreglarse para que se diera cuenta de lo que había perdido? La respuesta estaba en su pensamiento más profundo: quería lastimarla. Que viera lo que había hecho de él.

De repente, aquella profunda mirada y llena de soledad penetró en los sentidos de Susana, dejándola paralizada de momento. Despacio, se volvió hacia dónde estaba Cristian. Ambas miradas se engancharon. En ambas se leía amor, tristeza y reproche.

«¿Cómo se pueden tener sentimientos tan tiernos por alguien que te ha hecho tanto daño?».

Eso era algo que estaba fuera del control del joven músico. Una mezcla de amor y de amargura. Deseaba correr hacia ella, besarla, apretarla junto a él y decirle que todo quedaba en el pasado. Pero algunas cosas no podían ser perdonadas. Solo quedaba que el tiempo curara las heridas. *«El tiempo».* Había pasado un año. Hasta el tiempo se burlaba de él; clavando, aún más, una daga envenenada en su corazón. A pesar de todo, la energía percibida por ambos lados era de romper el hielo de tantos meses. Ambos deseaban, con toda su alma, hacer el primer movimiento. Pero como en cada semana, una lágrima resbalaba por la mejilla de él y ella agachaba la cabeza avergonzada. Cuando la levantaba de nuevo, él ya había desaparecido.

♪♫♪

Con paso torpe, Cristian se alejó de la perfumería. Sus piernas eran dos hilachos. Con mirada borrosa, veía pasar a la muchedumbre. Todo lo escuchaba en un eco lejano. La cabeza le daba vueltas. De inmediato, buscó un lugar para sentarse. Encontró un largo banco con asientos de madera cerca de la tienda de ropa para mujeres. Con paso lento, logró llegar hasta ella y se dejó caer en el incómodo asiento. Debía de parar las idas a ese lugar. Solo lo lastimaban. Pero ella también salía lastimada. Al menos podría vengarse. Al meditarlo, en lugar de sentirse bien, se sintió peor. ¿Cómo era posible lastimarse a sí mismo solo para lastimar a otra persona? Entonces, respiró hondo. Miró a su alrededor. En medio del pasillo del centro comercial, un hombre de setenta y cinco años tocaba viejas melodías de canciones clásicas en el piano. Llevaba

puesto un frac blanco de segunda mano. Los transeúntes caminaban en todas direcciones sin prestar atención a la bella música. Todos estaban perdidos viendo cosas inútiles en sus teléfonos móviles. Caminando en todas direcciones, sin un lugar aparente adónde ir. Por un momento, Cristian se reflejó en ese hombre frente al piano. Tocando algo hermoso a un montón de zombis que les importaba un comino lo que había a su alrededor.

Aquella música, mezclada con los murmullos de la gente, se amplificó de forma aterradora en su cabeza. Cada tonada, cada pitido en los teléfonos móviles, era un martilleo constante en sus sienes. En ese momento, su visión se volvió borrosa. Sintió ganas de volver el estómago. Comenzó a sudar frío. Su rostro palideció, dejándolo tan mareado que perdió el conocimiento.

♪♫♪

Los limpiaparabrisas removieron las gotas de lluvia, revelando el rostro aterrorizado de Cristian detrás del volante. Estaba paralizado al ver tan aparatoso accidente. Por inercia, salió del vehículo y corrió hacia el auto chocado. Una nube de humo negro comenzó a emerger del cofre que había quedado destrozado. La mujer, dentro del auto en llamas, abrió los ojos. El terror y la confusión la inundaron. Fuera del auto, Cristian miró a la mujer tratar de decir algo, pero no podía escuchar sus palabras. Era como si las palabras no salieran de su boca. Entonces, advirtió que la mujer sangraba por la frente mientras las lágrimas brotaban de sus ojos.

Con puños y codos, Cristian golpeó la ventanilla.

«¿Por qué diablos no se rompe? —se preguntó al golpear».

El auto se había estrellado de lleno contra un camión cisterna. Por lo tanto, el daño había sido solo de un lado, dejando los guardabarros, la puerta del pasajero y el cofre del auto destrozados. El humo y las llamas crecieron a cada segundo al tiempo que las gotas de lluvia golpeaban el toldo del automóvil.

En un acto desesperado, Cristian golpeó la puerta del auto. Impotente al no poder abrirlo, caminó de un lado a otro jalándose el cabello. Solo para regresar y golpear la ventanilla. De repente, quedó congelado al ver que la mujer lo observaba. Ambas miradas quedaron clavadas por varios segundos. Olvidando, por un instante, dónde se encontraban. Ella colocó la palma de su mano en la ventanilla. Cristian hizo lo mismo, quedando ambas manos a la misma altura. Daba la impresión de que ambos hacían contacto a través del cristal. Los dos se miraron por unos segundos que

parecieron eternos. Sin decir una sola palabra, expresaron sus sentimientos. Ella con ternura. Él impotente al no poder ayudarla.

♪♫♪

Con ojos cubiertos de lágrimas, Cristian parpadeó al despertar. Apenas podía respirar. Miró a su alrededor y vio al anciano con frac blanco seguir tocando las viejas melodías en el piano. La gente continuaba caminando con los ojos fijos en las pantallas de los teléfonos móviles. La vida continuaba sin importar que otras vidas se estuvieran derrumbando. Cristian ya estaba acostumbrado a vivir solo en una ciudad de millones de habitantes.

Capítulo 14

Las fotos en blanco y negro eran más que un recuerdo en la pared.

Memorias impresas en papel. Reflejos de una historia llena de vida: fracasos y triunfos; de sueños y realidades; deseos y desesperanzas. Eran más que fotos en blanco y negro colgadas en la pared. Eran lo que había sido su vida.

—Al final, solo quedan los recuerdos… —se escuchó la voz de la anciana.

Las fotografías mostraban a una hermosa bailarina de ballet. Dando piruetas, levantando la pierna en línea recta sobre su cabeza. Se encontraba en medio del escenario. En otras fotos, estaba con admiradores: la mayoría, personas de la alta sociedad; artistas, políticos, celebridades…

—Memorias prestadas al tiempo que las vamos pagando poco a poco…

La joven, en las fotografías, poseía gran distinción. Un rostro perfecto con rasgos dulces, pero mostrando seguridad en sí misma.

—Algunas veces miró mi imagen en las fotos y me parece ver a otra persona.

La mujer que contemplaba las fotografías en la pared era Abigail. Tenía ochenta y cinco años. De piel suave, sin arrugas, frágil y de un tono rozado. Su cabello, cubierto de canas, indicaba la huella de una historia llena de vida. Aunque su belleza se había marchitado, aún conservaba aquella clase. Esa distinción que había arrancado suspiros al pasar. Su mirada estaba llena de ternura: de historia. En esos ojos de color grises, se agrupaban todos sus recuerdos. Toda su vida quedaba grabada en ellos. Por un instante meditó y se preguntó: *«¿a dónde fue toda mi belleza? ¿En verdad habré sido esa joven mujer?».*

En silencio, sentada en la cama, Elisa la observó con ternura.

—El tiempo se va llevando todo de nosotras. Belleza, amigos, familia, amores…, pero al final, siempre nos dejará… los recuerdos. Por eso que nos aferramos a la vida. Bueno —dijo, volviéndose a

ver a Elisa—, por lo menos yo lo hago.

Abigail tomó una de las fotos de la mesita de noche. La observó por un instante y luego volvió a mirar a Elisa.

—A la larga, cuando todos nos hayan abandonado, los recuerdos permanecerán allí como tus compañeros más fieles. Esa parte de nuestra historia. La de cada uno. Una historia que nos hará sentir felices y tristes al mismo tiempo.

—Estoy creando mis propios recuerdos —musitó Elisa mientras miraba el piso—. Pero estoy asustada. Como el miedo de una niña pequeña en su primer día de clases.

Abigail sonrió y volvió a poner la foto sobre la mesita de noche.

—Hace mucho tiempo te enseñé todo lo que necesitabas saber para ser una buena bailarina de ballet. Pero sacar la casta, eso depende de ti.

—El tiempo está en mi contra. Tengo tantas cosas por terminar y tantas cosas que arreglar.

—Solo arregla lo que tenga arreglo. Si intentas pegar de nuevo una vajilla que se rompió en mil pedazos, únicamente te volverás loca.

—La vida es dura.

La anciana se sentó junto a Elisa y le tomó la mano.

—Había una vez dos hermanos pequeños que vivían en una isla. Allí lo tenían todo: techo, agua, comida…, pero ambos querían más. Y eso estaba al otro lado del océano. Así que ambos subían a la colina todos los días para mirar el continente que tenían delante. Había enormes edificios y sus luces brillaban por la noche.

Fue cuando decidieron construir un pequeño bote. Estaban listos para la partida. Uno de ellos, el menor, estaba impaciente por iniciar el viaje, pero el mayor siempre buscaba una excusa para no emprender la marcha. Algunas veces era esperar por un mejor clima, otras era llevar suficiente agua y alimentos. Que si la marea estaba alta; que si el mar estaba picado: siempre buscaba una excusa. Mientras que el hermano menor, impaciente, no pudo soportarlo más y le puso un ultimátum. Así es que, ambos, decidieron zarpar al amanecer. Al comenzar el día, vieron que el mar estaba embravecido y que el cielo amenazaba con tormenta. El hermano mayor sugirió esperar un mejor momento. *«¡Un mejor momento!»* —Exclamó el hermano menor. Llevaban meses esperando el tiempo ideal. El hermano menor cayó en cuenta de que ese momento nunca llegaría. Así que colocó provisiones en la endeble embarcación y se dispuso a emprender el viaje. Le rogó a su hermano mayor que lo acompañara, pero él se negó rotundamente.

El hermano menor comprendió que era hora de realizar su sueño, o soñar toda una vida con él.

Sin más, el hermano menor emprendió el viaje; mientras que el hermano mayor lo vio partir.

En la mar, escuchó a su hermano mayor gritar desde la isla: *«te alcanzaré cuando llegue el momento adecuado».*

El hermano menor, montado sobre la endeble embarcación, estaba emocionado, nervioso y temeroso. Era renunciar a las comodidades para emprender un viaje a lo desconocido.

Los ojos de Elisa se posaron en Abigail. Esta era su forma de hacer una analogía de la vida: contando historias sencillas que tenían un gran impacto en las personas. Elisa lo sabía bien. Así que prestó atención.

—…Ya en medio del océano —continuó la anciana—, y sin vuelta atrás, el hermano menor comenzó a navegar, tomando el mando del endeble bote. Mientras tanto, desde la playa, su hermano mayor lo veía con nerviosismo. Cuando el viento sopló con más fuerza, el hermano mayor decidió subir hasta la colina y, con un telescopio, comprobar que su hermanito se encontrara bien. Observó cómo se levantaban las olas y divisó a su hermano luchar con desesperación. Los oleajes crecieron cada vez más hasta ser enormes muros de agua que golpeaban el bote, haciendo un esfuerzo por doblegarlo. *«Vuelve»* —llamó el hermano mayor, pero el fuerte viento silenció sus súplicas. El hermano mayor estaba aterrorizado. Fue cuando la tormenta azotó en un vendaval de enorme ira. Las olas se convirtieron en titanes, golpeando la pequeña embarcación una y otra vez. El viento aulló, reclamando el bote como su presa. El hermoso y apacible mar ahora era un ser vivo: inmenso y furioso. Un monstruo que devoraría a su hermanito. En aquel momento, pensó que su hermano menor lamentaría haber emprendido el viaje. Siempre era más seguro permanecer en tierra firme. Él podría estar en casa tomando un té caliente, arropado y en su cama. ¿Por qué tener que embarcarse a esa loca aventura?

Elisa se levantó y caminó hacia la ventana. Miró cómo las nubes negras cubrían los últimos rayos de sol. Una tormenta, igual a la que Abigail contaba, azotaría en la ciudad.

—El hermano mayor, molesto —prosiguió Abigail—, gritó desde lo alto: *«¡Vas a morir! ¡Regresá! Por favor, no quiero que mueras».* —Pero su voz era un eco lejano que se perdía en la tormenta. En la distancia, vio a su hermano luchar para mantener la frágil embarcación a flote. Estaba a mitad del camino. Era seguir o perecer.

Elisa se volvió para verla. Parecía describir cómo era su vida en ese preciso momento. Se sentía como el hermano menor en medio de la tormenta. Esa hermosa ciudad de Nueva York era el océano convertido en un monstruo con el deseo de devorarla. Sus sueños de ir a la mejor academia de danza en Londres era el continente lleno de promesas e incertidumbres: un sueño al querer ser bailarina de ballet profesional.

Al darse cuenta de la expresión de Elisa, Abigail sonrió.

—Pero las tormentas siempre pasan. El mar volvió a la tranquilidad. Y el hermano mayor vio a su hermanito alcanzar la costa. Pensó que su pequeño hermano estaba loco al arriesgarse así. Luego descendió de la colina y, acercándose a la playa, miró a su hermano desembarcar en la orilla: había tenido éxito. El hermano mayor miró el mar y metiendo la mano en él, sacó un poco de agua con la palma de la mano. Al mirarla, descubrió que el océano puede ser tan grande o tan pequeño como peligroso y hermoso. Aquella había sido la peor tormenta que había visto en su vida y su hermano menor la había atravesado. En ese instante, al ver a su hermano menor internarse en aquel continente desconocido, se prometió así mismo que el próximo año emprendería el viaje. Al llegar ese año, se prometió que sería el siguiente. Y así pasaron los años. El hermano mayor se hizo adulto. El mejor recuerdo de su vida fue ver a su hermanito pelear contra el océano y salir victorioso. Al cabo de un tiempo, ese pequeño hermano regresó a la isla con una esposa y dos hijos. Al reunirse ambos hermanos, lloraron y se abrazaron. Miraron sus rostros por largo rato; había tanto que contar. El hermano menor platicó de todas sus aventuras. Mientras que el hermano mayor hablaba de lo que presenció esa noche de tormenta. Donde pensó que moriría su hermanito. A lo que el hermano menor respondió: *«Es cierto. Pensé que iba a morir. Pero aquella experiencia me hizo amar más la vida. Cuando estaba solo en la metrópolis y nada salía bien, recordaba el momento que derroté al océano y reflexionaba: "cuando has pasado por lo más difícil, ya cualquier impedimento es solo una excusa para no seguir adelante"».*

Elisa permaneció en silencio. ¿Acaso eso era la vida? ¿Una lucha constante por alcanzar un sueño y, al final, contemplar el sacrificio recorrido?. Entonces, vivir solo era una ilusión que ya, con el camino avanzado, se vería hermosa. Pero, en realidad, era un camino muy difícil de recorrer.

—¿Qué hubiera pasado si el hermano menor se hubiera ahogado en el intento? —preguntó Elisa.

—Al menos habría tenido la aventura de su vida... Contéstame

esto, Elisa: has pasado tanto tiempo sobre el escenario como lo has pasado de espectadora, ¿dónde te gusta más estar?

—Arriba, en el escenario, por supuesto.

—Entonces, no seas solo una espectadora. Súbete al escenario de la vida. Por supuesto, no estarás tan cómoda como si estuvieras en una butaca. Estar arriba implica sacrificio, sudor, lágrimas. Es un camino largo y duro. Pero al final, siempre será más satisfactorio ser un protagonista que un espectador.

Los ojos de Elisa se nublaron con lágrimas. Solo había un camino que seguir: hacia delante.

—¿Te ha dejado Amanda usar el estudio para practicar? —Abigail cambió el tema.

Elisa, con un nudo en la garganta, asintió.

—Bien. Y recuerda, no solo trates de ser fuerte…, sé fuerte. Ya estás arriba del bote. Cualquier duda hará que te ahogues.

Ambas se abrazaron. Luego conversaron un rato más hasta que llegó el momento de despedirse con la promesa de volver a verse. Elisa salió de la habitación y entró en un largo pasillo con varias puertas a los lados. Las paredes estaban pintadas de blanco. De ahí, entró en una sala de estar donde varios hombres y mujeres de la tercera edad deambulaban de un lado a otro. La mayoría, olvidados por familiares. Habían llevado una vida llena de trabajo. Siempre sobresaliendo por ser mejores en sus habilidades. Este también había sido el caso de Abigail. Bailarina extraordinaria; trovadora del mundo para mostrar su arte, pero cuando la edad mermó sus habilidades, se dedicó a dar clases en la prestigiosa academia *Dance Performance*. Misma que ayudó a fundar con la madre de Amanda Vishnevskaya. Todo parecía ir bien hasta que, un día, se cayó de las escaleras del estudio y se rompió la cadera. Al hacerse el examen médico, los doctores descubrieron que tenía osteoporosis múltiple: una enfermedad que descalcificaba los huesos. Abigail dejó de dar clases. Vendió su apartamento y terminó en el asilo de ancianos *New Home*. A pesar de estar bien atendida, no se le permitía salir sola. Había el riesgo de que cayera y sufriera lesiones graves. Ahora aquella bailarina fuerte e independiente se había convertido en una bailarina de cristal.

Elisa observó de reojo a los huéspedes del asilo. La mayoría de ellos vegetando al mirar el televisor. Aunque sus ojos parecieran observar esos programas rutinarios de concursos, sus miradas estaban puestas en otro tiempo. Una época en el que pensaron que se comerían al mundo, pero, al final, el mundo los había devorado y escupido.

Luego, Elisa, vio a un par de ancianos frente a un tablero de ajedrez. Tuvo la impresión de que las piezas no se habían movido de su lugar desde la última vez. Finalmente, vio un piano arrumbado en un rincón. ¿Cuántos años habrá esperado a que un virtuoso acaricie sus teclas y llene el silencio con un hechizo de magia y sueños?

Elisa llegó a la puerta de salida y, sin mirar atrás, la cruzó.

Una vez en la calle, caminó en silencio por largo rato. Un silencio que atesoró porque, al sentir el pitido de nuevo en su cabeza, sabía que iría de mal en peor. Por lo regular, comenzaba como un zumbido, pero, a medida que pasaban los minutos, se convertiría en un taladro. Tan fuerte que no le permitiría percibir los escandalosos alaridos de la ciudad. Después, la luz se convertiría en un enemigo más al aliarse con el pitido en su cabeza. Los destellos de las luces de la ciudad golpearían su sentido de la vista, acrecentando el dolor en su cabeza. Impaciente, buscó en una pequeña bolsa de su mochilero. Sacó el frasco de plástico amarillo y lo abrió. Para su sorpresa, descubrió que estaba vacío. En esta ocasión se le habían terminado más rápido. Ahora solo le quedaba ponerse en contacto con su proveedor y desear que no hubiera cambiado su número telefónico.

Capítulo 15

La vida era una batalla constante entre la voluntad y el destino.

A esa hora de la tarde, el bar estaba casi vacío, algo que cambiaría en los siguientes veinte minutos, cuando los empleados de cuello blanco salieran de sus oficinas y abarrotaran el lugar.

Al fondo, Elisa estaba sentada en una mesa con poca luz. El dolor, en su cabeza, había aumentado en pocos minutos. Ahora, cualquier luz, por insignificante que fuera, era un destello que nublaba su sentido de la vista. Además, el ruido era un eco insoportable. Por suerte, su amigo tenía el mismo número de teléfono móvil; lo único distinto era el empleo. Ahora trabajaba en un bar. Allí las propinas eran buenas y, además, podía vender mejor su producto *«clandestino»:* un tipo de droga que, a pesar de ser legal, era en extremo cara en el país. Al principio, trabajando en el departamento de limpieza de un hospital, sacaba los medicamentos de contrabando. Pero al ser atrapado, y despedido, tuvo que buscar una nueva manera de adquirir la droga. Por lo que ahora realizaba viajes mensuales a Canadá, donde adquiría la droga a un precio más barato. Luego las vendía a los empleados de oficinas a precios *«razonables».* Así adquiría una jugosa ganancia. *«Las desgracias de unos eran oportunidades para otros».*

Elisa vio a su amigo atendiendo las mesas y lo llamó con la mano. Él le pidió un segundo. El segundo se convirtió en media hora. Una media hora que, para Elisa, fue una eternidad.

Por fin, después de un rato, Carlos, el amigo de Elisa, regresó con la típica sonrisa amable de los meseros. Era una persona compacta. De los que hacen pesas y parece que no crecieron. Su cabello estaba peinado hacia atrás con un gel brillante. Estaba bien afeitado y, por el olor, parecía que se había echado el frasco de loción encima.

—Bienvenida al vecindario, Elisa —dijo mientras se sentaba frente a ella.

Elisa frotó su sien derecha con la punta de los dedos al tiempo

que miró a su amigo con ojos entrecerrados.

—Hola, Carlos. Perdón por no quedarme a platicar, pero tengo cosas que hacer y en realidad necesito esa mierda.

—La verdad no me tiento el corazón en venderla a esos parásitos de *Wall Street*, pero con una amiga es diferente. Deberías dejarla. Esta porquería es realmente fuerte. ¿Por qué no buscas otras… *«opciones?».*

—Quizá una de ellas sería cortarme la cabeza.

—Ya enserio. Esta cosa que te metes podría matarte.

—Bueno, es un mal día para dejarla.

Carlos la miró por un instante. Aquel rostro de dolor no era fingido y sintió lástima al ver a su amiga sufrir.

Siendo discreto, le entregó, por debajo de la mesa, una pequeña bolsa de papel. Mientras que Elisa, al mismo tiempo y, también, por debajo de la mesa, le dio unos cuantos billetes.

—Tengo que advertirte que no está lleno —dijo Carlos.

De inmediato, Elisa, sin sacar el frasco de plástico de la bolsa, levantó la tapa para echar un vistazo.

—Esto no será suficiente para terminar el mes. Al menos necesito para dos meses.

—La demanda aumentó. Esos tipos de *Wall Street* pagan bien.

—¿Me estás pidiendo más dinero?

—No, no, no — Carlos sacudió ambas palmas de las manos—. Solo que es muy difícil sacarlas. Con el viaje y otros gastos, saldría perdiendo. La verdad, casi, te las estoy regalando.

Elisa lo miró directo a los ojos. Ya no tenía dinero y esas pastillas no durarían mucho. Por otra parte, no era culpa de su amigo. Él solo hacía su negocio. Lo único que le quedaba era tratar de racionar el *«medicamento»* hasta donde le fuera posible.

—Creo que me las arreglaré —dijo ella con un suspiro.

—Pero sí hablo en serio… Intenta dejar de tragar esa mierda.

—He tragado mierda toda mi vida. Al menos esto me ayuda.

—Es tu vida. Ya cumplí diciéndote.

—Bueno, no es la vida que elegí.

—Pero tú le das el rumbo.

—La verdad solo me acoplo al rumbo que ella me da.

Después de eso, Carlos insistió en invitarle un café. En lo que se lo servían, Elisa fue al sanitario y de inmediato se tragó una píldora. Al regresar, el café expreso ya estaba sobre la mesa. Ella lo bebió deprisa. La clientela comenzó a llegar y ambos se despidieron con la promesa de verse pronto. Una promesa que no se cumpliría.

Capitulo 16

Cada segundo sin practicar era tiempo perdido.

Elisa apresuró el paso para llegar al estudio de baile. Ya había perdido demasiado tiempo..

Cuando llegó al estudio *Dance Performance*, vio salir a las últimas bailarinas; por lo que, por un par de horas, tendría el lugar para ella sola. No tanto tiempo como hubiera querido, pero le sacaría todo el jugo posible. La droga ya había hecho su efecto y, por fin, se le había quitado lo adormilada. Ahora, sin dolor de cabeza, no tenía excusa.

Una vez en el estudio, hizo un ligero calentamiento. Se había cambiado de ropa y

vestía pantalones deportivos y una playera con dos tallas más grande que decía: *U want it? Work for it.*

Luego estiró cada uno de los músculos que se tensaron y marcaron como si hubiesen sido esculpidos en mármol. Extendió y contrajo sus pies y piernas con movimientos precisos y rítmicos mientras las luces de los rascacielos se reflejaron en el ventanal. Elisa parecía formar parte de una postal frente a la gran urbe. Una bailarina solitaria queriéndose comer a la ciudad, pero la metrópoli daba la ilusión que la devoraría.

Colocándose en posición, puso los auriculares en sus oídos. Luego presionó la tecla de inicio en el iPod. El concierto de Aranjuez, mezclado con música pop, resonó en su cabeza, creando la ilusión de cubrir todos los rincones del estudio.

Con tensa calma, la joven bailarina esperó a que empezara la melodía. Al entrar el tono exacto, comenzó a bailar con la precisión de un reloj suizo. Conocía a la perfección los pasos de baile, ahora tenía que verse natural. Orgánico. Que fluyera como un riachuelo. De nada servía un baile mecánico. Tenía que fusionarse con él. Hacerlo parte de ella misma. Proyectar el carácter a los espectadores en una explosión de energía visual.

Los acordes musicales crecieron, tomando mayor velocidad. Elisa movió cada parte de su cuerpo con gracia y fuerza. Piernas,

manos, pies, cuello, dorso e incluso el dedo meñique. Todo coordinado a la perfección. Utilizando el espejo, vigiló cada uno de sus movimientos; su proyección; su autoridad en el escenario. Sintió fundirse con la melodía. La música se volvía visual. Ambas florecieron como una sola. Una pareja de enamorados moldeados en un mismo ser. Sus movimientos eran precisos. Cualquier error, por mínimo que fuera, ocasionaría repetir la rutina de baile desde el principio. Era alumna y maestra. La perfección: la meta. Eligió ser bailarina; era el precio a pagar. Pero que precio más divino. La música era la amante perfecta. Celosa y apasionada. Cautivadora y cuidadosa. El mínimo error arruinaría todo. Pero si se le hacía el amor de forma correcta, le daría un orgasmo como nunca lo hubiera imaginado. El éxtasis del aplauso, de sentirse admirada; amada por el público, aunque fuera por unos minutos. Pero el orgasmo era solo una parte de hacer el amor. Lo importante era la seducción. Conquistar la música con movimientos precisos. Y ella lo hacía de maravilla; se encontraba en su elemento. Repitió la rutina una y otra vez. Su cuerpo reclamó descanso, pero incluso saboreaba el dolor de la fatiga. No podría llamarse a sí misma una profesional si no disfrutaba el momento que otorgaban los ensayos. El agotamiento; sentir cada músculo pulsar al extremo de casi reventar.

Después de más de dos horas, Elisa cayó exhausta sobre sus piernas. Luego levantó el rostro. Gotas de sudor resbalaron por su frente y mejillas. Miró la increíble vista de la ciudad de Nueva York. Se levantó y, a cada paso que dio, los músculos de sus piernas temblaron. Se acercó al ventanal y contempló su reflejo en el vidrio que estaba empañado con su propio calor. Rostro, hombros y brazos brillaban de sudor. *«Que manera perfecta de terminar el día».* Ahora, podría darse permiso de ir a descansar; con la promesa de exigirse más al día siguiente.

♪♫♪

Afuera, se moría de hambre. La calle estaba desierta y tan silenciosa que podía escuchar sus propios pensamientos. ¿O acaso sus sueños eran más ruidosos que la ciudad?

Su estómago rugió de hambre. Quería llegar al apartamento de su nuevo amigo y preparar algo para comer. Esa misma mañana, Cristian, le había dado una copia de la llave. *«Qué buena suerte encontrarlo —reflexionó».* Ahora terminaría el día con una buena cena, un baño caliente en la bañera y un sueño reparador en aquel

mullido sofá. ¿Qué más podía pedir? A pesar de que encontraba en extremo atractivo a Cristian, y disfrutaba platicar con él, deseó que cuando llegara al apartamento, él ya estuviera dormido. Un joven tan apuesto podría ser una distracción en sus planes. Así que intentaría de mantener la relación lo más distante que le fuera posible. Además, de encontrarlo dormido, podría cerrar las ventanas.

Al llegar al edificio, subió por las escaleras. Esos cinco pisos fueron como escalar el Monte Everest después de aquel día. Una vez frente del apartamento, abrió la puerta y sintió una fuerte corriente de aire frío. ¿Cómo era posible que hiciera más frío en el apartamento que afuera? Todas las luces estaban apagadas, señal que Cristian ya estaba dormido o que no estaba en casa. Hacia tanto frío que se envolvió con los brazos.

—Pero qué manía de tener las ventanas abiertas con este frío —dijo mientras cerraba la puerta detrás de ella.

Luego giró sobre sus talones cuando miró algo que la estremeció. Frente al ventanal, junto al piano, estaba la silueta de Cristian. Un flujo de aire frío meneaba con suavidad las partituras musicales mientras las lanzaba al piso.

—¿Cristian? ¿Te encuentras bien? —preguntó, pero solo respondió el silbido del viento.

Con paso cauteloso, se le acercó a través de la habitación sombría. Los tenues rayos de luna se filtraban por el ventanal, cayendo sobre el cuerpo del joven músico.

—Cristian, ¿qué estás haciendo? —volvió a preguntar al estar más cerca.

Al pararse junto a él quedó paralizada. Sus ojos se abrieron redondos, asombrados al verlo sentado completamente desnudo mientras el viento helado golpeaba su cuerpo. Permanecía inmóvil, parecía no sentir aquella corriente helada. Sus ojos estaban abiertos, dando la impresión de ver algo a kilómetros de distancia. Una sonrisa llena de melancolía se dibujaba en su rostro mientras que su boca tarareaba la sonata sin terminar.

Elisa no podía salir de su estupor. Aquel chico, tan cálido y amable de la mañana parecía un muñeco inanimado e irreal.

—¿Cristian? —repitió al acercarse con lentitud y ponerle la mano en el hombro.

Al tocarlo, se llevó la mano a la boca para no gritar.

—¡Oh, Dios mío! Estás helado.

Cristian no respondió. Su reacción fue comenzar a temblar de frío. Se encontraba en un estado semiinconsciente; donde la

realidad y los sueños no eran distinguibles.

Reaccionando, Elisa, cerró la ventana de inmediato. Luego se apresuró al baño. Allí abrió la llave caliente. El agua comenzó a salir y, casi de inmediato, el vapor subió desde la bañera, cubriendo el baño y empañando el espejo del gabinete de la medicina.

Luego volvió a la sala y observó a Cristian levantarse para abrir el ventanal de nuevo.

Dando largos pasos, se apresuró hacia él y lo tomó, con ambas manos, por las axilas. Cristian comenzó a temblar de manera incontrolable. Su piel estaba congelada, sus músculos rígidos; era casi imposible hacerlo caminar, así que tuvo que arrastrarlo por la habitación. Maniobrando para que no se fuera a golpear con el sofá, lo metió al cuarto de baño. Una vez allí, estuvo a punto de ponerlo en la bañera cuando Cristian gritó al ver el vapor salir del agua caliente:

—¡Está ardiendo! ¡Se va a quemar! ¡Está ardiendo!

Con gran esfuerzo, Elisa lo levantó y lo dejó caer en la bañera.

Cristian se desplomó en el agua al tiempo que…

♪♫♪

El joven músico sintió sumergirse en las aguas de un lago oscuro, solo iluminado por la parte superior. Los rayos de sol penetraban desde arriba, formando finas cortinas resplandecientes de color dorado. Sin embargo, la oscuridad tragaba la luz al irse hundiendo hasta alcanzar la penumbra. Él no hacía nada para salir a la superficie. Por primera vez, en mucho tiempo, sintió una sensación de paz interior. Una calma tan cálida y reconfortante que lo invitó a cerrar los ojos y dormir en una noche de sueño eterno. Solo tenía que dejarse ir. No pelear más contra la vida que se aferraba a torturarlo cada día. ¿Para qué luchar en una batalla tan desigual? David perdía contra Goliat.

Pero su destino sería otro. Aquella batalla contra la vida no la pelearía solo. Únicamente necesitaba un pequeño respiro. Una mínima ayuda para descubrir que no todo era tan malo. Que no todo estaba perdido. Fue cuando esa ayuda llegó en forma de dos pequeñas manos que lo tomaron de los hombros y lo arrastraron a la superficie.

♪♫♪

Con más coraje que fuerza, Elisa jaló a Cristian fuera del agua.

Jamás pensó que alguien opusiera tanta resistencia para ser salvado. Pero ella era una mujer determinada y había decidido que, esa noche, el chico no moriría; así que, una vez más y con todas sus fuerzas, tiró del joven y lo recargó en la bañera, dejando que el agua caliente lo reconfortara.

♪♫♪

La mujer, de los sueños de Cristian, estaba por completo en shock. Sus ojos, llenos de lágrimas, observaban la bulliciosa calle de Nueva York donde conducía a gran velocidad. Junto con la lluvia y el tráfico, aquello era un suicidio. De repente, pisó el freno cuando el semáforo se puso en rojo.

Conduciendo detrás de ella, Cristian la siguió tan cerca que, si no hubiera frenado de pronto, habría golpeado su parachoques. La lluvia cayó a grandes chorros y las enormes gotas se estrellaron contra el parabrisas, bloqueando la visibilidad del joven.

El ruido de la lluvia, el pitido de los cláxones y el eco de los motores orquestaban una sinfonía ruidosa y sin sentido.

Con la palma de la mano, Cristian limpió el parabrisas que comenzaba a empañarse. Entrecerró los ojos y enfocó la vista. Entre gotas que distorsionaban su visibilidad, pudo distinguir la silueta de la mujer al volante delante. Daba la impresión que lloraba, pero era casi imposible saberlo con seguridad. Luego, a través de las distorsionadas gotas de lluvia, miró el auto de la mujer arrancar con la luz del semáforo todavía en rojo. El chirrido de los neumáticos ensombrecieron los otros ruidos. Pero el siguiente ruido fue aún peor. Más aterrador. Un camión cisterna la envistió de lleno. El golpe, al costado, hundió la puerta del pasajero.

Lo siguiente fue un silencio tenso. Los sentidos del joven músico se apagaron. Todo fue una confusión en su cabeza. El resto no supo si sucedió en alta velocidad o en cámara lenta. Lo último que recordó fue verse así mismo fuera de su automóvil y enfrente del coche accidentado. Vio a la mujer sangrar por la frente. Parecía tan confundida como él. Ambos intentando de despertar de aquella pesadilla. Ella fue la primera en reaccionar. Comenzó a gritar por ayuda mientras que sus palmas golpearon la ventana del auto. Intentó abrir la puerta, pero estaba atascada.

Cristian reaccionó. Tiró de la perilla. Incapaz de moverla, golpeó la ventanilla con puños y codos. Nada. La mujer se encontraba atrapada mientras bolas de humo negro, así como pequeñas llamas, comenzaron a salir del cofre. De pronto, ambos dejaron de golpear

la ventanilla para verse directo a los ojos. Ella colocó la palma de su mano en la ventana mientras él hizo lo mismo. Parecía que sus palmas hacían contacto a través del divisor de vidrio. El fuego se elevó, pero ambos estaban hipnotizados mirándose a los ojos. El joven músico la observó tratando de recuperar el aliento mientras que ella lo miró con ternura. Cristian reaccionó de nuevo. Golpeó el vidrio con toda su fuerza. Todo se hundió en la desesperación. El dolor brotó desde lo profundo al no poder salvarla.

♪♫♪

Cristian estaba recostado en el sofá bajo una montaña de mantas que lo envolvían. Mientras que Elisa, sentada en una silla junto a él, se cubría con una sola manta. Una manta que no servía de mucho. Las corrientes de aire frío traspasaban los tejidos como agujas. Su noche perfecta había terminado en una pesadilla. La vida se burlaba de ella otra vez. Lo que parecía ser su salvación, ahora se convertía en una carga. Cargas tan pesadas solo la retrasaban y no podía darse ese lujo. Tenía que terminar con eso al día siguiente, pero, por lo pronto, solo quería quitarse el frío y dormir un poco. Miró a un costado. La ventana aún estaba abierta y una corriente helada entraba y la golpeaba directo al rostro. Luego se volvió para ver a Cristian. Cuando vio que estaba dormido, se levantó despacio y arrastró los pies hasta el ventanal. Una vez allí, estuvo a punto de cerrarla cuando…

—Deja la ventana abierta —murmuró Cristian—. No la cierres. No la cierres.

Elisa hizo un gesto de frustración y rabia. Abrió la boca para gritar, pero el grito fue más para sus adentros. Sin otra opción, regresó a su silla y rezó para que esa noche terminará pronto.

Capítulo 17

La migraña lo obligó a despertarse.

El picazón en los ojos se intensificó al querer abrirlos. La cabeza de Cristian era un lío. Ignoraba dónde estaba acostado. Intentó abrir los ojos de nuevo cuando la luz radiante lo deslumbró, obligándolo a cerrarlos de nuevo. Luego los talló con la mano y, entre abriéndolos, intentó adaptarse al resplandor del nuevo día. Sus ojos estaban inyectados de sangre y enormes bolsas colgaban bajo de ellos. No sabía que hacía dormido en el sofá. Se quiso levantar y sintió el peso de las mantas sobre él. Le dolían todos los músculos del cuerpo y su cabeza palpitaba tan fuerte que sentía que su ojo derecho saldría disparado de su cuenca ocular. Hizo un esfuerzo y recordó algo. Era como un sueño lejano. En su mente no llegaban imágenes. Eran más bien sensaciones. Frío, calor, agua y unas manos. Unas manos cálidas que lo protegían. Ese contacto de estar con otro ser humano. Hacía mucho que no lo sentía y, al percibirlo, lo hizo sentir vivo de nuevo.

De inmediato, supo que había tenido otro ataque de depresión. No eran frecuentes, pero en extremo incómodos. Despertar desnudo en la sala o incluso, en una ocasión, en las escaleras del edificio. Por suerte, aquel día se despertó temprano y regresó a su apartamento antes de que alguien lo viera sin ropa.

Al adaptarse a la luz, tomó asiento y se volvió hacia un lado. Vio a Elisa dormida en una silla y envuelta en una manta. De repente, se sintió avergonzado. El calor subió a sus mejillas. Luego Elisa abrió los ojos lentamente.

El joven músico pensó que lo mejor sería fingir demencia y actuar como si nada hubiera pasado.

—Buenos días —dijo con una gran sonrisa.

Elisa lo miró adormilada y le contestó:

—Vete al carajo.

De inmediato, ella, se levantó y fue directo a recoger su mochilero.

—¿A dónde vas? —preguntó Cristian.

—Mira… Aprecio la ayuda que me brindaste, pero intento, a toda costa, de evitar complicaciones. Las finales están muy cerca y no puedo darme el lujo de servir como enfermera.

—¿Me cuidaste toda la noche?…

—¿Qué esperabas? ¿Qué te dejara morir de frío?

Cristian estuvo a punto de ponerse de pie cuando descubrió que estaba completamente desnudo; así que volvió a tomar asiento.

—¿Qué pasó? Recuerdo frío, después agua muy caliente y luego que mi madre me arropaba.

—Puedes estar seguro de que no fue tu madre. Y aunque estás muy flaco, me costó mucho trabajo darte ese baño con agua caliente para que no te diera una hipotermia. Luego te arrastré al sofá. Quería llevarte a tu habitación, pero peleabas mucho para mantener la ventana abierta; así que te dejé en el sofá. Perdón que te lo diga, pero eres una de las personas más locas que he conocido en mi vida y he conocido a muchas.

—No lo estoy….

—¿Qué?

—No estoy loco. Es solo… Es solo que a veces siento tanto dolor que mi mente se desconecta del mundo.

—Dolor… todos sentimos dolor.

—Te puedo asegurar de que no como el mío.

—¿Qué? ¿Eres exclusivo del sufrimiento? Admito que hay niveles de sufrir, pero tu dolor será tan fuerte cómo tan débil lo seas tú.

—De seguro lo aprendiste de tu padre el conservador…

—¡Vete al diablo!

Elisa estuvo a punto de irse cuando Cristian sintió la necesidad de detenerla.

—¡Espera! —le gritó.

—¿Qué?

—No te vayas…

—¿Por qué no?

Cristian meditó lo que iba a decir. De esa respuesta dependía que ella se quedara. Pero debía ser rápido e inteligente…

—Te necesito… —de inmediato supo que fue la respuesta más tonta que pudo haber dicho.

—¿Me necesitas?

—Sí… Para…para completar mi sonata.

—¿Qué carajo tiene que ver tu sonata conmigo?

Cristian intentó encontrar las palabras correctas. Ya había metido la pata y no sabía cómo sacarla.

—Cuando bailas —creyó que la sinceridad sería su mejor carta— veo algo que me inspira a seguir componiendo.

—¿Yo te inspiro eso?

—Sí. Como una musa.

—¿Necesitas de una musa para terminar tu sonata?

—¡Exacto!

—Eres un novato.

—¿Qué?

—No necesitas de una musa para hacer tu trabajo. Lo que debes de hacer es sentarte frente al piano durante diez horas seguidas y hacer que las notas salgan. Te apuesto que, al final del día, habrán surgido algunas notas.

—¿Crees que no lo hago? Lo hago todos los malditos días y noches. Pero, simplemente, no aparecen. Es como cuando la tonada de una melodía está en tu cabeza, pero cuando la quieres tararear no sale y sientes que te vuelves loco al no poder hacer que cobre vida.

—¿Por qué es tan importante?

—Esta sonata es algo que me ata con mi pasado.

—La chica de la foto.

—Eso no importa.

—Si no puedes deshacerte del pasado, solo haces las paces con él.

—No quiero hacer las paces con él. Quiero tomarlo con mis manos, apretarlo y romperlo en mil pedazos —tomando la nada, hizo como si rompiera una hoja de papel.

—Y me necesitas para eso.

—Mira, necesitas un lugar para quedarte y yo necesito terminar mi sonata. Es ayuda mutua.

—¿Y qué se supone que haga? Jamás he sido una musa.

—Baila para mí.

Elisa le hecho una mirada diciendo: *«ya quisieras».*

—¿De qué estás hablando?

—De que solo tienes que bailar.

—¡Oh! Estás muy equivocado conmigo, amigo. Yo no hago *lap-dance*.

—No me refiero a ese tipo de baile.

—¿Y dónde se supone que voy a bailar?

Cristian miró alrededor.

—¡Aquí!

—¿En tu sala de estar? No hay suficiente espacio.

Cristian se puso de pie y empujó el sofá.

—Podemos hacerlo.

Entonces, la manta se desprendió de su cintura y cayó al piso, dejando ver sus partes privadas.

Elisa abrió los ojos enormes al verlo.

—¡Oye! ¿Podrías mirar para otro lado? —dijo él al volverse a cubrir con la manta.

—Vamos —contestó ella—. Por si no lo recuerdas, ayer te bañé.

—¿Lo hiciste?

Elisa afirmó mientras forzaba una sonrisa ingenua.

—¿Y yo estaba…?

—Como recién nacido.

—Bueno, en ese caso… —dejó caer de nuevo la manta al suelo.

Los colores subieron a la cara de Elisa al tiempo que dio media vuelta.

—Ten algo de decencia. Ponte algo encima.

Cristian quedó boquiabierto por un segundo. Reaccionó y, a paso rápido, se dirigió a su habitación cubriéndose con la manta.

Estando sola en la sala, Elisa miró hacia la puerta de salida. Tendría un par de minutos antes de que ese adorable loco regresara y complicara aún más su vida. Luego medito todas las opciones. Su padre no era una de ellas. La calle, ni hablar.

«Maldita seas, Elisa —se dijo así misma—. Necesitas un lugar por ocho semanas. Solo son dos meses y la mayor parte del tiempo estarás practicando. Pedirás algo de dinero a tu padre y comerás afuera. Es solo un techo para dormir. En realidad, necesitas de su ayuda».

Sin más, decidió arriesgarse y quedarse. Si las cosas no salían bien, podría marcharse en cualquier momento. Al menos habría ganado unos días.

Cristian regresó a la sala vistiendo unos *jeans* y una camiseta sin mangas.

—¿Crees que es buena? —le preguntó a la chica.

—¿Qué cosa?

—Mi sonata. ¿Es buena?

—Sí. Es muy hermosa.

—Sin embargo, me da miedo pensar que estoy escribiendo una obra maestra, pero que me engaño y que solo es basura.

—Nunca podrás complacer a todos. Lo importante es trasmitir emociones. Felicidad, tristeza, desamparo. Creo que es algo muy bello y difícil de conseguir. Pero también creo que lo estás haciendo muy bien.

—¿Crees que al final, lo hacemos más para ellos que para nosotros mismos?

—Cuando bailo, me gusta sumergirme en la música. Amando lo que hago. Por supuesto que también lo hago por ellos. Pero para mí, es algo personal. Si al final, la gente me aplaude es un extra.

Ambos ojos se engancharon por un momento. Aquellas miradas donde los dos se entendían a la perfección. Dos seres humanos dispuestos a dar su arte, arriesgándose al rechazo o la aceptación. Dos artes que se acoplaban a la perfección. Tal y como esa amistad que comenzaba. Si alguien podría entenderlo, sería ella. Si alguien podría entenderla, sería él.

—Sabes algo —afirmó Ella—. Si en realidad quieres saber si eres tan bueno, sé valiente y comparte tu música.

—Ir a Londres.

—Si no tomas decisiones por ti mismo, la vida las tomará por ti. ¿Y sabes qué pasa cuando la vida toma esas decisiones?…

Cristian negó con la cabeza.

—No pasa nada —dijo ella.

—Es difícil tomar una decisión cuando estás en medio de una tormenta.

—Entonces, ¿qué quieres hacer?

—Esperar a que haga buen tiempo… Luego navegar.

—Si haces eso, te harás viejo.

—¿En serio? ¿Qué harías tú?

—Luchar contra la tormenta.

Capítulo 18

Las cadenas de la rutina comenzaban a romperse.

Como todas las noches, Cristian tocaba el piano en el elegante restaurante. Las notas musicales salieron del piano, perdiéndose entre los murmullos de la clientela que abarrotaban la noche del sábado. El joven músico llevaba puesto un traje color negro, camisa de vestir blanca y corbata negra. La melodía que tocaba en ese momento era la versión instrumental de *Up Where Belong*. Aunque sus dedos tocaban la tonada de esa película de los 80s, sus pensamientos estaban con aquella bailarina que, en solo unos días, formaba una parte importante de su vida. El incidente de aquella noche, afortunadamente, había quedado en el olvido. Habían pasado varios días y Elisa no había vuelto a tocar el tema. Cristian le había prometido que ese incidente no volvería a suceder y que, de vez en cuando, iría a su escuela de baile *Dance Performance*, para verla ensayar y escribir las notas musicales que completarían su sonata.

Las palabras de Elisa, así como su presencia, le daban valor de volver a tocar su música. Incluso en su lugar de trabajo, donde a las personas no les importaba la melodía que fuera.

Por el rabillo del ojo, miró comer a la clientela. Nadie le prestaba atención. Entonces, una idea pasó por su cabeza. Tal vez no fuera nada, pero podría costarle una reprimenda en el trabajo. *«Qué importa» —pensó—. «Lo voy a intentar».*

Sin más, cerró los ojos y comenzó a tocar la sonata que llevaba componiendo durante tantos meses. De inmediato, en la mesa frente a él, una hermosa dama, en sus setenta años, dejó de comer. Ella lucía un vestido de noche blanco. En su cuello colgaba un collar de platino con un diamante en medio. De piel suave, sin cirugías estéticas. Al ponerse de pie, dejó ver su cuerpo esbelto y distinguido. Los ojos de la dama se posaron en Cristian. Algo mágico la atraía. Un hechizo al escuchar una melodía tan bella. Mientras tanto, Cristian tocaba con los ojos cerrados, sintiendo cada tonada. Enamorándose de nuevo con la música. Algún tipo de

encantamiento llegaba a su mente y bajaba hasta sus dedos. Su música daba armonía a un mundo caótico. Continuó tocando durante algunos minutos. La sonata fluía sola. ¿Era un trabajo de muchos meses? ¿Era su Musa? Tal vez, una combinación de ambas. Lo que importaba era que su amante eterna había regresado y no pensaba dejarla ir de nuevo.

Fue cuando el gerente del restaurante se le acercó y le susurró al oído:

—Toca la música que se te ha asignado.

En ese momento, Cristian dejó de tocar el piano. De forma inesperada, el restaurante estalló en aplausos. Era la primera vez que le aplaudían en ese lugar. El joven músico se volvió para ver a los clientes y agradeció con una pequeña reverencia.

—Eres bueno —dijo el gerente—. Pero continúa tocando lo establecido.

Cristian asintió y comenzó a tocar de nuevo aquella música instrumental ya conocida por todos. La verdad no le importó la llamada de atención, su musa regresaba a su lado. Entonces, la dama del vestido blanco y el collar de platino, se puso de pie. Cogió una rosa blanca que adornaba la mesa y caminó despacio hacia el joven músico. Una vez cerca del piano, miró a Cristian a los ojos y le entregó la rosa.

—Eso fue hermoso —dijo con una tierna sonrisa.

Cristian le sonrió y agradeció con la cabeza. Colocó la rosa blanca sobre el piano y siguió tocando. Por un instante, supo que valía la pena luchar por su pasión. Es verdad que tocaba y componía para él, pero el compartirlo lo hacía sentirse feliz. El hacer sonreír, soñar o que la gente cayera enamorada con su música; era el mejor pago que cualquiera pudiera darle. No podía abandonar su lucha: seguiría componiendo.

♪♫♪

Después del trabajo, Cristian salió a toda velocidad a la calle. No le importó irse sin cenar. Tenía una cita con su musa. Llegó al edificio que estaba frente al de *Dance Performance.* Una vez allí, se apresuró a subir hasta el techo donde vio a Elisa bailar por primera vez. Por un momento, pensó en ir directo al estudio de baile, pero quizá la distracción de estar ahí pudría incomodar a la joven bailarina y no dejarla ensayar al cien por ciento. Pensó que lo mejor sería escabullirse como un amante. Escondido entre las sombras de la noche para ver a la ninfa convertirse en música.

En el techo del edificio, apoyó los codos en la cornisa. Entonces, la miró. Allí estaba, en el edificio de enfrente. Con un ventanal que servía de marco en medio de la gran urbe repleta de luces. La bailarina llevaba los auriculares puestos, por lo que el joven compositor no escucharía la música. Pero no importaba. Aquella música sería una distracción para su obra. Luego de un momento, observó los músculos de la chica estirarse. Ese ligero calentamiento la preparaba para crear arte. De repente, Elisa comenzó su rutina de baile. Moviendo cada parte de su cuerpo con gracia y elegancia.

Con manos ágiles, Cristian sacó una libreta para apuntar las notas musicales. La pluma estaba lista para hacer su trabajo. Solo habría que esperar por la magia. Algo que surgió de inmediato al ver a esa hermosa criatura moverse. Era una gacela en el bosque que se fundía con su entorno: la música.

El ruido de la ciudad era el acompañante de aquella bailarina: figura esbelta; flor silvestre agitada por el viento. El eco de las bocinas, los motores y los murmullos no duraron mucho. Una hermosa y suave melodía envolvió la metrópolis en un manto cálido y agradable. La música, surgida de la mente de Cristian, era más fuerte que el poderoso ruido de la ciudad. La punta de su pluma bailaba con gracia y soltura sobre el papel, dibujando notas musicales que fluían como en un riachuelo de agua cristalina. Daba la impresión que la tinta y la bailarina estaban inmersos en uno mismo. Conectados por la magia de la inspiración. La música y el movimiento se convirtieron en uno. La música de piano incrementó gradualmente, fusionándose con la ciudad. Viajando a través de edificios, entrando a sus muelles y llegando al mar, donde se adentraría al océano y luego subiría a las estrellas en una balada cósmica de pasión y ternura.

Cristian estaba absorto con la melodía en su cabeza. Las notas musicales fluían por sí mismas. Una mano mágica guiaba al joven compositor. De pronto, sus pensamientos fueron más allá. No por el baile. No por la bailarina. No por la musa. Por la mujer de carne y hueso. Por Elisa:

«Quiero ver tu rostro y saborear la dulzura de tus labios. Quiero ser la sombra de tus pasiones a lo largo de nuestras vidas. Quiero ser tu amante supremo y dejar la vida al lado de mis preocupaciones. Las flores están soplando la exaltación de los espíritus. Voy a escapar de la prisión de mi ego y perderme en las montañas y los desiertos. Estoy borracho de tu amor y siento la extraña soledad en mi corazón. Estoy harto de juegos mortales a lo largo de mi vida. Estoy buscando la

intoxicación del amor, pero la vida permanece muda en la agonía de los deseos de mi corazón».

En ese instante, el ensueño finalizó. Elisa ya había terminado su rutina de baile. *«¿Cuánto tiempo habrá transcurrido? —pensó el joven músico—. Fue tan corto como el beso de toda una noche».*

Al ver la hora en su teléfono móvil, se dio cuenta de que habían pasado casi dos horas. De pronto, sintió el frío de la noche envolverlo. Pensó en regresar a su apartamento antes que Elisa, pero quería compartir el momento con su musa. Aquel hermoso ser humano que le regresaba la inspiración.

♪♫♪

Una vez abajo, Cristian esperó impaciente por su musa. Pero tardó más tiempo del deseado. De seguro se estaría cambiando o, tal vez, platicando con alguien: alguna compañera de baile o la maestra de danza. Después de esperar unos minutos que se le hicieron eternos, por fin la vio salir del edificio. De inmediato, sintió su corazón latir con fuerza. ¿Por qué este sentimiento? Ella era solo una compañera de cuarto y, de seguro, pronto se marcharía a Londres. Así que todo quedaría en un dulce recuerdo. A pesar de eso, ahí estaba: nervioso. Igual que un adolescente esperando por su primera novia a la salida del colegio. Al verla al otro lado de la acera, pensó en correr hacia ella. Pero algo le hizo frenar de golpe. Un auto, Mercedes-Benz, lujoso de color gris metálico se estacionó al lado de la bailarina.

Cristian quedó petrificado bajo la luz de la farola. *«¿Qué está pasando? Un hombre mayor salía del vehículo y Elisa lo envolvía en sus brazos».*

El joven músico sintió un vacío en el estómago. Luego el calor de los celos ganó la batalla al frío de noviembre. ¿Quién era aquel hombre al que Elisa abrazaba con tanto cariño? Era un hombre mayor, pero bien parecido y, sin duda, de mucho dinero. De repente, Cristian observó cómo todo ese afecto se convirtió en una discusión. El sonido del tráfico opacó los gritos de Elisa. Solo se le escuchó gritar el nombre de aquel hombre: *«Sergio».* ¿Quién era ese Sergio? ¿Por qué Elisa lo abrazó y, segundos después, lo odiaba tanto?

El joven músico siguió mirando: él le daba dinero y ella se lo tiraba en la cara. Él trató de calmarla tomándola por los hombros, pero ella lo golpeó en el pecho. Cristian apretó los dientes. Sus ojos

se llenaron de furia. Quería cruzar la calle y, al llegar junto a ellos, propinarle un tremendo golpe a ese hombre.

Elisa continuó golpeando el pecho de Sergio hasta que él la sujetó por las muñecas. Ella jaló con fuerza, logrando liberarse. Sollozando incontrolable, se dio la vuelta y se alejó de él. La joven bailarina secó sus lágrimas con el antebrazo a medida que caminó con paso tambaleante. Sergio no intentó seguirla, ni siquiera la llamó. Simplemente la dejó ir. Subió a su lujoso coche, puso el marcha el motor que rugió como un león al despertar y se alejó del lugar.

Cristian estaba congelado. Deseaba ir hacia su musa, pero sus piernas no le respondieron. La ira se transformó en impotencia al ver a Elisa tambaleándose mientras caminaba. Entonces, sin saber cómo, gritó su nombre. Pero ella no parecía escucharlo.

♪♫♪

Elisa se frotó las sienes. Era como si el zumbido de mil avispas hubieran entrado por sus oídos e hicieran un ruido atroz en su cerebro. El sonido era tan fuerte que nublaba sus otros sentidos. El ruido del tráfico era un eco lejano. Las luces de la ciudad se tornaron borrosas. Luego, sin más, se desplomó.

♪♫♪

Aquello fue una inyección de adrenalina para Cristian. Sin saber cómo, salió disparado hacia ella. A pesar de dar enormes zancadas, los pocos metros de la calle fueron una eternidad. Cuando al fin la alcanzó, la apretó entre sus brazos y grito su nombre:

—Elisa…, Elisa…

Pero todo sonido era un eco distante en la cabeza de la bailarina. Incluso el rostro de Cristian era una imagen sin forma: con rasgos desfigurados e irreales. La joven dejó de pelear por mantenerse consiente y alejó de su mente todo lo que formara parte del mundo que tanto la lastimaba.

Cristian continuó repitiendo el nombre de Elisa cuando un pequeño frasco de plástico amarillo cayó del abrigo de ella. Cristian lo recogió y leyó en su etiqueta. Al ver lo que decía palideció. Aquella hermosa musa tenía un serio problema al tomar esa porquería. Una adicción que podría llevarla a la tumba.

Capítulo 19

Despierta Elisa, todavía queda mucho por hacer.

Entre oleadas de luz, los ojos de Elisa se abrieron de golpe, lanzando una mirada de confusión al frente. Delante de ella se encontraba un hombre de mediana edad con gafas pequeñas de aumento y barba entrecana. Él era Jorge, el antiguo amigo de la familia de Cristian.

La joven bailarina enfocó sus ojos para verlo bien. Por un segundo pensó que había muerto y San Pedro la recibía, pero aquel fuerte dolor de cabeza le indicó que aún seguía en el mundo de los vivos.

—Qué buen susto nos pegó, señorita —dijo el hombre con la voz ronca de tantos años de fumador retirado.

Ella miró por encima del hombro del hombre y vislumbró a Cristian de pie detrás de él. Luego echó un vistazo a su alrededor y comprobó que estaba en el dormitorio de Cristian, además de estar acostada en su cama.

—Ha de sentirse mareada y con una terrible jaqueca, pero no se preocupe. Lo que acabo de administrarle la hará sentir mejor. Ahora solo intente descansar.

Sin decir más, Jorge se puso de pie.

—Ella estará bien —le dijo a Cristian—. Y tú, jovencita, a no agitarse tanto y a comer bien —le dijo al voltear a verla—. Y sobre todo a tomar muchos líquidos. Veo que estás muy deshidratada.

Luego volteó a ver a la ventana de la habitación y le dijo a Cristian con voz firme.

—Intenta que no pase frío, por favor.

—Traeré más mantas —fue su respuesta.

Jorge lo miró por encima de las gafas y negó con la cabeza en señal de lo necio que podría resultar ser ese chico.

Ambos salieron de la habitación, dejando descansar a Elisa. Una vez en la puerta de salida, Cristian se adelantó para abrirla y darle las gracias a Jorge por haber ido a esa hora de la noche y, sobre todo, con tal rapidez.

♪♫♪

Al ver a Elisa desmayada a mitad de la calle, Cristian había llamado a un *Uber* y en menos de cinco minutos, este había llegado. Cuando Cristian vio a la mujer del Uber salir del auto, se sorprendió de lo alta y fuerte que era. Con enormes brazos y una espalda ancha. Eso fue de gran ayuda al subir a la bailarina al auto. Después, platicando con ella en el viaje, se enteró que levantaba pesas. A Cristian le había pasado por la cabeza llevar a Elisa al hospital, pero se le ocurrió primero llamar a Jorge para contarle lo ocurrido. Al conocer los síntomas de Elisa, Jorge pensó que no era necesario llevarla al hospital. De esta manera, los dos quedaron de verse en el apartamento del joven músico y, una vez ahí, Jorge revisaría a la joven bailarina. Al llegar al edificio, la conductora del Uber fue muy amable al cargar a Elisa y subirla cinco pisos. Poniéndola sobre su hombro como si fuera un costal, subió corriendo por las escaleras. Esto le había parecido un poco rudo a Cristian, pero estaba consiente que cargar a una mujer desmayada era algo casi imposible. Como querer cargar a un muñeco de trapo que se escurría por todas partes. Así que no discutió con la mujer. Después de dejar a Elisa en la cama, Cristian le dio una buena propina y agradeció de nuevo a la chica del *Uber*. Diez minutos después, Jorge ya había llegado y examinado a Elisa.

Ya para irse, Jorge no pudo dejar pasar la oportunidad de hacer algo por aquella familia que quería tanto.

—¿Has hablado con tu padre? —preguntó Jorge.

Cristian negó con la cabeza.

—No tenemos nada de que hablar.

—Está tratando de mejorar, Cristian. Realmente lo está intentando muy duro.

—Bien por él. Pero que lo haga para que él mismo salga en el pozo dónde se metió. Que no lo haga por mí. Para mí está enterrado y olvidado.

—¿Sabes que perdió la casa? Está en quiebra, Cristian. No le queda nada. Únicamente tú.

Cristian intentó demostrar que no le importaba, pero sus sentimientos lo traicionaron. Su rostro se tensó y sus ojos se nublaron con lágrimas. Pero el rencor que sentía era más fuerte. Más fuerte que todo. Incluso al amor por un padre.

—Espero que no me estés pidiendo que lo acepte aquí. En la casa que perteneció a mi madre.

—Por supuesto que no. Él se está quedando conmigo, y podrá quedarse todo el tiempo que quiera.

Después de una pequeña pausa, añadió:

—Él te ama, Cristian.

El joven músico pensó con cuidado sus palabras. Cada uno de sus pensamientos solo le trajo rencor. Un rencor que creció al hablar de su padre. Por lo que prefirió terminar la conversación.

—Gracias por venir, Jorge.

Jorge negó con la cabeza. Había pasado un año desde aquel incidente y de la ruptura con su padre. Pensó que, por el momento, no podría aportar nada y prefirió dejar el tema para otra ocasión.

Cuando salió del apartamento, se volvió para ver a Cristian y concluyó:

—No me gusta nada las migrañas de tu amiga. Quiero creer que son solo por no comer bien. No estaría de más que le hicieran un examen completo.

Sin decir más, dio la vuelta y se alejó. Cristian cerró la puerta.

El joven músico quedó quieto por un momento. Los pasos de Jorge se desvanecieron poco apoco. Al no oírlos más, dio media vuelta y regresó con Elisa que se encontraba en cama y mirando fuera de la ventana. La corriente de aire frío golpeaba su rostro, pero en esta ocasión, no parecía molestarle. O tal vez tan solo no le importaba. Después de mirarla un rato, Cristian se acercó y se sentó a los pies de la cama. Ella volteó a verlo. Apenada. La idea de haberla visto tirada en plena calle y luego ocupar su cama; la llenaba de vergüenza. No tenía palabras para agradecerle ni para pedirle disculpas. Odiaba haberse convertido en una molestia.

—¿Cómo te sientes? —preguntó él.

—Ya estoy mejor, gracias.

—Hoy dormiré en el sofá.

—No tienes que hacerlo. De verdad, me siento mucho mejor.

—No, no, no… Quiero hacerlo. Solo descansa. Mañana prepararé algo nutritivo. Mientras estés aquí, no tendrás porque pasar hambre.

—Con qué clase de musa te fuiste a topar. Debes estar decepcionado.

—¿De verdad lo crees?

Cristian tomó la libreta con las notas musicales de la mesita de noche y se la entregó. Ella la abrió y leyó con cuidado cada una de las notas. Al estudiar ballet, le había permitido estudiar música; así que fue capaz de leer las notas musicales.

—Es bellísima —dijo al terminar de leerlas.

—Esa es la clase de musa con la que me topé. Te estuve observando desde el techo del edificio de enfrente.

Elisa le devolvió la libreta. Sus mejillas se sonrojaron. Los hombres siempre solían dar piropos vacíos a las mujeres. Pero aquello no solo era bello y genuino. Sentía que era parte de algo hermoso. Algo que trascendería con el tiempo.

Después de un rato, Cristian no pudo aguantar más y dijo de la manera más tranquila que pudo:

—Elisa, esa cosa que te estás metiendo —le entregó la botella de plástico amarilla—. OxyCotin; es algo… bueno, es algo muy fuerte.

Elisa tomó la botella y luego la colocó sobre la mesita de noche.

—Sé que el hambre es… Bueno, no se lo deseo a nadie. Pero tienes que dejar esa mierda —dijo y se avergonzó de inmediato de usar esa palabra delante de ella.

—Las traen de Canadá —dijo ella—. Es lo que puedo pagar. Me ayuda con mi migraña.

—Debemos pensar en otras alternativas.

—¿Con el sistema médico de este país?

—Apesta, lo sé. Pero, aun así, debemos encontrar algo que no te joda tanto el cerebro. Quiero tener una musa por muchos años.

Ella le regaló una débil sonrisa. Aquella sonrisa que se da cuando no se quiere llorar.

Cristian meditó en lo que quería decir a continuación. Era difícil, pero no podía aguantarse.

—Elisa, ¿te gustan los hombres mayores?

Elisa se acorrucó en la cama. No tenía las fuerzas ni el deseo de discutir algo tan absurdo en ese momento. Por lo que le respondió:

—Tengo frío… Mucho frío. Solo quiero dormir y no pensar por esta noche.

Cristian se arrepintió de haber preguntado aquello. Tal vez encontraría otra oportunidad para tocar el tema. Esa noche… Esa noche la dejaría tranquila.

—Traeré más mantas.

Fueron sus últimas palabras. Al regresar con más cobertores, ella se había quedado profundamente dormida. El joven músico la cubrió y la miró por un instante.

Le pareció igual que el océano: bella y majestuosa; tan tierna e indefensa cuando descansaba, pero tan poderosa e imparable cuando bailaba. Sí, era igual que el océano.

Pronto el cansancio hizo presa del joven músico. Dormiría en el sofá al igual que cuando se quedaba con su madre. Eso le traía buenos y amargos recuerdos. Por lo pronto no quería pensar más.

También necesitaba descansar.

Capítulo 20

Las nuevas rutinas ayudaban a eliminar los malos hábitos.

A la mañana siguiente, Cristian volvió a una práctica que, hace mucho tiempo, había dejado atrás. Se levantó a las cinco y media de la mañana, se puso sus pantalones y zapatillas de deporte, una sudadera con capucha y salió del departamento. Fue directo a *Central Park* y comenzó a trotar. Había olvidado lo que era pararse tan temprano y hacer ejercicio. Vivir en un mundo diferente a esa hora de la mañana. El aire matutino entró por sus fosas nasales, fresco y con olor a humedad. El ambiente, en general, era algo de otro mundo. La refrescante energía lo rodeaba todo y quería aprovecharla. Respiró hondo y trató de calmarse. Su cabeza estaba embotada con tanto pensamiento inútil que no conducía a nada. ¿Quién era el hombre en el auto lujoso? ¿Por qué había puesto a Elisa en tan mal estado? Por un momento pensó lo peor. Pero de inmediato negó con la cabeza. Ella no parecía ser esa clase de mujer. Luego trató de enfocarse a su alrededor. A esa hora de la mañana, el contacto con la naturaleza le hizo sentir una calma que le sería imposible sentir algunas horas más tarde: cuando la ciudad comenzara a despertarse.

En esa época del año, el sol se despertaba más tarde. La tenue oscuridad hacía que el bosque pareciera en blanco y negro. Al pasar por *The Lake*, contempló los primeros rayos del sol asomarse por el horizonte, traspasando las nubes; creando tonos dorados y azules en el cielo. Luego entró en un camino boscoso donde los rayos del sol se abrieron paso a través de hojas y ramas. El aire frío de la mañana entró en sus pulmones, aliviando el dolor y la confusión de tiempos lejanos. De repente, una idea lo asaltó: algo que quería evitar a toda costa, pero el impulso lo atrajo con una fuerza invisible. Salió del bosque trotando hasta llegar a la calle peatonal donde corrió por la acera. Hacía frío, más de lo habitual. Aceleró el paso para calentarse. Las gotas de sudor se enfriaron al instante que entraron en contacto con el aire helado de la mañana. Su respiración se aceleró. Igual que su ritmo cardíaco. Quiso engañarse a sí mismo

repitiéndose que era la falta de condición, pero sabía muy bien la verdadera razón de su nerviosismo. Se dirigía a una calle que le era familiar. Una calle por donde había pasado miles de veces y, en cada momento, le hacía oír sus propios latidos del corazón con tal fuerza que pensaba que le estallaría en cualquier momento. Era la emoción de ver a esa persona y no poder hablarle, no poder tocarla y, peor aún, no poder besarla.

Extraña sensación de volver a ver alguien con la quien se compartieron tantos momentos íntimos, pero ahora eran como dos extraños. Dos desconocidos que sabían todo sobre el otro.

Entonces, disminuyó el paso, tratando de recuperar el aliento. Fue cuando la miró. Esa atractiva joven, camino al trabajo, estaba al otro lado de la calle. Susana. ¿Tendría el coraje de hablar con ella esta vez? O, ¿solo se limitaría a hacerla sentir mal y, al mismo tiempo, lastimarse así mismo?

Susana siguió caminando sin saber que Cristian la observaba de lejos. Luego la vio cruzar la calle y entrar al subterráneo. De inmediato, el joven músico aceleró el paso y cruzó la calle adyacente; siguiéndola a una distancia prudente.

Una vez dentro del subterráneo, Susana deslizó su tarjeta y entró. Bajó las escaleras y se detuvo en la plataforma. Allí caminó de un lado a otro, esperando por el metro.

Cristian la había seguido hasta las escaleras. Esperaba ahí sin moverse. Solo la observaba. ¿En qué momento se había convertido en un fisgón? Se odiaba por eso. Pero el deseo de verla, incluso de lejos, era enorme. Aunque estaba consiente que se sentiría peor después de haberlo hecho.

El metro llegó y las puertas se deslizaron al abrirse. Susana entró al tiempo que Cristian bajó por las escaleras y permaneció inmóvil en la plataforma. Luego, ella, se recargó en un tubo y volteó al frente. De inmediato, ambos ojos se encontraron. Una descarga eléctrica recorrió ambos cuerpos. Respiración agitada y turbación entre dos seres distantes. A pesar de todo, todavía quedaban algunos frutos de esa semilla de amor que habían sembrado en el pasado. Fue cuando ella dio el primer paso: una leve sonrisa que expresaba más de mil palabras. Cristian quiso correr dentro del metro, abrazarla y besarla; pero el terror a los lugares cerrados se lo impidió. Deseaba estar con ella y, al mismo tiempo, sentía un odio inmenso. Cómo sucede siempre, al no tomar una decisión; el destino la tomó por él. Las puertas del metro se deslizaron al cerrarse, dejando ambas miradas con el deseo de decir lo que las bocas no se atrevieron. El metro se alejó, perdiéndose en la oscuridad del túnel,

dejando al joven músico con un sentimiento de soledad mucho mayor que el de la mañana.

Cristian había salido temprano a aclarar su mente y, de nuevo, los hábitos del pasado le habían hecho sentir peor.

♪♫♪

Después de deambular por el laberinto de concreto y cristal con anuncios abrumadores, Cristian regresó a su apartamento. Esperaba ver a Elisa y platicar con ella. Su mera presencia le ayudaba a sentirse mejor. Nunca imaginó la sorpresa que se llevaría al abrir la puerta. Lo que miró lo dejó congelado. Sus ojos no daban crédito. De inmediato, sintió un fuego crecer en su estómago, subir por su pecho y llegar hasta su cerebro.

Elisa estaba sentada en el sofá con Rogelio a su lado. Ambos reían a carcajadas: «*¿de qué diablos estarán hablando? —quiso saber Cristian*».

Al verlo de pie bajo la puerta, Elisa le regaló una enorme sonrisa. Por su parte, Sergio sonrió tímidamente, sintiendo una angustia recorrer todo su cuerpo.

—Cristian, no sabía que tu padre era el gran concertista Sergio Lagos. Ahora veo de dónde sacaste el talento —comentó ella despreocupada.

Cristian entró y tomó asiento frente al piano, lejos de ellos. Su mandíbula tembló y sus ojos lanzaron lumbre.

—Le estaba platicando acerca de mis migrañas.

—Creo que puedo ayudarle… —comentó Rogelio—. Conozco a un especialista y …

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Elisa quedó petrificada. No había visto a Cristian tan furioso. Tal vez, meditó, ese hombre no era quien decía ser.

—Perdón, Cristian —susurró Elisa—, dijo que era tu padre…

—¡Yo no tengo padre!

—Cristian… Hijo. No digas eso…

—¡Te dije que no regresaras aquí! ¿A qué carajo vienes?

—Solo quería hablar. Jorge me contó…

—¡No tenemos nada de que hablar!

—Cristian, él es tu padre. Al menos escúchalo.

—¿Qué? ¿Ahora te vas a poner de su lado? Si quieren los dejo solos…

Luego se volvió a su padre.

—Es lo que quieres, ¿verdad? —gritó.

Rogelio negó con la cabeza. Quería encontrar la forma de razonar con su hijo.

—Hijo…

—Creo que mi padre no te ha contado sobre su gusto por las chicas jóvenes — le dijo a Elisa con voz quebrada.

Elisa volteó a ver a Rogelio. Estaba por completo confundida.

—Señorita, yo le juro…

—¡No jures! —gritó Cristian—. Conozco tus intensiones.

—Cristian, necesitas calmarte —dijo Elisa.

—¡Quiere llevarte a la cama! —chilló—. ¿No te das cuenta?

—Señorita, yo sería incapaz…

—¡Quieres convencerla! ¡Seducirla, como lo hiciste con Susana!

—Cristian, por favor —dijo Elisa, a punto de perder la paciencia.

—¿Qué? —contestó Cristian— ¿Ahora me vas a decir que no te gustan los hombres mayores?

Elisa saltó del sofá.

—¡Ya estuvo! Te pasaste… ¿Me vas a ofender también?

Cristian no sabía lo que decía. Debía callar, pero era mucha ira reprimida. Tantos meses guardando su rabia y ahora era un volcán en erupción. Quería contenerse, pero no podía. Luego pensó que Elisa no era culpable en toda esa locura y arremetió contra su padre:

—Tan solo lárgate de mi casa y nunca regreses —murmuró con lágrimas contenidas.

Rogelio se puso de pie y acercándose a su hijo, dijo:

—Hablemos…

Al tenerlo tan cerca, Cristian no pudo resistir el impulso; empujó a su padre con tal fuerza que cayó de bruces en el piso de madera.

Elisa quedó petrificada. Nunca había imaginado que Cristian fuera un hombre tan violento. En ese momento, sintió la urgencia de irse y alejarse de él.

En el piso, Rogelio balbuceó el nombre de su hijo un par de veces.

De inmediato, el joven músico lamentó haber empujado a su padre. Pero no lo quería cerca de su vida. Su presencia lo hacía todo más difícil de lo que ya era.

—Solo vete, por favor… —dijo, tratando de calmarse—. Sal de mi vida. Es lo mejor que puedes hacer para hacerme sentir mejor.

Rogelio tragó saliva al tiempo que se levantó. Miró directo a los ojos de su hijo durante unos segundos. Intentó decir algo, pero las palabras quedaron atoradas en su garganta. Una lágrima asomó por su ojo y resbaló por su mejilla. ¿Qué más podría hacer? Su hijo

jamás lo perdonaría. Al insistir una reconciliación, lo empeoraba todo. Entonces, sin más que agregar, salió del departamento y de la vida de su hijo.

Elisa seguía petrificada. Después de un rato, por fin pudo hablar:

—¿Qué diantres fue eso?

—No te sientas mal por él —masculló Cristian, tratando de calmarse—. No lo conoces.

—Pero creo que ya te voy conociendo a ti.

Cristian la fulminó con la mirada. Se suponía que estuviera de su lado.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo Elisa.

—¿Es lo que quieres? ¡Pues vete!… De seguro debe estar esperándote abajo.

Elisa cogió su abrigo y le gritó:

—Estás loco.

La bailarina salió echando chispas. No daba crédito de lo que había presenciado.

Una vez solo, Cristian caminó de un lado a otro. Sentía que la cabeza le estallaba. Su padre volvía a arruinar su vida. Una vida devastada desde hace un año. Elisa solo había sido un salvavidas. Un salvavidas que se desinfló en la primera tormenta. Ahora estaba solo otra vez, con sus demonios atormentándolo. Necesitaba calmarse; fue al piano e intentó tocar algo… *Imposible*. La vida le tiraba otro fuerte zarpazo y no lo soportaba. Se sentía adormecido. Todos sus sentidos eran un caos: la mirada borrosa, la boca seca, se le dificultaba respirar, un pitido retumbaba en su oído y sus manos temblaban. Hizo un esfuerzo, pero no pudo controlar aquella tembladera. Solo deseaba terminar con todo. Acabar con su vida, con su sufrimiento, con su odio.

Se levantó y arrastró los pies hasta el baño. Una vez dentro, abrió el botiquín de primeros auxilios y cogió la botella con los antidepresivos. Había dado pelea a la vida, pero la vida lo había noqueado. El premio para el perdedor: la muerte.

♪♫♪

Elisa bajó las escaleras, balbuceando maldiciones. ¿Cómo pudo haber sido tan estúpida? A un mes para las finales y volvía a estar en la calle. Cuando su suerte no pudo ser peor, sintió el pitido retumbar en su cabeza. Esa era la señal que le aterraba. Después de algunos segundos, otra migraña atacaría y, por el pitido tan agudo, sería una fuerte. Metió la mano en su chaqueta. Vacía. De

inmediato, Cayó en cuenta que había dejado el frasco en la mesita de noche. Además, con la prisa, había olvidado su mochilero. Tenía que regresar al apartamento de Cristian; dio la media vuelta y volvió a subir las escaleras. Afortunadamente, solo había bajado dos de los cinco pisos. Poco a poco el dolor se acrecentó. Ella aceleró el paso. Al llegar al quinto piso, descubrió que Cristian había dejado la puerta abierta: «*que descuidado es —pensó*». De inmediato entró al departamento. Con paso rápido, entró al dormitorio, cogió la botella de plástico amarilla, la abrió y tragó un par de píldoras. Luego, dando grandes zancadas, fue a la cocina donde se sirvió un vaso de agua y la bebió para ayudarse a tragar las píldoras. Fue cuando reflexionó: «*¿Dónde diablos se ha metido Cristian?*». Pensó en llamarlo, pero sintió que sería signo de debilidad; se le ocurrió otra táctica.

—Solo regresé por mi mochilero. Eres un estúpido, ¿sabes?

No hubo respuesta. Al disminuir el pitido, pudo escuchar el agua de la ducha caer sobre la bañera. *«¿Quién se baña después de una discusión como la que tuvimos?».* Fue cuando quiso asegurarse de que todo estuviera bien.

—¡Qué quede claro! No quiero que me busques más. Ni siquiera se te ocurra ir a la escuela de baile.

De nuevo el silencio cómo respuesta.

Elisa se paró junto a la puerta del baño y dijo en tono seco.

—Tú no necesitas una musa, necesitas un psiquiatra.

Solo se escuchó el sonido del agua.

Luego sintió que sus pies se mojaban. Miró abajo y vio cómo el agua escapaba por debajo de la puerta del baño.

♪♫♪

La mujer, en el auto en llamas, miró resignada a Cristian al tiempo que él golpeó, con todas sus fuerzas, el vidrio de la ventanilla.

Aquel sueño perturbador y repetitivo sería lo último que recordaría el joven músico. Esos fueron sus pensamientos al tragar medio frasco de antidepresivos. Luego abrió las llaves del agua y dejó que la bañera se llenara. Se quitó la sudadera, Los pantalones deportivos, las zapatillas de deporte y los calcetines. Medio desnudo, se metió en la bañera. Estaba aturdido, el efecto del veneno, con receta médica, comenzaba a surtir efecto. Dentro del agua, sintió que flotaba en el aire. La otra mitad de las píldoras estaban esparcidas en el suelo junto a la botella que las había

aprisionado. El agua subió hasta el borde de la bañera y cayó al piso. A partir de allí, se extendió por el suelo hasta que llegó debajo de la puerta. Luego continuó su viaje a fuera.

Mientras tanto, Cristian miró al techo. Sus ojos se perdieron en el pasado. Los recuerdos que lo torturaban serían lo único que llevaría con él. *Es el final.* Ahora solo quedaba esperar el desenlace de una vida llena de sueños frustrados. Un mortal tratando de volar con las alas de Ícaro y que había caído al precipicio. Tomó un último aliento y se hundió en el agua. Si las píldoras no lo mataban, moriría ahogado. Solo quería que todo terminará lo antes posible. Bajo el agua, escuchó los gritos distorsionados de una voz familiar. Agradeció aquello. No había mejor manera de morir que escuchar a su musa gritar su nombre. *Cristian… Cristian…* Qué bello se escuchaba su nombre en esa voz. Ahora estaba en paz consigo mismo.

♪♫♪

—Abre la puerta, Cristian —repitió Elisa una y otra vez.

Su corazón latía con fuerza y sus manos temblaban mientras movía el pomo de la puerta sin poder abrirla. Miró hacia abajo: el charco de agua se expandía por toda la sala. En un acto desesperado, arrojó su cuerpo contra la puerta. El dolor en el hombro fue como una descarga eléctrica. Repitió la acción: escuchó tronar sus huesos. «*Si me llego a dislocar el hombro, y no puedo bailar, entonces; yo soy la que lo va a matar —fueron sus pensamientos de ira*». Pero esto sirvió para golpear con más fuerza que antes. Una y otra vez. Perdió la cuenta de cuántas veces su cuerpo chocó contra la puerta. Hasta que, cuando menos lo esperaba, la puerta se abrió de golpe.

De inmediato, los ojos de la bailarina se ensancharon de terror. Cristian yacía dentro de la bañera. Uno de sus brazos colgaba afuera y las pastillas estaban esparcidas por todo el piso. Junto a estas estaba el frasco. Ella lo cogió y leyó la etiqueta: *antidepresivos.*

—¿Qué diablos has hecho? — dijo más para sí misma que para él.

Luego tiró el frasco a un lado y agarró a Cristian por los hombros. Con gran esfuerzo, sacó la mitad de su cuerpo de la bañera. Luego metió los dedos índice y del medio en la garganta del músico. Cristian reaccionó de inmediato: vomitó una sustancia verde y viscosa. Luego, la joven bailarina sacó su teléfono móvil de su bolsillo y marcó al 911. Nunca recordaría muy bien lo que dijo.

Por inercia, dio la dirección y explicó lo que había sucedido. Sin darse cuenta, tiró el teléfono móvil al suelo y agarró a Cristian por la cabeza.

—Estarás bien… Estarás bien… Eres un estúpido…estúpido… estúpido…

Cristian la miró desconcertado. Entonces, la fatiga fue derrotándolo. Cerró los ojos y comenzó a quedarse dormido.

—Cristian… —gritó ella—. No te duermas… Aguanta… Aguanta… No te duermas.

Capítulo 21

Las segundas oportunidades no eran una coincidencia de la vida.

Cristian intentó abrir los ojos, pero un fuerte dolor de cabeza hizo que los volviera a cerrar. Un mar de confusión atiborró sus pensamientos. ¿Dónde se encontraba? Fue lo primero que le asaltó la mente. Sin duda, esa no era su cama. El lugar olía a desinfectante y hacía frío. No al aire fresco y frío al dejar las ventanas abiertas. Ese frío era artificial. Cerrado. Después de unos segundos, intentó abrir los ojos de nuevo. Esta vez despacio. La luz del lugar también era de un blanco artificial. Le tomó un momento para que sus ojos se adaptaran. Lo primero que percibió fue la figura borrosa de una persona frente a él. Quiso frotarse los ojos para ver mejor, pero sintió un dolor en la arteria del brazo. Entonces, divisó a una enorme aguja clavada en él. Cerró y abrió los ojos repetidas veces para que sus ojos dieran forma a la figura borrosa que tenía delante. Por fin, después de varios intentos, la figura se aclaró como una fotografía al ser revelada. Elisa estaba sentada a su lado. Sus dedos oprimían su entrecejo y sus ojos, apretándolos, apuntaban al piso.

El joven músico quiso decir el nombre de su musa, pero tenía la garganta seca; por lo que carraspeó y, con voz ronca, salieron sus primeras palabras:

—¿Eres mi musa o mi ángel de la guarda?

Elisa abrió los ojos y levantó la mirada. Se le veía agotada, pero, en ese momento, los músculos de su rostro se relajaron al ver despertar a su amigo que, en lugar de ayudarla, estaba complicando su vida.

—¿Cómo te sientes? —preguntó ella.

—Agua, por favor.

Elisa llevó un vaso con agua a sus labios. El joven músico dio un par de sorbos. El agua fresca humedeció su garganta, refrescándola. En ese momento, una enfermera entró y examinó el suero. Cristian se volvió para verla y echó un vistazo a la enorme aguja enterrada en la arteria de su brazo. Esta estaba incrustada en un tubo de

plástico largo que llegaba hasta una bolsa con suero.

—Finalmente, se despertó —dijo la enfermera mientras revisaba el suero —. Debería darle las gracias a su amiga. Si no hubiera sido por ella, ya no estaría con nosotros. No se ha separado de usted ni siquiera por un segundo. Incluso durmió en aquella silla tan incómoda.

Cuando terminó de revisar el suero, caminó hacía la puerta y concluyó:

—Voy a avisar al doctor que usted ya despertó —mientras decía esto, salió del cuarto.

Elisa miró a Cristian por largo rato. No pudo soportarlo más y le preguntó algo que la inquietaba desde el primer momento que supo de sus episodios de depresión.

—¿Por qué, Cristian? ¿Por qué lo haces?

—Lamento que presenciaras eso. Parece que estoy perdiendo la batalla contra mis demonios.

—Una batalla es cuando ambas partes dan pelea.

—Es que estoy cansado de luchar.

—Por supuesto que lo estás. La lucha es contigo mismo. ¿Cómo puedes odiarte tanto hasta llegar al punto de lastimarte?

Cristian giró su cabeza a otro lado; quería evitar todo contacto visual con los ojos de Elisa. Luego habló. Una explicación más para él que para ella.

—¿Nunca te has despertado en busca de una razón para levantarte? En la madrugada, cuando no puedes dormir debido a los pensamientos que te gritan: ¿qué estás haciendo con tu vida? ¿Y prefieres dormir de nuevo porque la respuesta te aterra? Sabes que no estás haciendo nada con ella. Que todos los días son una copia del anterior. Actúas por inercia. Como una tuerca en una maquinaria sin sentido. Repitiendo lo mismo todos los días.

—Así que le temes al mañana.

—Le temo al día de hoy.

—El día de hoy es el tiempo más hermoso que poseemos. El hoy nos da el tiempo para hacer las cosas que amamos.

—El hoy solo nos da monotonía y dolor. Con malditos recuerdos clavados en la cabeza.

—El hoy es como tú quieras que sea. ¿Quieres traer más recuerdos dolorosos a tu vida? Adelante. Pero si quieres una nueva dirección en ella, solo cambia tus acciones. Cambia tu rumbo.

—No es tan sencillo. La vida está llena de mierda. No entiendo cómo puedas amarla tanto.

Elisa inclinó su cuerpo y acercó su boca cerca de la oreja del

joven músico. Después, de sus labios salió un susurró que pareció una brisa cálida.

—Siempre tengo una vocecita en mi cabeza. Ella me habla todos los días y dice: *«vive, vive, vive»*. Esa es la voz de la muerte.

Cristian tragó saliva al tiempo que Elisa se reclinó de nuevo en el asiento.

—¿Puedo pedirte un favor?

Elisa asintió levemente.

—No sé cuánto tiempo me tengan aquí… Por favor, cuando salga, no desaparezcas de mi vida.

—¿Podré cerrar las ventanas en tu ausencia?

Ambos no pudieron contener una risita.

—Claro que puedes.

Sus miradas quedaron clavadas por un largo rato. Algo nuevo nació esa tarde.

Capítulo 22

Era el momento de dejar de pelear contra la vida para hacerla su aliada.

La mañana era brumosa cuando Cristian salió del hospital. Durante dos días, había permanecido allí. Lo más embarazoso habían sido los exámenes psicológicos. Pero las pruebas mostraron que solo había caído en una depresión muy fuerte. Ahora lo dejaban ir, con la condición de asistir a charlas grupales. Afuera, al respirar el aire libre, no quiso pensar en eso. Estar fuera lo hacía sentir mucho mejor. Y aunque la mañana fuese nublada, le parecía un día perfecto. Al poner un pie en la calle, vio a un sin fin de personas caminar por todas partes. Entre la multitud estaba de pie la única persona que le importaba. Elisa, frente a él, resaltaba entre la muchedumbre; un diamante entre el carbón. Se veía hermosa. Con una sonrisa que iluminaba un día triste.

—Hola, extraño —dijo en tono de broma.

—¿Cuidaste bien de mi apartamento? —dijo él al devolverle la sonrisa.

—No quedó tan mal después de la última fiesta. Aunque no creo que aguante otra.

—¡Oh! ¿Hiciste fiestas en mi apartamento? No sabía que tenías amigos.

—De hecho, no muchos. Pero tengo una que es muy especial y me gustaría que la conocieras.

—¿Es bonita?

—Mucho.

—Entonces, ¿qué estamos esperando?.

Elisa se acercó a él y le dio un fuerte abrazo.

—Vamos a verla.

—¿Hablas en serio?

—Yo siempre hablo en serio.

Sin más, ambos comenzaron a caminar, perdiéndose en el océano de gente.

♪♫♪

En la televisión, se presentaba el rutinario programa de concursos. La gente daba vueltas a la ruleta de colores blanco, rojo y negro. Todo era exactamente igual que la última vez; lo único que cambiaban eran los concursantes. El grupo de personas mayores veía o, pretendían ver, a esos humanos actuando como niños en una tienda de juguetes al recibir sus premios. En otro rincón de la estancia, las piezas de reyes, reinas, caballos y alfiles; descansaban sobre el tablero de ajedrez. Parecían no haberse movido desde la última vez. Frente a ellas, se encontraban los mismos ancianos de hace varios días.

El asilo de ancianos parecía un limbo. La rutina era mucho peor que en el exterior: una recompensa por hacer lo que la sociedad les había pedido por años.

Cristian y Elisa caminaron a lo largo del corredor mientras, él, observaba con curiosidad aquel espectáculo de ancianos adormilados.

—¿Tu amiga trabaja aquí? —preguntó Cristian.

—¿Trabaja? Vive aquí —fue la respuesta de ella.

Ambos continuaron caminando por un corredor de paredes blancas cuando se cruzaron con una anciana arrastrando un respirador artificial. Los tubos de plástico estaban metidos en sus fosas nasales. Si esa era la manera de levantar el ánimo a Cristian, Elisa estaba haciendo un terrible trabajo.

—No me agrada la gente vieja —murmuró Cristian al oído de Elisa.

—¿Qué tonterías dices? ¿Por qué no te agradan?

—Creo que es su olor.

—No seas absurdo.

—Además, cuando comienzan a hablar, no hay manera de hacer que se callen.

—Tal vez necesites aprender a escuchar. No tienes idea de las cosas que puedes aprender de ellos.

—Si lo hago, comenzaré a cabecear como esos viejos viendo la televisión.

Ambos se detuvieron frente a una puerta. Elisa giró sobre sus talones para quedar frente a Cristian y dijo:

—Aquí es. Por favor, se amable. Ella es muy importante para mí.

—Lo prometo si ella promete no comenzar a hablar y hablar…

—Más te vale no ser grosero.

Elisa dio unos golpecitos a la puerta y, como si la estuvieran

esperando, se escuchó una voz diciéndole que pasara.

Elisa abrió la puerta y miró a Abigail, que estaba de pie delante de la ventana. Soplaba una brisa suave y un rayo de sol besaba aquel rostro arrugado. Abigail se dio la vuelta y miró a su antigua alumna al momento que una enorme sonrisa se dibujó en sus labios.

—Qué deliciosa sorpresa —dijo la anciana al acercarse a Elisa y besarla en la mejilla.

Elisa la abrazó con fuerza y al separarse dijo:

— Mira, Abigail. Quiero presentarte a un buen amigo, Cristian Lagos.

—Pero qué joven tan apuesto.

Ambos se dieron las manos.

—Un placer, señora.

—Llámeme Abigail.

—Abigail, por supuesto. Y… —buscó que decir y al final optó por lo más obvio—. ¿Qué estaba haciendo?

—Viviendo en mi pequeño mundo de recuerdos.

Cristian forzó una amable sonrisa y luego sus ojos echaron un vistazo a las fotos en blanco y negro en la habitación. Una de ellas, la de la mesita de noche, llamó más su atención. Se inclinó para verla mejor: una fotografía de Abigail en sus 20 años. Llevaba un traje de bailarina y estaba de pie en primera posición en el escenario. Le sorprendió la belleza y toque de distinción de aquella mujer.

—¿Es usted?

—Parece difícil de creer, ¿verdad?... Fue hace mucho tiempo. En otra vida donde desempeñe el papel principal en esta loca obra llamada vida. Pero como sucede en la vida real, cuando las actrices principales envejecen, solo les dan los papeles secundarios.

—Así que fue bailarina. Como Elisa. —Cristian sonrió.

—Ella fue mi maestra de ballet —interrumpió Elisa—. Todo lo que he aprendido se lo debo a ella.

—Ya veo. Pues quiero felicitarla. Hizo un excelente trabajo con Elisa. La he visto bailar y es…es algo fuera de este mundo.

—Lo sé. Ella es una artista extraordinaria… Aunque a veces hay que recordárselo.

—Cristian también es artista. Toca el piano maravillosamente.

—¡Oh! ¿De verdad? Tenemos un piano en el asilo. Por desgracia, nadie sabe cómo tocarlo. Tal vez usted…

Los colores se le subieron a Cristian. De inmediato, buscó una manera de zafarse.

—¿Quién? ¿Yo? No, no, no… Tal vez en otra ocasión…

—Vamos, Cristian… —insistió Elisa—. ¿Qué te cuesta tocar unas cuantas notas?

—Será en otra ocasión, de verdad.

—Deja tranquilo al joven —intervino Abigail—. Quizá algún día nos de la sorpresa.

Cristian sonrió triunfante al momento que vio a Elisa y alzó las cejas.

—Y… —Cristian buscó las palabras en su cabeza—… Supongo que debe de tener muchos buenos recuerdos como bailarina.

Los ojos de Abigail resplandecieron con un brillo que la hizo viajar al pasado.

—No tiene idea de cuantos —susurró Abigail, mirando a su época dorada.

De inmediato, Cristian puso cara de fastidio, arrepentido por haber formulado aquella pregunta. Ahora la anciana comenzaría a hablar y nada podría callarla.

—Tantos amores —comenzó Abigail—, tantos amantes. Siempre fui una chica muy traviesa y sin complejos, incluso para mi época…

Ella giró sobre sus talones para ver las fotos sobre la pared. En muchas de ellas, estaba junto a un hombre diferente. Todos guapos, todos elegantes. Entonces, Abigail cerró los ojos; el viaje en el tiempo resultaba más fácil nublando el sentido de la vista.

—Amores, caricias, besos —continuó Abigail, hablando con voz suave como si contara un cuento a un par de niños que estaban a punto de dormir—. Todo aquello era hermoso, pero nada podía compararse con el aplauso. Todos esos hombres fueron tan solo una pasión efímera. Amantes pasajeros para llenar vacíos que dejaban la soledad de los viajes. Mi verdadero amor siempre fue el público. El escenario. Bañarme con las luces de cada show…

Los recuerdos de la mujer rompieron con la barrera de espacio-tiempo. En sueños borrosos, emergieron imágenes de los escenarios alrededor del mundo. *El Teatro Scala en Milán, La Fenice en Venecia, El Ópera House en Sydney, El Gran Teatro de Liceo en Barcelona, El Ópera House en Viena.* Así, su mente viajo a través de todos los teatros del mundo. Cada uno con su magia. Con la energía de la audiencia aplaudiendo y coreando su nombre: «*Abigail, Abigail, Abigail —se les oía clamar*». Aquella imagen quedó congelada en su mente y, poco a poco, cambió al color blanco y negro. Ahora la imagen era solo una fotografía. Un momento capturado en el tiempo que Abigail sostenía en sus manos. Mirando la foto, sintió cómo aquellos tiempos habían sido mejores: al menos para ella. Deambulando por la habitación, parecía haber quedado atrapada en

aquel maravilloso momento del pasado. La música clásica resonaba en su cabeza con acordes suaves y armoniosos. Encerrada en aquella habitación, se le veía libre y ansiosa.

—Las ciudades brillando con sus edificios salpicados de luces —continuó—. El nerviosismo tras bambalinas: escuchar el murmullo del público; esperando a que dé inicio el momento mágico.

Cristian estaba hipnotizado al escucharla. Cuantas cosas se había perdido por no saber oír a los mayores. Cuánta experiencia de vida. Todos tenían una historia y era enriquecedor saber de ella. Solo tenía que abrir sus oídos y su corazón. En un minuto de escucharla, sintió que era una mejor persona. Más sabia, más comprensiva.

—Están llamando al escenario —alzó la voz Abigail—. Se abre el telón y comienza la hora del encanto. Como canto de sirena, atrapar a la audiencia con movimientos de mi baile hipnótico. Seducirlo; enamorarlo. Entregar mi danza con cuerpo y alma. El mundo entero se desvanece. Les pertenezco a ellos y ellos entran en mí. La música me envuelve. Me convierto en su amante; somos uno solo.

Con los ojos cerrados, una lágrima se deslizó por la mejilla de la anciana. Vivía aquellos momentos. Intoxicada por los recuerdos.

—Al final de la música, un estruendo de aplausos. Puedo sentir la energía penetrando mi alma —abrió los ojos y suspiró—. ¿Hay algo más hermoso que eso?

Después se desplomó en la silla. Estaba exhausta.

—Tantos lugares, tantos recuerdos, tantos sentimientos. Pero en última instancia, lo que más extraño son las pequeñas cosas de la vida…

Cristian la miró absorto. Lleno de curiosidad.

—Las cosas simples de la vida —dijo ella—. Sentir la brisa del aire fresco en el rostro, el olor de las flores…, el sol. Cómo extraño los rayos del sol calentar mi rostro. Pero no a través de un ventanal. Si quieres saborear la vida, no la vivas detrás una ventana.

Con ojos bañados de lágrimas, Abigail abrió los ojos. Despertaba de su viaje al pasado. Los recuerdos más bellos, siempre la hacían sentir más triste.

Cristian y Elisa la miraron en silencio. En un latido del corazón, fueron testigos de toda una vida.

—Después de todo —concluyó Abigail—, Eso es la vida: acumular recuerdos.

Cristian estaba boquiabierto. Una lágrima asomó de su lagrimal. Elisa lo miró por un momento y le preguntó:

—¿Te encuentras bien, Cristian?

Él parpadeó. Por un instante había emprendido el viaje tomado

de la mano de la anciana. Al reaccionar, se volvió hacia Elisa y le dijo:

—Tengo una idea.

Capítulo 23

Lo que amenazaba con ser una tarde triste y brumosa, se había convertido en un hermoso día soleado.

El aire era fresco y se oía el canto de los pájaros. En un bote de remos, en el lago principal de *Central Park,* Cristian remaba con ligereza. Elisa y Abigail, sentadas al otro extremo, disfrutaban de la brisa que acariciaba sus rostros. Abigail rozó el lago con la punta de sus dedos, observando cómo su reflejo se distorsionaba con las ondas del agua.

Cristian sonreía mientras remaba. Elisa le sonreía a él. Lo miraba con ternura. El hermoso detalle que había tenido con Abigail mostraba su verdadero yo: el hombre que era antes de amargarse por los errores ajenos y suyos. Luego Elisa miró a un lado: Abigail miraba a su alrededor como una niña que experimentaba por primera vez la vida. Disfrutaba cada detalle a su alrededor. La brisa, las aves volando, los patos al acercarse. La mujer de mundo apreciaba de nuevo los pequeños detalles de la vida.

♪♫♪

Después de remar por un rato, los tres bajaron del bote y caminaron a través del *Bow Bridge* hasta llegar a la estatua de *Alicia en el País de las Maravillas,* creada por José de Creeft. Allí devoraron enormes *hot dogs* y bebieron gaseosas al tiempo que contemplaban la enorme escultura de bronce de Alicia sentada en un hongo y acompañada por el *Sombrerero Loco, El Conejo y El Gato Cheshire*. Luego Abigail se apartó de los dos jóvenes para sentarse cerca de la estatua. Cristian y Elisa no sabían si quería estar sola con la naturaleza o si quería darles su espacio. Cómo quiera que fuese, ambos aprovecharon el tiempo para conocerse mejor ya que, en las semanas anteriores, solo habían hablado de música y baile. El tema personal siempre lo dejaban a un lado.

—Tu gesto de traernos aquí, fue muy lindo —dijo Elisa.

—Había olvidado lo bien que se siente hacer feliz a alguien.

—Lo haces cada vez que tocas el piano.
Una brisa sopló y alborotó sus cabellos.
Elisa aprovechó el momento para abrazar con ternura el brazo de Cristian: sus ojos lo estudiaron con cuidado. Luego, incapaz de resistirse, lo besó en la mejilla. Esto tomó por sorpresa al joven músico. El calor subió a sus mejillas. Sonrió ruborizado. Ambos se miraron por un largo tiempo. Con miradas enganchadas, intentaban decir lo que sus bocas no se atrevían. Elisa se sonrojó. Hacía mucho tiempo de no tener esos sentimientos por alguien. Algo que la hizo sentir incómoda y emocionada al mismo tiempo.
—¿Sabes que los pianistas tenemos un sentido del tacto muy desarrollado? —susurró él—. Todo está en el roce.
Elisa se encogió de hombros.
—No, ni idea.
—Mi mamá solía decir que era la mejor manera de conocer los sentimientos por alguien.
—¿Es en serio? —Elisa lo miró incrédula.
—Lo es… Vamos a hacer una prueba, para ver si funciona.
Cristian tomó la mano de la joven bailarina con suavidad. Acarició la palma de su mano con las puntas de los dedos. De arriba a abajo y en ambos lados.
Ella, embobada, miraba el rostro pálido del chico. Ahora parecía más apuesto que antes:

«Quiero vivir, quiero volar. Ser prisionera del viento y tú el ave que me acaricie a diario con tus alas. Quiero dejar atrás todos esos malos recuerdos y convertirme en el océano dónde puedas navegar. Mis mareas no nos llevarán a ningún lado, pero no importa mientras estés a mi lado».

De repente, se dio cuenta de que contenía la respiración, por lo que dejó escapar un suspiro. Elisa despertó de esos pensamientos causados por el joven músico. Él permaneció quieto al tiempo que una leve sonrisa se dibujó en su rostro. Finalmente, dijo:
—Mi mamá siempre tenía razón.
—¿Dónde está ella? —preguntó al voltear a otro lado y evitar que él se diera cuenta que lo miraba como una colegiala enamorada.
La pregunta lo incomodó, por lo que desvió el tema.
—Percibo una conexión muy fuerte entre tú y Abigail —comentó Cristian.
—Mi madre siempre estaba de mal humor. Abigail fue más que

una maestra para mí.

Cristian examinó el rostro de Elisa en busca de respuestas.

—Recuerdas al hombre de la otra noche… —dijo Elisa.

—No tienes que darme explicaciones…

—…Es mi padre. Él y mi madre tuvieron una aventura. Yo soy el producto de aquello. Alguien creada por la pasión de una noche, pero no por amor. Tal vez por eso hay tanta pasión en mí —bromeó, pero era algo que ni ella encontraba gracioso.

—¿Dónde está ella ahora?

—Muerta —respondió al mirar a un punto distante—. Ya hace cinco años de eso. Desde entonces me he valido por mi misma. Bueno, mi padre también me ha ayudado. No me quejo. Me ha dado lo esencial, pero siempre ha sido una persona ausente en mi vida.

Cristian comenzó a entender todo lo que la joven había pasado. Verse sola a los dieciséis años; con una madre muerta y un padre ausente.

—¿Cómo murió tu madre? —quiso saber.

Ella lo miró directo a los ojos; sin basilar dijo:

—Se quitó la vida.

El joven músico quedó helado. Su madre se había suicidado y ahora lidiaba con un desquiciado suicida. Ignoraba por qué seguía a su lado: ¿por la necesidad de un techo? No. Esa era una carga muy pesada para llevar.

—Ella se quitó la vida —prosiguió ella— por una persona que no valía la pena. Por alguien que nunca la quiso.

—¿Por qué sigues en contacto con él?

Ella se encogió de hombros.

—La vida es demasiado corta para vivir odiando a los demás. Supongo que solo quiero hacer las paces antes de que no pueda hacerlo.

—¿Hacer las paces? ¿Con él?

—No, conmigo misma. No puedo permitir que el odio me consuma y me distraiga.

—Yo no soy como tú. No olvido tan fácilmente.

—Recuerda, trata a las personas como te gustaría ser tratado.

—Yo trato a la gente como me tratan.

—Cristian, vi la mirada de tu padre. Suplicaba por perdón. No me pareció en absoluto una mala persona.

—A lo que llamas padre, lo perdí hace un año.

—¿Qué pasó entre ustedes?

Cristian vaciló por un instante. Lo sucedido hace un año no se lo había contado a nadie. Era algo tan íntimo y doloroso que estaba

muy enterrado y, al mismo tiempo, siempre salía a la superficie para lastimarlo.

—Hace un año —dijo al fin—, estuve a punto de casarme. Mi padre lo arruinó.

—¿Qué pasó?

Cristian respiró hondo y dijo:

—Puedes esperar la traición de cualquier persona. Menos de la que más admiras en el mundo.

A Elisa le tomó un momento concebir tales palabras: «*no era posible*». ¿Acaso su padre y su prometida? No. Pero, sin embargo, ahora todo tenía sentido. Las preguntas si le gustaban los hombres mayores; ver su reacción al encontrarla a solas con su padre.

—Jesús —dijo finalmente, abriendo los ojos con sorpresa.

Luego miró las manos de él: temblaban mientras sus ojos miraban al pasado.

—Mi madre los descubrió —prosiguió—. Esa misma tarde, ella murió en un accidente automovilístico.

Hasta la mente de Cristian llegó el resplandor del semáforo en rojo. Luego su madre pisando el acelerador y: —Crash— un camión cisterna estrellarse contra el de ella.

Las lágrimas brotaron de los ojos del joven y rodaron por sus mejillas.

—¿Quién sabe? Tal vez no fue un accidente.

—Oh, Cristian. No sabes cuánto lo siento. Lamento mucho hacerte revivir eso.

Cristian sacudió la cabeza para despertar del pasado, forzó una sonrisa y dijo con voz entrecortada:

—No te creas. La carga es menos pesada cuando la compartes.

Luego se volvió para verla con los ojos nublados de lágrimas y concluyó:

—Nuestros padres lograron arruinar nuestras vidas, ¿verdad?

Elisa lo miró con ojos tiernos pero firmes.

—No pueden hacerlo. Jamás podrán. ¿Y sabes por qué? Porque nosotros somos los dueños de nuestros destinos. Ten presente que, a partir de este momento, tú tomarás las riendas de tu vida.

Ambas miradas se clavaron. Por primera vez, en mucho tiempo, no se sentían solos. Luego Cristian volteó a ver a Abigail y le dijo:

—Creo que sé cómo cerrar este viaje con broche de oro.

♪♫♪

Una fuerte luz iluminó el centro del escenario, dejando el resto

en la oscuridad. Bajo el haz de luz se materializó una joven y bella bailarina de ballet. Era de piel clara y hermosa. La música de piano cubrió el escenario con la melodía de *Chopin: «Spring Waltz»*. La melodía era rítmica, melodiosa; llena de pasión. La bailarina giró sobre su propio eje dando cuatro piruetas. Una sonrisa iluminó su rostro de rasgos finos y delicados. Ligera como el mismo aire, bailó con gracia, cubriendo cada rincón del escenario mientras el haz de luz la seguía. Movimientos precisos y bellos; era una con la música. Entonces, la música se detuvo. Ella paró y terminó haciendo una reverencia. El aplauso sonó en un estruendo de emociones. Fue cuando la bailarina abrió los ojos:

Eran los ojos de Abigail: Ella estaba de pie en el escenario del *Metropolitan House.* Su antigua casa. El lugar dónde tantas veces había tenido lleno total. Ahora, con todas las luces encendidas, se apreciaba un lugar vacío. Tan solo repleto con la energía de un público del pasado. Cristian se encontraba al piano y la miraba con ojos tiernos.

Elisa la observaba detrás del escenario. Tenía en entrecejo fruncido: señal que la migraña atacaría de nuevo. Pero el dolor era soportable al ver a su gran maestra bailar por última vez en el escenario donde vivían los recuerdos.

Abigail permaneció inmóvil por largo rato. Aquel olor a historia que impregnaba el lugar llenaba todos sus sentidos.

—¿Te encuentras bien, Abigail? —preguntó su antigua alumna.

Abigail continuó contemplando el teatro por largo rato. Después de varios segundos dijo:

—Ya lo creo, querida. Qué vida tan más hermosa he llevado. No me arrepiento de nada. La vida me dio mucho y Dios sabe que supe cómo devolverle el favor.

Capítulo 24

La noche cayó en la ciudad de Nueva York, cubriéndola con un manto de luces artificiales.

Rumbo al asilo, Elisa se había sentido peor. Solo quería recostarse y tratar de dormir. Después de dejar a Abigail en el asilo, tomaron un Uber para el apartamento del músico. Una vez en el pequeño apartamento de una sola habitación, Cristian ayudo a Elisa a entrar y a sentarse en el sofá. Ella temblaba de frío. El joven músico la cubrió con sus brazos al tiempo que frotó su cuerpo con las manos. De nada sirvió. Elisa no paraba de temblar.

—Hace mucho frío.

Ella frunció el entrecejo mientras apretó los ojos.

—¿La migraña de nuevo?

Ella asintió.

—Vamos —dijo él—. No dormirás en el sofá esta noche.

Con delicadeza, la llevó en sus brazos hasta su habitación; recostándola en la cama.

—Cristian, me estoy congelando.

—Traeré más mantas.

—No solo es el frío; el sonido de los carros me está matando.

Cristian observó la ventana abierta. Dudó por un momento. Luego miró a Elisa: su rostro reflejaba el dolor que sentía.

—¿Te duele mucho?

Ella asintió de nuevo.

Decidido, se levantó y caminó hacia la ventana. De inmediato, recuerdos del pasado asaltaron su mente: *«golpeando la ventana del auto en llamas. Su madre lo veía fijamente mientras que la palma de su mano posaba en la ventana. Con rostro suplicante, imploraba a su hijo que se tranquilizara. Cristian puso la palma de su mano a la misma altura; dando la impresión de que ambas manos se tocaban».*

El reflejo del joven se proyectó en la ventanilla en ese recuerdo, así cómo se proyectaba, en ese preciso momento, en la ventana de su habitación. Algo que no había hecho hace un año, lo hacía en ese momento: cerrar la ventana. Sintió algo extraño dentro de él.

Todavía percibía aquel miedo al estar encerrado, pero, al mismo tiempo, la ventana del pasado se cerraba. Tan solo quedaba su reflejo en ella. Un fantasma distante que debía ser enterrado. Ya con la ventana cerrada, corrió las cortinas para cubrir su propio reflejo. El primer paso para dejar atrás el pasado.

Elisa se quejó del dolor que sentía. Las punzadas eran tan fuertes que parecía que un ojo le saldría expulsado de su cavidad ocular.

Al oírla, avanzó a ella. Luego se recostó a su lado. Ella abrazó su brazo con fuerza. Quería agradecerle, pero el dolor era insoportable. Prefirió callar.

—¿Así está mejor? —preguntó él.

Ella se limitó a asentir con la cabeza.

—Dormiré en el sofá —susurró el joven.

Ella apretó aún más el brazo de Cristian y negó con la cabeza. Con gran esfuerzo dijo:

—Abrázame.

Los brazos de Cristian la envolvieron. Ella percibió una protección jamás sentida antes. Era como haber encontrado una parte que le faltaba. Aquella parte cálida y protectora que le decía en silencio: *todo va a estar bien.*

—¿Tomaste tus pastillas? —preguntó él.

Ella asintió.

—No sé qué pasa. No están funcionando.

Sin saber cómo ayudarla, se limitó a decir:

—Intenta dormir.

Las horas transcurrieron entre una maraña de dormitar y sueños extraños: Cristian viajaba en el mismo auto con su madre. El auto estaba atrapado en medio de la intersección. Ella daba marcha, pero no podía arrancar el vehículo. El ronroneó del coche era secó y agudo.

—Lo vas a ahogar —le repetía Cristian a su madre en el sueño.

Pero la madre seguía intentándolo. Luego Cristian miró un enorme camión cisterna venirse encima de ellos.

—¡Mamá! —le gritó—. ¡Salgamos del auto!

—Espera —dijo ella con calma—, puedo echarlo andar.

El camión se acercó peligrosamente tocando su bocina. Sonaba como el silbato de un buque de carga.

—¡Salgamos del carro! —le repitió.

—Tranquilo, hijo, puedo echarlo andar.

El camión cisterna estaba sobre ellos. Cristian abrió la boca para gritar, pero solo escuchó el sonido sordo del motor queriendo arrancar.

Entonces, se despertó sudando. Agradeció que fuera solo una pesadilla, pero seguía escuchando el sonido sordo del carro queriendo arrancar. Volteó a un costado y comprobó de dónde procedía el sonido: la respiración de Elisa era áspera y pesada.

De inmediato, Cristian encendió la lámpara que estaba sobre la mesita de noche. Miró a Elisa. Lo que vio lo aterró: Elisa estaba peor que pálida. Tenía un tono grisáceo en su rostro. Jadeaba con dificultad: era una lucha por cada bocanada de aire.

Cristian no podía salir de su pánico. Sus ojos se habían abierto de par en par con una mirada horrorizada.

—¡Elisa! —gritó—. ¡Despierta, por el amor de Dios! ¡Despierta!

La respiración de la chica se volvió aún más rasposa. Su rostro se tornó azulado. Sus ojos se abrieron llenos de miedo, mirando un punto en el vacío.

—¡Oh, Dios, no! —gritó el joven pianista para sus adentros.

Su último pensamiento fue llamar a una ambulancia y rezar para que no fuera demasiado tarde.

Capítulo 25

Las últimas dos horas fueron una locura para Cristian.

Cuando los paramédicos irrumpieron en su apartamento, lo bombardearon con preguntas de las cuales ignoraba por completo las respuestas. Incluso mintió sobre su relación con ella, diciéndoles que era su prometida. De lo contrario, no le habrían dejado subir en la ambulancia. Le preguntaron acerca de los parientes cercanos de Elisa. ¿Qué podía decir? ¿Que tenía un padre que, al parecer, no le importaba su hija?

Al llegar al hospital, la llevaron de inmediato a la sala de urgencias. Hasta ese lugar le permitieron llegar al joven músico, así que quedó en la sala de espera. Las horas pasaron y no recibía noticias de su musa. Estaba cansado de preguntar cómo seguía Elisa; al final, optó por tomar asiento e intentar dormir un poco, algo que le fue imposible. Se sentía extremadamente tenso y su imaginación le enviaba imágenes horribles de su amiga muerta. Esperaba lo peor: ¿acaso sería la última vez que la viera con vida?

Si su musa muriera, su sonata también moriría. Además de algo más importante: ¿más importante que la música? Le sorprendió que, lo más importante en su vida, pasara a un segundo término. Elisa ahora ocupaba el primer lugar. Después de perder la noción del tiempo, una doctora se le acercó. Al principio, creyó que era una enfermera: demasiado joven para ser doctora. Su cabello era rubio y llevaba una cola de caballo. Al acercarse a él, ella lo miró con un par de increíbles ojos azules.

—Soy la doctora Bailey. ¿Viene usted con la señorita —buscó entre sus notas—, Elisa Cisneros?

Cristian se levantó, asintió y estrechó la mano de la doctora.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó ansioso.

—¿Cuál es su relación con la joven, Cisneros?

Cristian no creyó lo que escuchó. Tendría que pasar de nuevo por una sarta de preguntas que solo hacían perder el tiempo.

—Soy su prometido —mintió.

—¿Alguna forma de contactar a un pariente cercano?

Cristian comenzaba a exasperarse. Pero tenía que ser amable: de lo contrario, solo perdería más el tiempo.

—Ella solo me tiene a mí…. Mire, ella y yo estamos a punto de casarnos y… —no supo cómo agregar más mentiras.

La doctora lo miró por el rabillo del ojo. Parecía un buen muchacho. Además, él había llamado a la ambulancia y la chica se encontraba en su cama cuando llegaron los paramédicos.

—Entonces, ¿imagino que está al tanto de su condición?

—¿De sus fuertes dolores de cabeza? Claro que lo estoy.

—¿Pero conoce qué las ocasiona?

Cristian palideció. Su boca se secó y sus pupilas se dilataron. Sin tener respuesta, negó con la cabeza.

—La señorita Cisneros tiene un tumor cerebral…

Al oír esto, las piernas del joven músico fueron dos hilachos que apenas lo mantuvieron de pie. De inmediato, se recostó en el asiento mientras se repitió para sus adentros: «*se fuerte, se fuerte. Elisa te necesita*».

—Ayudaría si pudiéramos contactar a sus parientes más cercanos.

—Ella tiene un padre, pero su relación no es muy buena en este momento —después de eso, no quiso decir más—. ¿Qué es lo que sigue ahora?

—Su condición es delicada. Por lo pronto, ya le administramos algo para el dolor de cabeza. Le enviaremos inyecciones para prevenir futuros ataques iguales a los de esta noche. Es importante que siga el tratamiento, pero incluso más, de que vea, tan pronto como sea posible, aun especialista.

La voz de la doctora fue haciéndose un eco lejano en la cabeza de Cristian. Él solo quería ver a Elisa, así que la interrumpió.

—Puedo verla.

La doctora lo miró directo a los ojos: el chico se veía afligido.

—Por supuesto que sí.

♪♫♪

Después de aquella conversación y algunas preguntas para seguir el protocolo, la doctora llevó personalmente a Christian a la habitación donde estaba Elisa. Una vez allí, los dejó solos.

Desde el pie de la cama, el joven pianista miró a su musa. Ella estaba acostada con los ojos cerrados. El silencio de la habitación, con olor a antiséptico, era interrumpido por el pitido que monitoreaba los signos vitales de Elisa. Un tubo intravenoso

enterrado en la arteria del antebrazo, le administraba suero a gotas.

Después de unos minutos, los ojos de la bailarina se abrieron lentamente. Al ver a Cristian parado al pie de la cama, sintió un gran alivio. Hacía mucho que nadie se había preocupado por ella de esa forma. Luego de un rato, Elisa le regaló una apacible sonrisa.

Él se acercó a ella. Tomó asiento a un lado de la cama y tomó su mano. De inmediato, percibió lo helada que estaba. Incapaz de hacer mucho, le devolvió la sonrisa.

—¿Cómo nos gusta asustarnos, verdad? —pensó que al decir eso la haría sentir mejor.

Elisa soltó una endeble risita acompañada de una tos áspera. Intentó hablar, pero solo se escuchó un mormullo ronco y débil salir de su boca:

—¿Cuál es el puntaje hasta ahora?

—Eso no importa. Tenemos que parar este juego.

—Por desgracia, no depende de mí.

—¿Por qué no me dijiste nada?

Elisa se encogió de hombros.

—¿Para qué? No tenía ningún sentido. Tú tienes tus propios problemas.

—Quizá para no ser tan egoísta e intentar hacer algo.

—¿Qué ibas a hacer? ¿Cavar dos tumbas en lugar de una?

Cristian negó con la cabeza. Luego rió entre dientes.

—¿Cómo puedes mantener tu buen humor en estos momentos?

—Es lo que tienes que hacer en los peores momentos de tu vida. De lo contrario, nos soltaríamos a llorar.

Cristian le acarició el cabello y dijo:

—Necesito llenar algunos papeles. La doctora me preguntó por tu seguro médico.

—Cristian, no tengo nada. Ya he pasado por esto. El dinero que me dejó mi madre, se fue en el tratamiento de la quimioterapia. Me he quedado sin nada.

—Por el amor de Dios, Elisa, te pedirán que abandones el hospital.

—Lo sé. Vivimos en un país donde es mejor matar al paciente que al sistema. De todos modos, no pensaba quedarme. Necesito ensayar. No quiero perder otro día.

—¿Qué? ¿Cómo piensas en eso ahora? Tú no puedes…

—Por supuesto que puedo. Siempre he podido. Esto es algo por lo que he luchado toda mi vida. No me voy a rendir ahora.

—¡Estás sumamente delicada de salud!

—Cuando has luchado tanto por algo, los obstáculos dejan de

ser excusas.

—¿Esto te parece solo un obstáculo?

Ella afirmó con la cabeza.

—Uno muy grande, pero no dejaré que me impida soñar y trabajar para alcanzar mi meta.

—¿Tu meta? Pero, ¿para qué concursar si nunca podrás…? —guardó silencio.

—…¿Si nunca podré ir a la academia en Londres? ¿Qué son las metas sino sueños? —le apretó la mano—. Debo demostrarme a mí misma que puedo hacerlo. Que mi vida, corta o larga, vale la pena.

Cristian la miró por largo rato. No entendía del todo el porqué realizar un viaje que nunca llegaría a su destino.

—¿Por qué es tan importante? —preguntó finalmente.

—Porque es todo lo que me queda.

Capítulo 26

Tiempo: aliado y enemigo.

Al día siguiente, Cristian pagó la cuenta del hospital y las medicinas. Las suficientes hasta el día de la presentación o encontrar alguna solución al problema de Elisa. Cristian hubiera preferido que ella permaneciera más tiempo en el hospital, pero no contaba con suficiente dinero y, además, Elisa se había puesto muy necia y quería salir de allí lo antes posible.

Una vez de regreso al apartamento del joven músico, Elisa sintió la brisa helada entrar por la ventana.

—Tu apartamento es un verdadero congelador —dijo—. No sé dónde hace más frío, aquí adentro o allá afuera.

De inmediato, Cristian se apresuró y cerró el ventanal que estaba junto al piano.

Absorta, Elisa lo miró mientras tomaba asiento en el sofá.

—Tú disculparás —dijo él—. Es un mal hábito.

—¿De verdad vas a cerrar las ventanas?

—Ha llegado el momento de darle un poco de calor a esta casa.

Diciendo esto, se sentó a su lado.

—No tienes que hacerlo, ya me estaba acostumbrando al aire fresco.

—Está bien… me gusta más así.

—¿No te sientes un poco… claustrofóbico?

—Nah. Bueno, tal vez un poco, pero me acostumbraré.

Elisa miró el rostro del joven. Sus rasgos finos y bellos. Desde que lo conoció le había parecido muy guapo, pero ahora había algo que lo hacía irresistible. Un hombre tan guapo y talentoso; con un apartamento en una buena zona en la ciudad de Nueva York: ¿Cuántas mujeres no querrían estar con él en ese momento? Lo conocía desde hacía poco más de un mes y jamás le había insinuado nada. Estaba consiente de no ser una miss universo, pero tampoco se consideraba fea. Entonces, no pudo dejar de sentir celos. ¿Cuántas mujeres habrán estado con él en este apartamento? Tal vez incluso habían hecho el amor en el mismo sofá donde estaban

sentados ahora. No pudo reprimir el deseo de preguntar:

—Después de que terminaste con tu novia, ¿has traído a muchas mujeres aquí?

—No, no ha habido nadie más.

Elisa no le creyó. Era algo imposible.

—Estamos hablando de hace un año.

—En diciembre se cumplirá el año.

—No puedo creer que no hayas metido a nadie. ¿No has conocido a alguna chica que quisieras meter a la cama? —Elisa rió entre dientes.

—No, no es eso. Lo que sucede es que nunca pienso con quien me gustaría acostarme, sino con quién me gustaría despertarme.

Aquellas palabras desarmaron a Elisa. ¿Dónde diablos se había metido ese chico en toda su vida?

—¿Y tú? ¿Has estado con muchos hombres? —la pregunta cayó de sorpresa a la bailarina.

Elisa mordió su labio inferior. Hubiera preferido evitar la pregunta. No era como él. Pero, claro, las circunstancias eran muy diferentes entre los dos.

El joven músico percibió su nerviosismo e intentó suavizar las cosas.

—Está bien. Yo no juzgo.

—No, no…, no es eso. Sí, he salido con varios chicos. De la mayoría…, preferiría olvidarlos… Bueno, la verdad es que ya me olvidé de la mayoría de ellos. Para ser sincera, lo hacía para no sentirme sola. Pero para los hombres *«el no sentirse sola»* lleva la etiqueta de tener sexo. La verdad prefiero tocarme yo misma.

Cristian abrió los ojos sorprendido. No esperaba aquella respuesta por lo que su mandíbula cayó al suelo.

—¿Por qué esa cara? El juguetear contigo mismo te evita muchas complicaciones y promesas vacías.

—Promesas… Qué fácil es hacerlas.

—La gente debería evitarlas. Nos atan y luego no sabemos cómo escapar de ellas.

—Tienes razón. Pero a veces se siente mejor estar con alguien.

Ella envolvió sus brazos alrededor de su brazo.

—¿Como en este momento?

Él tragó saliva. Los vellos de sus brazos se erizaron, las pupilas de sus ojos se dilataron y su corazón latió con fuerza. Luego respiró hondo para intentar controlarse.

—Bueno, a veces se siente bien sentir que te quieren —dijo él con voz entrecortada.

—¿Solo a veces?

Cristian sintió un deseo enorme de rozar sus labios con los de ella. Vaciló e intentó cambiar de tema:

—¿Apoco te sientes amada cuando te tocas a ti misma? —al decir esto, supo que entraba terreno prohibido. Pero era muy tarde, ya había formulado las palabras.

—Me siento amada por mi misma —dijo ella en un tono de lo más normal.

—No me refería a eso…

Ella acercó su boca a la de él: sus ojos miraban al joven músico con tal intensidad que él tuvo que desviar la mirada.

—Entonces, ¿a qué te referías? —susurró ella.

—A sentirse amado y deseado por alguien más — tartamudeó Cristian.

El deseo de besarla creció a cada segundo, pero *«NO»*. todavía recordaba lo que era vivir con el desamor y había jurado no volver a sentirlo jamás.

—Sería hermoso descubrirlo con la persona indicada —dijo ella.

Elisa lo miró directo a los ojos: advirtió lo nervioso que estaba; por lo que tuvo compasión por el chico. Creyó prudente darle un descanso y cambiar el tema:

—¿Acaso, eso es el amor para ti? ¿Sentirte deseado?

—No lo sé. No lo creo.

—O, quizá, el cliché de que *«el amor mueve al mundo»*.

Ambos rieron entre dientes.

—Si fuera así, el mundo no estaría tan jodido.

Ella asintió y dijo:

—¿Cómo podrías definir el amor en una sola palabra?

—Como locura momentánea causada por otra persona.

—Eso fue más de una palabra.

—No es fácil describir ese sentimiento. Déjame ver… Deseo.

—Ansiedad —dijo ella.

—Traición —susurró él.

—Pecado.

—Egoísmo.

—Dolor.

—Muerte.

—Esperanza —al decir esto, Cristian la miró directo a los ojos.

—Esperanza —repitió ella al clavarle la mirada.

Ambos acercaron sus labios despacio. El miedo creció en ellos al sentir que cualquiera de los dos fuera a arrepentirse. Pero ninguno dudó. A tan solo centímetros uno del otro, el pitido del teléfono

móvil rompió el encanto. Ambos buscaron entre sus chaquetas.

—¿Es el tuyo o el mío? —preguntó él.

Elisa sacó el suyo y le sonrió al joven músico en señal de disculpa.

—Hola… —respondió la llamada.

Lentamente, su rostro palideció. Una expresión sombría la cubrió por completo. Sin decir una sola palabra, miró a Cristian con lágrimas en los ojos.

Capítulo 27

La muerte nos recuerda que debemos amar la vida.

Cristian y Elisa entraron en la capilla funeraria. Ambos se veían confundidos. Él llevaba un saco negro con camisa blanca y pantalones negros. Ella un conjunto completo de blusa y falda negra. Mujeres y hombres de la tercera edad murmuraban entre ellos. Sus miradas estaban perdidas y tristes. Los panecillos, en la mesa, estaban sin tocar. Un ambiente melancólico.

Una anciana platicaba con un anciano en un rincón sombrío cuando miró a Elisa. Callaron de inmediato. Con paso tranquilo, la anciana se dirigió a la bailarina. Frente a ella, le regaló una sonrisa triste. Buscaba las palabras educadas para dar ánimo a la joven bailarina. Después de un rato, dijo algo tan quedo que su voz fue como una brisa. Elisa nunca supo lo que dijo la anciana: no importaba. Las palabras sobraban. Luego Elisa soltó las manos de la anciana y miró el ataúd donde se encontraba la mujer que había sido como una segunda madre para ella.

Se desconocían los detalles de la muerte de Abigail. El reporte decía: «*muerte natural*». Esa misma tarde, cuando había salido con Elisa y Cristian, había regresado más feliz que nunca. Platicó con sus amigas y amigos de la experiencia de la tarde y después se fue a dormir con una sonrisa. Al día siguiente la encontraron muerta en su cama. Una leve sonrisa iluminaba su rostro.

Lo de más fue lo típico. El correr de un lado a otro de los enfermeros que la cuidaban. Los murmullos entre los ancianos. Al principio, les habían dicho que Abigail estaba enferma. Después, se supo la verdad. No hubo gran escándalo por parte de los ancianos: solo un llanto silencioso por haber perdido a una amiga. Muchos miraron a un punto en el vacío pensando: ¿Cuándo será mi turno?

Después intentaron localizar a Elisa, llamando a su teléfono móvil a todas horas. Ignoraban que la joven había caído enferma y estaba hospitalizada. Ahora, dos días después, allí estaba ella. Lista para darle el último adiós a su maestra de baile. Después de atender a todos los ancianos y recibir las condolencias, Elisa miró de reojo

el ataúd donde se encontraba su amada maestra. Le aterraba el momento de irse a despedir de ella. Incluso pensó en no hacerlo. Pero se lo debía. Observó el ataúd desde lejos y, arrastrando los pies, se deslizó hacia él.

Con rostros arrugados y tristes, los ancianos observaron a la joven bailarina acercarse al cofre.

El ataúd era de caoba negra barnizada. Permanecía abierto: esperándola solo a ella. Ya los demás, incluso Cristian, se habían despedido de la anciana. A paso lento, Elisa se acercó cada vez más. Una vez frente a este, apretó los ojos: no quería ver a su maestra muerta. Luego, muy despacio, los fue abriendo: ahí estaba el cadáver de Abigail. Parecía dormida. Elisa se inclinó para verla mejor: tal vez habían cometido un error y ella seguía con vida. Quizá era una broma macabra que todos le jugaban. Esperaba a que Abigail abriera los ojos y soltará una carcajada. Qué felicidad si todo fuese una broma, pero no. Abigail permanecía inerte, su pecho no subía ni bajaba.

Elisa estaba petrificada al ver a su maestra inmóvil. Por una extraña razón, tomó la mano de la anciana. Era igual que agarrar un objeto inanimado: un trozo de mármol duro y frío. ¿Dónde había quedado su maestra? Aquello era solo un cascarón. ¿Acaso eso es la muerte? ¿Acaso en eso acabaría ella misma? ¿En una envoltura vacía que terminaría pudriéndose? Ni en la quimioterapia; ni en los momentos más difíciles había sentido la muerte tan cerca, tan real: «*la muerte es real —pensó—. Y viene por mí… viene por mí*».

♪♫♪

Cristian no apartaba los ojos de Elisa. Su alerta se disparó al observar las manos de ella temblar de forma descontrolada. Sin pensarlo, avanzó hacia ella con pasos largos. Justo se puso detrás de ella cuando la joven bailarina desfalleció. El joven músico logró atraparla en el aire. Entre sus brazos, la arrastró hasta un sillón donde la recostó. El resto trascurrió como en un sueño. Los recuerdos del funeral y el entierro fueron como diapositivas en la mente de Elisa. Al final, regresaron al apartamento del joven músico. Los dos habían permanecido en silencio durante todo el viaje. Cristian quería decir algunas palabras para animarla, pero sabía que cuando no se tiene nada bueno que decir, lo mejor es guardar silencio.

♪♫♪

Ya en el apartamento, Elisa no podía quitarse el frío, así que Cristian le sugirió que tomara un baño de agua caliente. De eso ya había pasado más de media hora y Elisa no salía del baño. Solo se escuchaba el sonido del agua cayendo. Cosa que preocupo a Cristian: «*¿y si le habrá pasado algo? ¿Se habrá desmayado o sufrido un ataque?*».

Sin perder tiempo, se dirigió a la puerta del baño y golpeó ligeramente con los nudillos.

—Elisa, ¿te encuentras bien?

No hubo respuesta.

—¿Elisa? —alzó un poco la voz.

Nada. Después de un rato, y escuchando el sonido del agua cayendo en la bañera, un presentimiento asaltó su mente. Un vacío en el estómago subió hasta su pecho. Luego giró el pomo de la puerta: no tenía el seguro.

—Elisa, voy a pasar…

Abrió la puerta un poco más y escuchó algo más que el sonido de la caída de agua. Eran tristes suspiros. «*¿Qué hacer? —pensó—. ¿Dejarla con su dolor?*». No. No podía hacerse el sordo y darse la vuelta. Su musa lo necesitaba y no la abandonaría.

Finalmente, abrió la puerta y deseó que no se encontrara desnuda. Pero no: Elisa se hallaba con su traje negro. Estaba sentada en la bañera abrazando sus rodillas. El agua que caía sobre ella le parecía ajena. Sus ojos estaban hinchados de tanto llorar. El agua borraba sus lágrimas. El vapor cubría el baño, pero ella no paraba de temblar.

—Elisa, tienes que salir del agua y ponerte ropa seca.

Como si despertara de un largo letargo, la joven bailarina miró su ropa empapada. Luego miró a Cristian. Al darse cuenta de cómo se encontraba, dijo:

—Por favor, aparta la mirada. No quiero que veas mi verdadero rostro.

—Elisa…

—…¿Puedes creer que me duelen las manos de tanto orar? La vida que tengo no es lo que aparenta. El cielo no es azul ni el campo es verde… Solo dame un momento y, por favor, aparta la mirada. ¿Sabes que una vida rota nunca dura? Así nací: rota. Lo intento una y otra vez y siempre vuelvo a caer. Para mí, los días son grises y las noches negras. Por favor, aparta la mirada. No quiero que veas mi verdadero rostro.

Cristian cogió una toalla y, metiéndose en la bañera, cubrió a

Elisa con ella. Luego se sentó a su lado y la rodeó con el brazo mientras el agua caía sobre ellos. Ella se apoyó en su hombro. Él le besó la frente.

—No puedo parar de temblar —tiritó ella.

Cristian la abrazó con fuerza. Sus cuerpos quedaron tan apretados que cada uno escuchó los latidos del corazón del otro.

—Necesitas cambiarte de ropa…, vamos —dijo Cristian.

—Abigail siempre hablaba del pasado. Imagino que es la forma en que ves la vida a medida que envejeces. —respiró hondo y prosiguió—. Yo todavía soy joven; siempre pensando en mi futuro. Imagino que así es cómo los jóvenes vemos la vida. Pero en este momento no puedo pensar en mi futuro. Lo intento, pero solo recuerdos vienen a mi mente.

—Hablemos del futuro. De todas las cosas que vas a realizar, los lugares que vas a visitar y corazones que vas a romper.

Ella sonrió ligeramente.

Cristian supo que era buena señal y continuó hablando:

—Platícame de las cosas que te gustaría hacer.

—Hay tantos libros que me gustaría leer, tantos lugares en el mundo para visitar y tantas películas para ver.

—¿Quieres ir al cine? ¿Cuál película te gustaría ver?

—Alguna película que no haya sido filmada. Leer un libro que no haya sido escrito y visitar algún lugar que me esté esperando.

—Lo harás. Todo eso lo harás. Y yo estaré a tu lado.

—¿Lo prometes?

—Sí, lo prometo.

—Las promesas atan a las personas.

—Son los sentimientos las que las atan.

Ambos se miraron por largo rato.

—No te ates a mí —susurró ella al penetrarlo con la mirada.

—¿Por qué lo dices?

—Por primera vez, desde mi enfermedad, tengo miedo. La promesa que haces sería una piedra muy pesada que cargar.

—No estás sola. Cargaremos esa piedra juntos. Voy a encontrar una solución.

Ella intentó sonreír. Fue la primera vez que Cristian la vio tan desamparada. Tan frágil. Ambos quedaron juntos por un tiempo bajo la lluvia en la bañera. No hubo más palabras. Dejaron que sus sentimientos gritaran en silencio. Algo poderoso los unía, pero, acaso, ¿ podría eso derrotar a la muerte?

Cristian desconocía la respuesta. Solo era consiente que no se rendiría sin dar batalla. Aunque eso implicara tragarse el orgullo.

Capítulo 28

La solución no llegaría a su puerta, tenía que salir a buscarla.

El consultorio particular de Jorge, ubicado en un elegante barrio de Nueva York, estaba decorado con una infinidad de libros de medicina en los libreros que cubrían las tres paredes. La cuarta pared era un gran ventanal que daba al jardín. Delante, reposaba un enorme escritorio de caoba con una libreta y un bolígrafo negro.

Su misma secretaria, desde hace treinta años, Dolores, siempre recibía a los pacientes con una sonrisa y los trataba con amabilidad. Era una mujer afroamericana diez años menor que Jorge. De carácter jovial y amable, irradiaba una dulzura natural. Esto había ocasionado que Jorge se enamorara perdidamente de ella y que, aquel hombre que juró jamás casarse, llevara desposado veinte años con ella.

Dolores conocía bien a Cristian y a su familia. También le había afectado mucho la muerte de la madre del chico. Pero siempre discreta, solo había dicho las palabras exactas de condolencias. Nunca había caído en un discurso melancólico o inapropiado.

Esa mañana, Cristian había salido temprano de su apartamento para ir a ver a Jorge. Después de platicar con Dolores y tomar un café juntos. Ella lo hizo pasar al conocido consultorio.

Una vez a solas con Jorge, Cristian le contó, con lujo de detalle, el problema de Elisa. Él lo escuchó con suma atención. Después de meditarlo unos segundos, el médico le dijo:

—Yo soy médico general. Lo que tu amiga necesita es ver a un especialista.

—Pero me imagino que has de conocer a los mejores médicos de Nueva York.

—Es verdad que conozco a algunos, pero…

Cristian lo miró inquieto esperando que terminara la frase.

—Tu papá conoce a los mejores.

Cristian esperaba esa respuesta. Recordaba, de niño, las fiestas privadas donde era llevado. Gente de la política y del medio del espectáculo se reunían en aquellas mansiones elegantes para

escuchar a su padre tocar en el piano. Entre las personas, también estaban los médicos más prestigiosos de la ciudad.

Recordó el día que se abrió la frente jugando en los columpios del parque. Jorge tomaba unas merecidas vacaciones con Dolores, por lo que su padre lo llevó al *Mount Sinaí Hospital.* Allí lo atendieron con suma rapidez. Años después se enteró que el médico que había suturado su herida era uno de los mejores cirujanos del país. Así de grande era la amistad que su padre tenía con aquellas personalidades.

Cristian miró a un lado. Su orgullo le dijo que buscara otras opciones, pero el cariño por Elisa era más fuerte. Si tenía que tragarse el orgullo para rogarle a su padre que lo ayudara, seguro lo haría.

—¿Podrías arreglar una reunión con él? —pidió Cristian.

—Me encantaría, pero ya no está en mi casa.

Cristian lo miró desconcertado.

—¿Qué?

—Cuando fue a verte por última vez, regresó a casa ahogado de borracho. Intenté hablar con él, pero no escuchó de razones. A la mañana siguiente ya no estaba. Incluso dejó su ropa y objetos personales. Se fue con lo que llevaba puesto.

Cristian tragó saliva. El sentimiento de odio hacia su padre se convirtió en preocupación.

—¿Lo buscaste? —quiso saber el joven pianista—. ¿Diste parte a la policía?

—No hubo necesidad de involucrar a la policía. Ese mismo día fui a los bares que solía frecuentar. Una pista me llevó a otra y, aunque me tomó toda la mañana y tarde, por fin di con él ya entrada la noche.

—¿Y…?

—Cristian, esto no te va a gustar.

Cristian tragó saliva. Un sabor acre y seco cubrió su paladar. Dio un sorbo al café. Le supo amargo. Sus ojos miraron expectantes a Jorge para que le dijera lo que había pasado con su padre.

—Tu padre —prosiguió Jorge— está viviendo en las calles. Lleva varias semanas allí. No he podido convencerlo de que regrese. Vive de las limosnas. El poco de ese dinero se le va en emborracharse.

Los ojos del joven músico se perdieron al mirar al infinito. Su imaginación voló hasta su padre durmiendo en la calle. Al mismo tiempo, los recuerdos de su infancia lo asaltaron. El famoso concertista y compositor Rogelio Lagos, viviendo como un pordiosero. De inmediato, sacudió la cabeza para ahuyentar tales

pensamientos. Sin perder tiempo, le preguntó a Jorge:

—¿Dónde puedo encontrarlo?

♪♫♪

Las indicaciones de Jorge fueron precisas. Por lo que a Cristian no le llevó mucho tiempo encontrar el largo y oscuro callejón debajo del puente de la autopista. Al estar allí, vio un lugar repleto de vagabundos. Algunos tan jóvenes como él. El olor a rancio, alcohol y suciedad golpearon sus fosas nasales. La mayoría de esos hombres y mujeres dormían a la intemperie con algunas mantas sucias o sacos de dormir. Los que corrían con mejor suerte tenían una carpa de plástico rudimentaria hecha a mano. Después de preguntar y sobornar a un par de pordioseros, por fin encontró la carpa donde se encontraba su padre. Esta estaba hecha de plástico grueso y mugriento. La sostenía un palo y cajas de madera.

Cristian se inclinó y miró dentro. Lo que vio hizo que su garganta se cerrara. Su padre, recostado en un pedazo de cartón, daba sorbos a una botella de whisky en una bolsa de papel. Aquel pedazo de cartón daba la ilusión de que el frío no traspasaba la espalda de su padre. Rogelio tenía la mirada perdida, su cabello estaba enmarañado y sucio. Llevaba barba de varios días y su ropa se estaba royendo.

—Por el amor de Dios, papá —dijo Cristian con un nudo en la garganta.

Rogelio se volvió a verlo. Por una extraña razón, no mostró asombro. Ni siquiera apenado. Solo lo miró con la desfachatez de los borrachos.

Los ojos de Cristian se quedaron clavados en su padre. La luz del sol pegaba detrás del joven, haciéndolo ver como una sombra difusa. Sin embargo, Rogelio sabía perfectamente quién era.

Cristian se inclinó aún más y entró a la primitiva carpa.

—¿Cristian? Vamos, pasa. Mi casa es un lugar pequeño, pero eres bienvenido.

—Ven, papá. Te invito un café. Tenemos que hablar.

♪♫♪

Era medio día. La gente abarrotaba el bar café *Blue Spoon Coffe.*

Millennials y empleados de cuello blanco salían de las oficinas; se daban un descanso y recargaban energías con los cafés que ofrecía el pequeño, pero elegante lugar. En una mesita con vista a la calle,

Cristian bebía un *dry cappuccino*. Por otra parte, su padre daba pequeños sorbos a un café americano muy caliente y cargado. También devoraba un *Turkey, swiss, presto panini:(*un sándwich hecho con pan francés, rebanadas de pavo, queso suizo, cebolla roja, aceite de olivo, vino tinto y vinagre).

Cristian observó a su padre zamparse aquel sándwich. Sintió un vacío en el estómago al ver con que ansia su padre daba cada mordida. Ignoraba cuánto tiempo llevaba sin comer. No quiso interrumpirlo y esperó a que terminara. Una vez de haber devorado el emparedado, Cristian le explicó el problema de Elisa. Preguntó si conocía a algún médico que pudiera ayudarla.

—Conozco al mejor especialista en Nueva York —dijo Rogelio al limpiarse la boca con una servilleta—. Toqué para él en una función privada cuando quería conquistar a una enfermera. Cosa que la música logró. Al final, no le cobré nada. Le dije que había hecho todo en nombre del amor.

—Bien. Eso significa que está en deuda contigo.

En ese instante, Cristian deseó que el amigo de su padre le devolviera el favor en el nombre del amor.

—¿Algo más que pueda hacer por ti?

Cristian dudó por un segundo. Deseaba levantarse y marcharse, pero no podía dejar a su padre en esa condición, así que trató de persuadirlo.

—Me gustaría que me acompañaras a ver a tu amigo el doctor. Pero no se vería bien que fueras en esas fachas y oliendo a alcohol. Jorge me dijo que estaría más que contento si egresabas a su casa.

Rogelio negó con la cabeza.

—Él no acepta mi estilo de vida.

El joven músico no pensaba discutir con su padre delante de todos. Una balanza entre rencor y compasión oscilaba de un lado a otro. Al final, ganó el rencor.

—Cómo quieras…

Se puso de pie y estuvo a punto de irse cuando su padre lo llamó:

—Cristian… —le estirón la mano, invitándolo a sentarse—. Por favor. No hemos tenido una charla tranquila desde hace mucho.

Cristian vio esto como una oportunidad para ayudar a que su padre se ayudara así mismo.

—Si me quedo un rato, ¿volverás con Jorge?

Rogelio dudó unos segundos. Era consiente que no tendría otra oportunidad de platicar con su hijo, así que asintió.

Cristian tomó asiento de nuevo. No tenía idea de lo que hablaría

con su padre, pero fue Rogelio quien dio el primer paso.

—Ella debe de ser muy especial para ti, ¿verdad?

—Algunas personas merecen otra oportunidad.

—Creo que todas las personas merecemos la oportunidad de enmendarnos.

—¿Realmente lo crees? Dime: ¿cómo podrías enmendarte?

Rogelio lo miró por un largo rato. Sus ojos estaban llenos de culpa; rogaba por ser perdonado. Aquella carga, de hace un año, lo asfixiaba lentamente; necesitaba aferrarse a cualquier tabla para mantenerse a flote. Esa tabla solo podría dársela su hijo. Una tabla llamada «*perdón*».

—Hijo, siento tanto lo que pasó.

Cristian tuvo ganas de echarle el café en la cara y abandonar el lugar sin voltear atrás, pero había muchas cosas en juego. Una de ellas era la vida de Elisa y la otra, aunque no quisiera admitirlo, era la vida de su padre.

—Una disculpa no significa nada si no va acompañada con arrepentimiento —dijo el joven músico.

—Pero estoy arrepentido. Solo mírame. Ve en que piltrafa de hombre me he convertido.

—No es tan fácil. No es como cuando eras un niño y todo lo arreglabas con una disculpa. Papá, lo que hiciste fue una canallada.

—Sé que lo fue. Y lo estoy pagando.

—Nunca será suficiente.

—Entonces, ¿por qué me pides que regrese con Jorge? Déjame ayudarte y luego morir en silencio.

—Yo no quiero que te mueras.

—Entonces, ¿qué quieres?

—¡Quiero entender!

Ambos guardaron silencio.

—Es que no hay nada que entender, tan solo cometí un terrible error.

—Oh, vamos papá. Yo no me trago eso.

—Cristian, siento que muero cada día.

—Bien…, así es cómo deberías sentirte. Pero eso no explica nada. Ayúdate a exonerarte.

—¿Cómo puedo hacerlo?

—Diciendo la verdad.

—¡Ya dije que fue un error!

—¡Ya sé que fue un error, pero eso no explica nada!

Sus voces comenzaron a subir de tono, por lo que la clientela, a su alrededor, volteó a verlos. Cristian se dio cuenta, así que bajó la

voz.

—Solo dime, ¿por qué?

—Eso ya no importa —suspiró Rogelio—. Lo hecho, hecho está.

—Importa para mí.

—Solo déjalo ir.

—Hace querido enmendarte durante días. Bueno, está es tu oportunidad.

Rogelio lo miró con ojos desorbitados.

—Yo… Yo… —intentó decir—. Yo no puedo…

—¡Oh, olvídalo!

Cristian se puso de pie. Cuando estaba a punto de salir, escuchó a su padre gritar:

—Envidia.

—¿Qué?

—Fue envidia.

—¿Envidia? ¿De qué?

—De ti.

Cristian lo miró confundido. Luego regresó y tomó asiento.

—No entiendo.

—Era envidia de tu juventud. Tu pasión. Ver cómo tu talento aumentaba cada día; mientras que el mío se iba desvaneciendo. Llevaba años sin escribir una sola nota. Mientras que tú… Tus composiciones eran bellísimas.

Cristian reclinó la espalda en la silla: no daba crédito a lo que escuchaba. Deseaba salir del lugar a toda prisa. Aquellas palabras le parecían absurdas, pero ahora que su padre se abría, quería saber toda la verdad.

—Necesitaba saber el motivo —prosiguió—. La razón de que tú fueras creciendo como músico de forma maravillosa mientras que mi talento se iba apagando. Fue cuando te vi con Susana. Desde que empezaste a salir con ella, comenzó a tomar forma la maravillosa sonata que escribías. Tan mágica y llena de pasión. Susana era tu musa: la inspiración de esa nueva melodía. Yo había perdido mi musa hace años; tenía que recuperarla.

Rogelio miró a su hijo con ojos desesperados. Incluso con un toque de locura.

—Así que, dentro de mí, surgió la fantasía de estar con ella. Percibir lo que sentías. Ser tú por un instante. Aquella fantasía se convirtió en una obsesión y después…, después en una realidad. La seduje como seduje a muchas mujeres en el pasado: con música, con palabras…

Los ojos de Cristian se nublaron con lágrimas. La confesión lo

llenó con un rencor que se desbordó por cada poro de su piel. «*La seduje tal y como seduje a muchas mujeres en el pasado*». ¿A cuántas mujeres había seducido? ¿Cuántas veces había engañado a su madre? ¿Cómo era posible que ese hombre hubiera sido su héroe durante años?

Después de mirarlo en silencio, el joven pianista le preguntó:

—¿Por lo menos conseguiste lo que querías? ¿Regresó la inspiración?

Rogelio negó con la cabeza.

—Quedé más vacío que antes. Y cuando tu madre murió, no pude tocar otra nota.

—Quedaste vacío. Igual que yo. Tus estúpidos celos profesionales destruyeron muchas vidas. ¿Y así quieres mi perdón?

—Hijo, remordimiento y resentimiento son dos cosas muy destructivas, pero ambas pueden ser sanadas con el perdón.

Cristian clavó la mirada al piso por largo rato. Luego miró a los lados en busca de darle sentido a las palabras de su padre. Después, dio un profundo suspiro y dijo:

—No quiero ser sanado si eso también sana tus heridas.

Diciendo esto, se puso de pie y arrojó algunos billetes sobre la mesa.

—Te invito el desayuno en la memoria de los caídos por la traición.

Rogelio sostuvo la taza de café con manos temblorosas. Su mirada se perdió en el fondo de aquel líquido negro y amargo.

Antes de salir, Cristian le dijo:

—¿Quieres saber algo gracioso? —miró a su padre levantar los ojos y observarlo—. No estaba componiendo la sonata para Susana… Era para mamá.

Al decir esto, el joven músico salió. Dejando a su padre con la mirada perdida y ambas manos sosteniendo la taza de café.

Capítulo 29

Comenzó la batalla contra el tiempo.

Pasaron un par de días cuando Cristian recibió una llamada del hospital Presbiteriano. El neurocirujano, el Dr. Mark Phillips, a través de su secretaria, les había dado una cita, prometiendo que el hospital pagaría por los primeros estudios.

Así que ese día, a primera hora, Cristian y Elisa tomaron un Uber y se dirigieron al hospital. Una vez allí, Cristian quedó sorprendido con la rapidez con la que los atendieron: no había duda de que su padre estaba en buena posición con el médico neurocirujano y el hospital. En cuanto a su padre, no sabía nada. Había perdido todo contacto desde la mañana en que ambos desayunaron juntos. Ignoraba si había regresado con Jorge o si todavía estaba en la calle. Sea como fuere, le debía un gran favor a su padre.

Después de estudios, tomas de sangre, radiografías y resonancias electromagnéticas; por fin salieron los resultados. Cristian estaba agotado. Pero nada comparado con Elisa, que había sido sometida a todo tipo de exámenes. A pesar de haber tenido un trato preferencial, les había tomado toda la mañana y parte de la tarde. Ahora, exhaustos, miraban al Dr. Phillips. Un hombre delgado, de cabello escaso y negro; con enormes gafas redondas. El Dr. no les daba noticias alentadoras.

—No se ve nada bien. Les seré franco, no sé cómo sigue con nosotros, señorita.

—Es una guerrera —dijo Cristian—. Nunca se da por vencida.

—Ya lo creo que lo es. Me dice que el tratamiento con la quimioterapia no le funcionó.

Elisa asintió.

—Casi me mata.

El Dr. Phillips asintió al tiempo que revisó los resultados y las radiografías. Luego mordió su labio inferior y añadió:

—Sin embargo, hay esperanza. Su tumor es operable, pero existen riesgos y, aunque el hospital puede absorber gran parte de

los gastos, aún hay que pagar una cantidad fuerte y veo que no está asegurada.

Elisa estuvo a punto de hablar, pero Cristian le ganó la palabra:

—Conseguiremos el dinero.

—Bien. Déjeme saber tan pronto como lo tengan. Me gustaría operarla lo antes posible.

—Doctor —preguntó Ella—, ¿cuáles serían las secuelas de la operación?

—Bueno, es difícil saberlo. En una operación cerebral siempre hay riesgos, pero, recuerde, está en las manos del mejor neurocirujano de la ciudad.

—Pero… —quiso saber la bailarina—. En el peor de los casos.

—Podría sufrir problemas automotrices. Nada que no se resuelva con fisioterapia, por supuesto.

—¿Podre volver a bailar?

—Según tengo entendido, usted aspira a ser bailarina de ballet profesional.

—Así es.

El Dr. Phillips dio un profundo suspiro mientras la miró directo a los ojos.

—En el peor de los casos, no creo que pueda volver a bailar profesionalmente. Existe una alta posibilidad de que sus movimientos locomotores se vean afectados… Sin embargo, podría dar clases.

—Entiendo —susurró Elisa. Sus ojos brillaron con las lágrimas que se acumularon en ellos.

♪♫♪

Después de escuchar al Dr. Phillips por otros quince minutos, se despidieron con la promesa de seguir en contacto. Una vez afuera, tomaron un Uber que los llevó a un bloque de la escuela *Dance Performance*. Habían bajado antes para pasar a comer algo en un bar donde servían unas enormes hamburguesas con tocino y un aderezo con receta secreta. Ambos pidieron la misma hamburguesa con tocino y queso tipo americano acompañadas con papas a la francesa y un jarrón de cerveza. Comieron en silencio. Cada uno con sus pensamientos en busca de respuestas. Cuando salieron del lugar, bailarina y pianista caminaron por la acera rumbo a la academia de baile. Aunque era temprano, el sol ya había ocultado sus últimos rayos, siendo reemplazados por las luces artificiales de la ciudad. Soplaba una brisa fría que los envolvió a ambos. Los vellos de sus

brazos y nuca se erizaron.

De manera inesperada, Elisa sonrió al tiempo que apretó la mano de Cristian. Él la rodeó con el brazo mientras que ella se acurrucó en él.

—Quizá mi padre y Jorge conozcan a alguien que pueda prestarnos el dinero, o tal vez puedan dar una firma como garantía.

—¿Sabes que Abigail me tenía listo un hermoso vestuario para la final de baile?

—Tendré que preguntar a mi padre si hay más gente que le deba favores.

—Me lo probé el otro día. ¿Puedes creer que éramos de la misma talla? Cuando me lo puse quedé sorprendida.

—¿Dónde?... ¿Dónde podríamos conseguir el dinero?

—Donde voy a tener problemas es con el maquillaje. ¿Te platiqué de mi amiga Gabriela? Ella era increíble. Conocía a la perfección mi rostro. Hacia milagros al maquillarlo. Le hable el otro día, pero dijo que no sabía si iba a poder venir a verme. Tal vez tú puedas ayudarme a seleccionar el maquillaje…

Cristian se detuvo de golpe. Agarró los hombros de Elisa y dijo:

—Elisa, esto es importante.

—También lo que estoy diciendo es importante.

—Estoy hablando de tu vida.

—Y yo de vivirla. Mirá, la noche en la bañera… Ese miedo que sentí. No quiero sentirlo de nuevo.

—Está bien tener miedo…

—¡No!... No cuando sabes que vas a morir. No es como pienso vivir mis últimos días.

Elisa penetró sus ojos:

—Se está haciendo tarde no he ensayado en varios días.

—Elisa, escucha…

—No, Cristian. Escucha tú. No tengo tiempo de arreglar las cosas que no puedo arreglar. Solo de trabajar con lo que tengo.

—No quiero que mueras.

La joven bailarina sonrió. Una sonrisa llena de melancolía. Un manto de ternura envolvió sus ojos.

—Todos morimos tarde o temprano. La única diferencia es que mi muerte vendrá antes de tiempo. Por eso tengo que vivirla con la mayor intensidad que pueda. No perderme en lamentaciones.

Luego arregló la camisa del joven músico y concluyó:

—Te recomiendo que hagas lo mismo.

Elisa dio media vuelta y se alejó.

Cristian le gritó:

—¿Qué hay de ver una película que no haya sido filmada?

—No tengo tiempo de ir al cine.

Al decir esto, se alejó dando grandes zancadas. Cristian pensó en seguirla. Mirarla, desde el edificio de enfrente, y seguir componiendo. Fue cuando un pensamiento llegó a su mente. Era algo que había dicho Elisa: «*arregla las cosas que puedas arreglar. Las que no puedas, deshazte de ellas*». En ese instante, supo a dónde ir. Llegaba el momento de solucionar las cosas con Susana.

Capítulo 30

Otro día agotador.

La rutina la mataba más que estar parada durante casi diez horas en el mostrador. Pero ¿qué podía hacer? Por buscar un sueño en la gran manzana, no había terminado sus estudios. Pensaba que por ser una cara bonita las puertas se le abrirían de par en par. ¿Cuál fue su sorpresa cuando, en las audiciones, cientos de jóvenes iguales o más hermosas que ella también se presentaban para hacer casting? Con la gran diferencia que ellas tenían estudios en actuación y baile.

Todavía era joven y hermosa, pero los años pasaban rápido; la juventud y belleza se desvanecerían y terminaría por regresar derrotada a su pueblo en Arizona. Pensó en reanudar las clases de actuación. Pero al salir del trabajo estaba tan agotada que solo quería dormir.

«¿Por qué no fui mejor a California? —se preguntó—. Ahí hubiera estado cerca de la familia y hubiera tenido más oportunidades mostrando mi bonito rostro». Pero no: esa necedad de querer ser una verdadera actriz la llevó a Nueva York. El clima era terrible en invierno y este se encontraba a la vuelta de la esquina. «*Otro invierno en esta ciudad*». El aire ya se sentía helado, ocasionando que los dedos de sus pies se congelaran y su nariz se pusiera roja. Continuó caminando: el metro estaba cerca. También odiaba abordarlo. No podía acostumbrarse al hedor de orines y suciedad. Siempre que lo tomaba, le daban ganas de volver el estómago. En ese momento recordó al joven que pudo sacarla de todo eso. Apuesto, elegante, educado y con un gran futuro. De familia acomodada que conocía la crema y nata de la ciudad. Esa relación la habría catapultado en su carrera o, al menos, la habría sacado de trabajar. Pero lo había arruinado y ahora tenía que trabajar horas extras para poder pagar un diminuto apartamento lleno de cucarachas. «*Ojalá pudiera verlo de nuevo. Desearía poder hablar con él y hacer que me perdone*».

Los deseos no suelen cumplirse, pero aquel se formó en ese

preciso momento. Frente a ella apareció Cristian. El príncipe que podía rescatarla de su miseria donde estaba atrapada. Por un momento pensó que sería como los otros días: intercambio momentáneo de miradas y después, él, pasaría de largo. Pero no. Esa noche fue diferente.

—Hola Susana —dijo Cristian, mirándola a los ojos—. ¿Podemos hablar?

Lo que siguió fue como un sueño. Ambos caminaron haciendo las preguntas típicas: ¿Cómo has estado? ¿Qué te has hecho? ¿Cómo va tu carrera? ¿Sigues estudiando actuación?

Susana perdió la noción de cuánto tiempo caminaron; solo seguía los pasos lentos del joven músico. Al final, llegaron al un *Midtown Restaurant.* De inmediato, Ella reconoció el lugar. En el pasado, Cristian la invitaba a desayunar ahí. Encontró curioso que, en ese nuevo encuentro, volvieran al mismo sitio. Deseó con todo su corazón que fuera el inicio de una nueva costumbre.

Una vez sentados, ambos pidieron un *dry cappuccino y bisques.* El lugar estaba casi vacío, por lo que tendrían una conversación tranquila. En los primeros minutos, la charla continuó sin un tema específico. Después, Cristian dio el primer paso. Algo que Susana deseaba y, al mismo tiempo, la aterrorizaba.

—Desde hace mucho deseaba hablar contigo —dijo, mirándola a los ojos.

Susana sintió la mirada. Aquella mirada que la había conquistado desde hacía más de año y medio atrás. Parecía irreal sentir exactamente el mismo hormigueo en su estómago. Por lo que desvió la mirada hacia la ventana que daba a la calle.

—Lo sé —contestó ella—. Te veía en el centro comercial. A veces, salía de mis deberes y te seguía. Te observaba sentado en la banca del centro comercial con la mirada perdida y, luego, salir del lugar. También quería hablar contigo…, pero ya sabes.

Sus ojos se volvieron para verlo. Trató de sostener la mirada. Algo imposible. De inmediato, bajó los ojos.

—Supongo que quieres una explicación —masculló ella.

—¿La hay?

Ella, finalmente, se atrevió a verlo a los ojos.

—No, no la hay.

Cristian frunció el entrecejo.

—Por supuesto que no. ¿Cómo se puede explicar algo así?

—Adelante.

—¿Perdón?

—Adelante. Si quieres insultarme, este es el mejor momento.

Cristian negó con la cabeza. Luego se dio el tiempo para encontrar las palabras adecuadas.

—Sabes bien que no soy así. Supongo… Supongo que solo quería verte y arreglar las cosas.

Susana observó el rostro del joven. Le pareció más apuesto que antes. Su corazón latió con fuerza. ¿La había perdonado? ¿Quería que regresaran? Si así era, ella primero buscaría algunos motivos para no hacerlo, pero accedería al final. Y a partir de ese momento, trabajaría duro para ser la mejor novia del mundo. Él no se arrepentiría. Esperó un momento para escuchar lo que diría el joven músico, pero permanecía mudo. No decía una sola palabra y eso la mataba. Tan solo miraba a ambos lados, perdido en sus memorias. Fue cuando decidió echarle una mano y dijo lo primero que le vino a la mente.

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos?

Cristian sonrió.

—¿Cómo olvidarlo?

Ella dejó escapar el aire. Sonrió tranquila. Las cosas iban por buen camino. Solo tenía que darle un pequeño empujón cuando él vacilara.

—En el conservatorio de música —dijo ella con una sonrisa—. Fue tu primer solo. Una amiga me había invitado. Pensé que iba a ser aburrido. No conocía mucho sobre música clásica, pero fue… mágico.

—Llevabas puesto un vestido blanco. Era verano. Hacia calor.

—¿Cómo recuerdas esos detalles?

—Recuerdo muchas cosas. ¿Qué es lo que tú recuerdas?

—Que después de verte tocar, fui a la terraza del lugar. Tu música seguía en mi cabeza. Cuál fue mi sorpresa cuando escuché decir: «*linda noche*». Me di vuelta y ahí estabas. Empezaste a hablar y a hablar…

Ambos rieron entre dientes.

—Quería impresionarte.

—La verdad nunca supe que tanto me decías. Y eso de «*impresionarme*», ya lo habías hecho.

—Sentí tus ojos en mí. No parabas de mirarme.

—Qué pena… Sí, recuerdo que ni siquiera parpadeaba —soltó una leve carcajada—. La verdad me sentía…. ¿Cómo explicarlo?

—¿Nerviosa?

Ella negó con la cabeza ligeramente.

—No. Ansiosa.

—¿Ansiosa?

—De que me besaras. Siempre fuiste un poco lento en ese sentido.

Cristian sonrió. Sus mejillas se sonrojaron y sintió un calor recorrer su cuerpo.

—¿En verdad crees eso? —preguntó apenado.

Ella asintió con la cabeza.

Todo iba mejor que bien. Imaginó que aquella noche no regresaría a ese mugriento apartamento, frío y lleno de cucarachas. Sentiría de nuevo los brazos de ese joven talentoso y cariñoso. La vida le daba una segunda oportunidad, y no la desperdiciaría.

—Me dejaste entrar en tu vida —prosiguió ella—. Todo era tan maravilloso, tan diferente de cualquier experiencia que haya tenido antes.

—Sí, todo era perfecto. ¿Qué fue lo que hice mal?

Ahí estaba la pregunta que ella tenía que responder. Tenía que ser convincente y sincera. No podía cometer el error de perderlo de nuevo.

—Me di cuenta de que entre tú y tu música, no había lugar para mí. Cuando componías algo, me sentía desplazada por completo.

—Tú eras mi inspiración.

—Yo era una excusa para tu inspiración. La musa siempre vino de ti. De tus sueños, de tu talento y de horas y horas frente al piano —sus ojos miraron al pasado—. Tú siempre tocando y yo siempre mirando. Esperando a que tuvieras tiempo para mí. Pero, ¿cómo podría compararme con tu música?

La mirada de Susana regresó al presente.

—De cualquier manera —continuó—, eso no perdona lo que hice.

—¿Has salido con alguien en todo este tiempo?

—Salí con un par de chicos. No funcionó. Siempre los comparaba contigo. Pero no existe nadie igual a ti. Nunca pensé que me llevaría tanto tiempo sacarte de mi mente —lo miró directo a los ojos—. Ahora sé que nunca lo haré.

Cristian la contempló. No sabía qué decir. Algo que ella advirtió. Creyó que tenía que seguir hablando. Hacerle ver que todavía estaba interesada.

—Pero eso es cosa del pasado —afirmó ella—. Los errores del pasado nos siguen y nos atormentan. Siento que ya no tengo futuro. Pero bueno…, no hablemos de eso. Tú te miras de maravilla. Por cierto, ¿qué pasó con la aplicación que mandaste a la real academia…?

—*Royal Academy of London.*

—Sí. Esa… ¿Qué pasó?

—Me aceptaron. Quieren que comience el próximo año.

«*Londres*» —pensó ella. ¿Cómo sería aquella ciudad mágica? Se imaginó viajando con aquel apuesto joven por toda Europa. Qué importaba su carrera como actriz. O que no tuviera tiempo para ella. Conocería lugares jamás imaginados. Debía hacer que regresaran esa misma noche.

—Londres —expresó Susana con una enorme sonrisa—. ¡Qué maravilla! —tomó su mano—. ¡Felicidades! ¿Cuándo te irás?

Él miró a un lado y dijo:

—No pienso ir.

Susana abrió los ojos incrédula. Sus sueños de pasearse por Europa se esfumaban.

—¿Por qué no? —preguntó impaciente.

—No sé si vale la pena todo el tiempo y esfuerzo que implica. Al final, no creo que a la gente le importe.

—¿De qué estás hablando?

—Dicen que soñar no cuesta nada, pero cuesta. Cuesta cuando despiertas y ves que nada valió la pena. Como cuando soñaba la vida que llevaríamos juntos. En mis sueños, siempre había cosas maravillosas. Pero la realidad no es así. La realidad siempre es cruel. Mejor dejar todo en un sueño de lo que hubiera sido y no despertar a lo que es en realidad.

Susana quedó fría. ¿Acaso, ella, habría sido causa de ese pesimismo en él? El de preferir ver la vida como un: «*¿qué bello hubiera sido, pero mejor me quedo con la duda?*». Si uno no sueña con un día mejor, ¿qué es lo que nos queda por vivir?.

No pudo soportar pensar en esa idea y habló con el corazón.

—No hagas eso, por favor.

—No es por ti…

—Lo es… Lo sé. Cristian, destruí nuestra relación. Y no hay un solo día que no me arrepienta por ello. Pero sé que puedo vivir con eso. Con lo que no podría vivir es sabiendo que destruí tu pasión. Eso es algo que no podría perdonarme. No hagas eso, por favor.

Cristian la observó. Le sorprendió aquella reacción. Se le veía sincera y arrepentida. Luego, ella, añadió:

—Cristian, la vida avanza y no nos espera. Depende de uno avanzar con ella o quedarse atrás.

Cristian agarró la mano de aquella mujer que había significado tanto en su vida y dijo:

—¿Sabías que los pianistas tenemos los dedos tan sensibles que, a través de ellos, podemos saber si amamos a las personas?

Susana sintió acariciar su mano con los dedos de Cristian. Suaves y tibios. Ella sonrió coqueta.

—Gracias por todo —susurró el joven músico al retirar la mano.

De alguna manera, ella presintió lo que estaba pasando. Le aterraba preguntar, pero necesitaba saber si era mejor comenzar a crear nuevas ilusiones para su futuro. Así que, armándose de valor, dijo:

—Hay otra mujer, ¿verdad?

Cristian asintió.

Los ojos de Susana se cristalizaron mientras se llenaron de lágrimas. Intentó hacerse fuerte mostrando una sonrisa. Quería decir algo. Algunas palabras de lo feliz que se sentía por él. Pero el nudo en su garganta no la dejó hablar. Si lo hacía, las lágrimas se desbordarían en ese momento. Así que prefirió guardar silencio y apretar la mano de quien siempre sería el amor de su vida.

Capítulo 31

Antes de que terminara la noche, sus vidas cambiarían para siempre.

Elisa salió del edificio de *Dance Performance*. Estaba agotada, incluso más de lo habitual. Temía no tener la energía para llegar a las finales. Quedaban tan pocos días para demostrarse que su vida había valido la pena y que, aunque solo fuera para bailar, había sido buena.

La corriente de aire era más fría de lo normal, por lo que apresuró el paso para entrar en calor. Se preguntó si Cristian ya estaba en casa o la había visto ensayar desde la terraza del edificio de enfrente. Algo que parecía una locura por el frío que estaba haciendo.

Fue cuando alzó la mirada y, sin esperarlo, lo vio caminar en dirección a ella. Llevaba una rosa roja en la mano. Una sonrisa iluminaba su rostro.

Al pararse frente a ella, le entregó la rosa.

—¿Qué es esto? —preguntó la bailarina.

Cristian la miró directo a los ojos. Siempre le había sido más fácil expresarse a través de la música. Las palabras nunca fueron su fuerte, pero ahora estaba tan necesitado de expresar lo que sentía que no sabía si gritar, ser directo o dar un discurso dictado por el corazón. Al final, dijo lo más tonto que se le ocurrió:

—¿Es vierto que soy muy lento?

—¿Qué?

Fue cuando se inclinó frente a ella y, sin pensarlo más, la besó en los labios. Un beso largo y suave. Elisa sintió los tibios labios del joven. Estaba confundida. Sus ojos permanecían abiertos de par en par. Su corazón latía con fuerza. Luego cerró los ojos, dejándose llevar por el amor que ambos sentían.

♪♫♪

Los jóvenes enamorados tomaron un Uber hasta el apartamento

del músico. Dentro del auto, no pararon de besarse. Llegaron al edificio, entraron y subieron las escaleras a toda prisa; por lo que casi caen de boca. Eso no importó: no querían separar sus labios. Fuera del apartamento, Cristian empujó la puerta con el pie. Luego entraron a la sala. Alcanzaron la habitación donde la luz de la luna se filtraba por la ventana y brillaba sobre la cama. Ambos se recostaron en ella. Sus manos exploraron sus cuerpos sobre la ropa que llevaban puesta. Con dedos torpes liberaron camisas y pantalones: toda tela era un estorbo para amarse. Al quedar desnudos, sus pieles se rozaron. Eran cálidas y suaves. Sus manos exploraron cada rincón del ser amado. Despacio. En silencio. Con pasión, sus cuerpos dejaron de ser dos seres para convertirse en uno. Hicieron el amor sin prisa. Con ternura; fue de ellos toda la noche. Se apoderaron del uno al otro con sensualidad, miradas y caricias. Desnudaron su pasión de manera profunda y conmovedora: su acto sexual estuvo lleno de amor.

Ya entrada la noche, ambos continuaban despiertos con los brazos enredados en sus cuerpos. Ninguno de los dos quería cerrar los ojos y permitir que el dormir les impidiera soñar.

Al cabo de un rato, Elisa besó la mejilla de Cristian.

—¿Llegaste a pensar que esto iba a pasar? —preguntó ella.

—No. A decir verdad, pensé que solo te quedarías por una noche en el sofá y jamás te volvería a ver.

Cristian acarició la mejilla de la bailarina y dijo:

—¿Y tú?

Ella sonrió. Clavó su mirada en los ojos del chico.

—Tuve un deseo de que sucediera.

—¿De verdad?

—No te conocía y, sin embargo, había visto tu sonrisa en mis sueños. Esa noche, cuando caminábamos rumbo a tu apartamento, seguí el rastro de la luz de luna que me llevó a tu lado. Cuando tocaste el piano, tuve el dulce deseo de una distracción de un par de horas. Jamás hubo una intención de hacer lo que hicimos esta noche, ni sentir lo que nunca me habían hecho sentir. Es gracioso la forma que actúa el amor, cuando no lo buscas, lo encuentras. Ahora solo estás aquí. Cambiando todo lo que había sido antes. Haciendo mucho más que enamorarme. Sé que he pronunciado la palabra amor a otras personas, pero ahora me doy cuenta de que mi corazón mentía. Contigo dice la verdad. —Ambas miradas se penetraron con deseo y ternura—. No quiero perder un momento. No quiero dormir. Esto es tan fuerte y tan profundo. Sé que también lo sientes. Sentir tus manos, tus labios: el saber que me amas. Toda mi vida se

sentía sin terminar; ahora está completa. A solo un beso de distancia.

Cristian no soportó más el deseo de besarla y acarició sus labios con los de ella. Ninguno de los dos supo cuanto tiempo pasó. Sin darse cuenta, se quedaron dormidos con las bocas tan cerca que los suspiros eran besos.

♪♫♪

La noche transcurrió apacible mientras los dos amantes seguían abrazados. Por primera vez, el tiempo carecía de importancia. Cristian ignoraba que hora era; Lo que tampoco le importaba. Llevaba despierto largo rato. Todo ese lapso lo había dedicado en contemplar a la hermosa musa delante de él. Cuando la oscuridad del cielo se tiñó con el tono azul pálido del alba, Elisa abrió los ojos despacio. Sonrió de inmediato al ver el apuesto rostro del músico. Una dicha la envolvió cuando descubrió que no había sido solo un sueño la noche anterior. Percibió en los ojos del joven una mirada llena de amor, pero también de tristeza.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—Te quiero a mi lado por muchos años —respondió él.

—No es el tiempo lo que importa, es la intensidad con la que uno vive. Las estrellas que brillan más son las que más rápido se apagan.

—No quiero que la tuya se apague. Deseo que viajemos juntos, conozcamos sitios que no conocemos, leamos libros que no hayan sido escritos y veamos películas que no hayan sido filmadas.

—Cristian, ¿podríamos solo disfrutar el momento? Después de todo, eso es la vida.

—He estado pensando toda la noche en quién nos podría prestar el dinero.

Elisa lo miró fijamente y le dijo:

—No quiero pensar en eso… Al hacerlo, me hace pensar en mi enfermedad y eso me deprime. No viviré mi vida, corta o larga, de ese modo.

—Me gustaría agotar todas las posibilidades.

—¿De que sirve vivir muchos años si no vuelvo a bailar?

—Porque estar viva te da un sin número de posibilidades de lograr lo que quieras.

Elisa miró al joven el silencio. El baile había sido toda su vida; sin él, no le quedaba nada. Pero ahora las cosas estaban cambiando. «*¿Podría ser feliz sin seguir bailando? ¿Acaso un ave era feliz al cortarle*

las alas?». No lo creía y, sin embargo, en ese momento, junto al hombre que amaba, era la mujer más feliz del mundo.

—¿Y cuál es tu idea de conseguir el dinero? —preguntó la joven bailarina.

—Tu padre.

Ella abrió los ojos sorprendida. No esperaba esa respuesta, por lo que de inmediato replicó:

—¡No!

—Me dijiste que tiene dinero.

—Para su esposa, no para mí.

—Se lo pagaremos… yo me comprometeré…

—Cristian… —ella lo interrumpió—, yo solo fui un accidente en su vida. A él no le importa si vivo o muero. Se sentía obligado a ayudarme cuando era menor de edad. Ahora, no le importo un carajo.

—Le importará. Ya verás. Cuando vea lo delicado de tu situación.

Elisa miró a otro lado. ¿Cómo hacerle entender la complicada relación entre su padre y ella?

—Créeme cuando te digo que no es una opción —dijo ella.

—Míralo de esta manera, las cosas pueden suavizarse entre ustedes dos. Es lo que quieres, ¿no es así?

—Sí, pero… a veces quisiera mejor quedarme con la duda. Creo que sería menos doloroso que saber que en realidad no le importo.

—Entonces eso dependerá de él. Tú habrás puesto de tu parte. Deja que él cargue con el remordimiento.

—En realidad me aterra saber la verdad. Que, incluso, al saber que me estoy muriendo, no le importe.

—Le importará. ¡Eres su hija por el amor de Dios!

—¿Recuerdas la noche que me viste con él y que me puse mal?

Cristian asintió.

—Lo recuerdo.

—Esa noche dijo que solo había sido un accidente en su vida. Que su responsabilidad terminaba ahora que ya era mayor de edad.

—Uno dice muchas cosas cuando está enojado. Elisa, te lo suplico, agotemos todas las posibilidades.

Ella contempló el rostro del joven. En realidad quería vivir toda una vida con él. Al final, terminó por aceptar.

Capítulo 32

Anochecía en la ciudad, trayendo una carga de melancolía.

Dentro del *Midtown Restaurant Sipsak,* Cristian y Elisa estaban sentados en una mesa cerca de la ventana. Había dos cafés turcos servidos en la mesa y un *Borek*: (un aperitivo turco que consistía en rollos de hojaldre crujientes, queso feta desmenuzado y eneldo). A pesar de verse delicioso, ninguno de los dos había tocado la comida. Elisa había faltado al ensayo por asistir a la cita. Lo creyó una pérdida de tiempo. Llevaban más de media hora esperando y no había señales de que su padre fuera a llegar. En ese momento, sintió algo que aprisionaba su pecho. El hecho de que su padre la dejara plantada, sabiendo que ella le había dicho que era vital verlo. Eso era algo que la lastimaba profundamente. Después de un rato, miró por la ventana y dijo:

—Él no vendrá. Deberíamos irnos. Aún tengo tiempo de llegar a ensayar.

—Tranquila. Él vendrá. ¿Quieres que te pida algo más?

Ella negó con la cabeza. Se le veía triste. Casi al borde de las lágrimas. Luego se mordió el labio inferior y masculló:

—Estamos perdiendo el tiempo.

Se levantó, pero Cristian agarró su mano y, con la mirada, le pidió que volviera a tomar asiento.

—Vamos a darle unos minutos más.

A regañadientes, Elisa se dejó caer en el asiento.

—Iba a estudiar economía como mi padre quería —masculló ella.

—¿Qué dices?

—fue cuando me enteré de mi enfermedad y decidí no perder el tiempo haciendo algo que no me gustaba.

Cristian la vio de reojo.

—Tal vez, si lo hubiera hecho, tendría el afecto de mi padre.

Luego se volvió hacia un lado y vio a una joven pareja charlando en la mesa de a lado. Observó sus dedos entrelazados. Sus miradas llenas de amor. Vislumbraban un mundo lleno de

posibilidades. Algo que se le negaba a ella. Advirtió que la mujer tenía un embarazo de ocho meses.

—¿Alguna vez has pensado —susurró Elisa— que cuando cierras los ojos, la vida a tu alrededor deja de existir?

—¿Qué dices? —preguntó Cristian, todavía mirando por la ventana.

Elisa cerró los ojos.

—Cuándo mueres, ¿dejará de existir la vida que te rodea? —se preguntó—. O, ¿todo seguirá igual?

La bailarina mantuvo los ojos cerrados por un momento. Intentó no pensar en nada, imaginando cómo sería la muerte. ¿Acaso la muerte era igual a la ejecución de un actor principal que, cuando terminaba su papel, todo se extinguía a su alrededor? *Fade to Black:* su personaje termina al igual que el de todos los demás. Al cabo de un rato, volvió a abrir los ojos y miró a su alrededor. La joven pareja seguía conversando, el café turco, frete a ella, se enfriaba y Cristian miraba por la ventana.

—Nada cambiará —se dijo—. Todo continuará…, todo seguirá igual después de que haya terminado mi papel.

Fue cuando Sergio y Carolina entraron al restaurante. Ambos vestían elegantemente. Él con un esmoquin negro, y ella con un vestido de noche plateado; además de una estola de visón.

Al verlos entrar, Elisa no pudo ocultar su descontento.

—No puedo creer que la haya traído. Aclaré que solo quería verlo a él.

—Sé amable. Deja que yo hable.

Elisa intentó sonreír. Luego alzó la mano para ser vista. Al verla, Sergio asintió. Tomó del brazo a Carolina y ambos se sentaron frente a Elisa y Cristian.

—Hola, papá —dijo—. Te presento a Cristian. Un buen amigo.

Sergio se limitó a asentir en señal de saludo mientras que Carolina permaneció callada. Parecía molesta y trató de ignorarlos.

—Señor, Cisneros…

—Papá —interrumpió Elisa a Cristian—, creí que vendrías solo.

Cristian negó con la cabeza ligeramente: eso no empezaba bien.

Carolina clavó la mirada a Elisa y dijo en tono sarcástico:

—Si quieres, me voy. Créeme, no tenía ganas de venir.

—Tranquila, Carolina —susurró Sergio. Luego se volvió a Elisa —. Estábamos en la ópera y tuvimos que salirnos. No iba a dejarla sola. Además, tú también vienes acompañada.

—Podríamos terminar con esto lo antes posible —demandó Carolina—. Ha sido un día largo y estoy agotada.

Cristian apretó la mano de Elisa. Intentó trasmitirle todo su apoyo. Luego advirtió la mirada de la tal Carolina. Enseguida se dio cuenta que, al estar aquella mujer allí, iba a dificultar las cosas, pero no podía esperar ni un segundo; por lo que fue directo al grano.

—Señor Cisneros…

—Llámeme Sergio.

Cristian suspiró.

—Sergio… —prosiguió—, Elisa está muy enferma. Necesita dinero para una operación.

Sergio palideció. Cristian lo vio como una excelente señal. Al hombre le importaba su hija.

—Eso es otro de tus trucos, ¿no? —alzó la voz Carolina—. ¿Hasta cuándo vas a dejar de chupar la billetera de mi marido?

Elisa estuvo a punto de reclamarle cuando Cristian se adelantó.

—No, no. Esto no es ningún truco. Tenemos los resultados del hospital y, si eso no es suficiente, está el mejor cirujano de Nueva York que puede confirmarlo.

Carolina fulminó con los ojos a Elisa y añadió:

—Armaste bien este jueguito, Elisa.

—Mire —intervino Cristian—, esto no se trata de ninguna estafa. Personalmente, me comprometo a devolver todo el dinero.

—Tal vez sea cierto todo lo que dice, joven —dijo Calorina más calmada—, pero Elisa ya es una adulta. Si Sergio llegó a tener un compromiso con Elisa, eso terminó cuando ella cumplió la mayoría de edad.

—Por favor —suplicó Cristian—. Por lo menos dé su firma al hospital como garantía.

—Mire, joven… —dijo Carolina.

—…Cristian.

—Cristian… Mire, usted parece una buena persona. No sé cómo se involucró con esta chica, pero le recomiendo que se aleje de ella. Siempre ha sido alguien muy difícil. Créame, solo lo meterá en problemas.

Elisa escuchaba las palabras de Carolina en silencio. Cuánto odio sentía por ella. Todo por culpa de la aventura entre su padre y su madre. Ahora, muchos años después, tenía que aguantar a esa mujer. Los ojos de la bailarina se llenaron de lágrimas. Algo que odió: mostrarse débil frente a esa vieja amargada. Al final, optó por no hacer contacto visual con ella. Esa batalla ya estaba perdida desde el principio y Cristian solo gastaba saliva.

—Mírala… —se burló Carolina—, es buena para causar lástima.

Sabe joven —se volvió hacia Christian—, yo conocí a su madre…

—No te atrevas, Carolina. — Sin dejar de ver por la ventana, Elisa habló por primera vez.

—¿Acaso no le contó? —continuó diciéndole a Cristian—. ¿Cómo su madre se dejó embarazar para atrapar a mi marido? Y no pudiendo hacerlo, lo estafó por años.

Elisa miró a otro lado. Las lágrimas de tristeza se convirtieron en lágrimas de rabia.

—No hemos venido aquí a hablar de eso. —Quiso suavizar Cristian—. No hay razón para insultar. —Luego se dirigió a Sergio —. Si no quiere ayudarla, eso quedará en su conciencia.

—Yo… —trató de decir Sergio.

—No recibirán ni un solo centavo de mi marido. La madre de esta chica ya ha hecho mucho daño …

—Mi madre fue una buena mujer —la interrumpió Elisa al verla directo a los ojos.

—¡Ella era una alcohólica! —gritó Carolina.

La escasa clientela se volvió para verlos.

—Por lo menos pudo tener a una hija —la enfrentó Elisa—. No fue una mujer amargada y seca por dentro.

Aquellas palabras calaron hondo en Carolina. Se le vinieron a la cabeza años de tratamientos inútiles para poder darle un hijo a Sergio. Eso fue demasiado. La hija, de la amante de su esposo, le restregaba en la cara su infertilidad. La rabia subió a su cabeza; su reacción fue soltarle una tremenda bofetada a la joven bailarina.

El golpe fue seco y sintió un ardor en el rostro. Elisa cubrió su mejilla. Su mandíbula tembló de coraje y sus ojos se llenaron de furia. Siempre había inclinado la cabeza ante esa mujer y ella se había aprovechado de ello, pero no más. Elisa alzó el rostro y vio los rostros de su padre y de Cristian. Ambos estaban pasmados.

Luego Sergio reaccionó y cogió los hombros de su esposa, empujándola hacia atrás.

Carolina lo empujó también. Tantos años queriendo gritar lo que sentía. De cómo odiaba a la hija de su esposo. Era el momento de sacarlo todo.

—Tu madre era una estafadora. Igual que tú lo eres. Si Sergio te da un solo centavo para esa operación, será mejor que prepare los papeles de divorcio. De cualquier manera, el mundo estaría mejor sin alguien como tú.

—Carolina… —susurró Elisa todavía con la mano en la mejilla.

De pie frente a ella, Carolina la enfrentó desafiante.

—¡¿Qué?! ¿Qué vas a hacer?

Elisa se puso de pie de un salto y, con una reacción que nadie esperaba, le soltó tremendo puñetazo en la nariz. Carolina se fue de espaldas y se estrelló en una mesa donde una pareja comía un plato con espagueti y salsa de tomate. El cabello de Carolina quedó embarrado con salsa y pasta, así como su rostro y la estola de visón cambiaron a un color rojizo; adornado con bolitas de carne molida. Carolina intentó levantarse, pero volvió a caer. Estaba completamente noqueada. Sergio se lanzó para ayudarla a levantar, pero los pies de la mujer eran un par de hilachos.

—¡No entiendo que pasa contigo! —gritó Sergio a Elisa—. Pero Carolina tiene razón. Ya eres mayor de edad. Mi responsabilidad terminó contigo.

Elisa se quedó paralizada. Torció una media sonrisa y contuvo las ganas de llorar.

—Recuerdo cuando una vez me llamaste: «*mi pequeña niña*» —masculló Elisa—. Dijiste que nunca habría alguien más importante en tu vida. Pero tu niña creció y dejó de formar parte de ti; me convertí en un estorbo. No te preocupes, no te molestaré más.

Diciendo estas palabras, abandonó el restaurante a paso rápido. Sergio vio a su hija salir de su vida. Pensó en ir tras ella, pero eso implicaría terminar treinta años de matrimonio. Con expresión triste, eligió a su esposa que, junto con Cristian, la ayudaban a sentarse en una silla.

Cristian miró los ojos de Carolina. La mujer estaba atontada por completo. Algo que aprovechó para hablar con Sergio.

—Es cierto lo de la operación. Elisa no quiere su dinero. Solo quiere su apoyo. Si no quiere dar nada, está bien. Conseguiremos el dinero de alguna manera. Pero quédese con su hija. Por el amor de Dios, es su padre.

Carolina se agarró la nariz y gritó de dolor. Sangraba. Elisa se la había roto con el tremendo derechazo.

—Necesito un doctor, Sergio —masculló con voz gangosa.

—Por favor… —suplicó Cristian—. Es su hija.

—Sergio, llévame con un doctor.

Sergio sintió que estaba entre la espada y la pared. Solía tomar miles de decisiones importantes en el trabajo, pero aquello era diferente. Las dos mujeres de su vida estaban involucradas. Al final, tomó la decisión que solo el tiempo le diría si había sido la correcta.

—Elisa estará bien —masculló Sergio.

Cristian lo miró por un momento. No dio crédito a lo que escuchó. El rostro del joven músico fue una máscara de dolor y confusión. No había nada más que añadir; se puso de pie y caminó

hacia la salida.

—Joven —habló Sergio—… Por favor, envíeme un mensaje para saber cómo salió Elisa de la operación.

Cristian miró al suelo en busca de respuestas. Luego sacudió la cabeza con incredulidad.

—Lo lamento —Fueron las últimas palabras del padre de Elisa.

Sin más, Cristian salió del restaurante.

♪♫♪

Afuera, Elisa permanecía quieta, casi inmóvil. Miles de pensamientos y recuerdos asaltaban su mente. Intentó, por todos los medios, reprimir las lágrimas. Miró a su alrededor. Sintió una soledad completa. Luego percibió una mano en su hombro. Se giró y vio a Cristian a su lado. Ella forzó una sonrisa mientras él la envolvió con los brazos.

—Ven —dijo él—. Hay que irnos.

—No me importaba el dinero para la operación, solo quería hacer las pases con él.

—Lo sé. Lo sé…

Cristian beso su cabeza y concluyó:

—Todo saldrá bien… Vas a estar bien.

El frío de la noche los envolvió mientras se alejaban del restaurante y del doloroso incidente de aquella noche. Elisa sintió que todo estaba perdido, pero Cristian no se daría por vencido.

Capítulo 33

En la triste mañana, brilló la esperanza.

Los rayos de sol entraron sobre el ventanal del apartamento de Cristian. Lucía diferente. Como una persona sin alma. Aquel lugar, donde la luz del sol bañaba el piano Fazioli con su luz, estaba vacío por primera vez. Cristian, recargado en la pared, observó a los dos hombres de la mudanza cargar el piano y emprender su lento y cuidadoso descenso al primer piso. Para luego, ser introducido al camión de mudanza y ser trasladado a sus nuevos dueños.

Elisa le había debatido para que no lo hiciera, pero él había puesto su amor por la música y el amor por ella en una balanza. Con todo el dolor de su alma, pero sin pensarlo, la bailarina había resultado vencedora. Al saber el día que llegaría la mudanza, Elisa prefirió ir a ensayar toda la mañana y no presenciar cuando le arrebataran una parte de su alma a Cristian.

La persona en lograr la venta había sido su padre, Rogelio. En ese momento él se encontraba con su hijo tratando de animarlo. Se habían puesto en contacto días después de los exámenes médicos de Elisa. Rogelio había contactado a su hijo en caso de que pudiera ayudarlo con algo más. De ahí surgió la idea de vender el piano.

—No te preocupes, conseguirás otro —dijo su padre.

Cristian observó con tristeza cómo su piano salía por la puerta y de su vida.

—No será lo mismo —dijo el joven músico—. Era el piano de mamá.

—Lo sé… ¿Quién crees que se lo dio como regalo de bodas?

Cristian se volvió para verlo.

—¿Tú?

Rogelio asintió con una sonrisa triste y dijo:

—Salgamos. El aire fresco te hará sentir mejor.

♪♫♪

Ambos caminaron por un rato hasta llegar a un parque donde

los niños jugaban en los toboganes, columpios y pasamanos. Madres y niñeras paseaban a los bebés en carriolas. Parejas de enamorados deambulaban sin rumbo agarrados de las manos.

Cristian y Rogelio tomaron asiento en una de las bancas verdes del parque. Miraron a los niños jugar y correr por todos los juegos.

—¿Cómo te sientes de nuevo viviendo con Jorge?

—No es fácil vivir en un lugar que no es tuyo, incluso si esta persona es tu mejor amigo.

—Deberías poner de tu parte.

Rogelio sabía bien a qué se refería su hijo. Cambió de tema.

—Tal vez no recuerdes cuando te traía aquí de niño.

—Eso no es verdad. Fue mamá la que siempre me trajo.

—Bueno, eso fue después del accidente.

—¿Cuál accidente?

Rogelio miró el pasado con ojos llenos de melancolía.

—Jugabas en los columpios. Me gritabas: *«mira, papá, mírame. Puedo hacerlo sin manos»*. No recuerdo lo que estaba haciendo en ese momento. Si leyendo el periódico o platicando con una de las madres que traían a sus hijos al parque.

—Parece que desde niño tuve problemas para llamar tu atención.

Rogelio rió entre dientes.

—Yo te decía: *«sí, hijo… Que bonito».* Cuando, de pronto, tu risa se volvió llanto. Te habías caído y abierto la frente. —Le señaló la pequeña cicatriz—. Aún se te ve la huella de ese día.

Cristian llevó sus dedos a la marca que le había dejado ese golpe.

—Estaba más preocupado por el regaño de tu madre que por tu herida —continuó Rogelio.

Cristian quedó boquiabierto.

—Siempre pensando en ti primero.

—Era una herida menor. Te llevé con mi amigo el cirujano. Él te atendió de inmediato. Esa noche quisiste que me quedara contigo hasta que te durmieras. Fue la primera vez, y única vez, que me elegiste a mí en lugar de a tu madre.

Cristian miró a la distancia. Sus pensamientos viajaron al pasado.

—Es verdad. No sé por qué pensé que lo había soñado.

—Hijo, sé que he sido un pésimo padre y peor marido, pero estoy haciendo todo lo posible por cambiar.

—¿En serio? Hasta acá huelo tu aliento a alcohol.

—Me ayuda a olvidar.

—Pues yo no puedo olvidar. Es algo que lo traigo clavado en la cabeza.

Cristian se golpeó la frente con la punta de su dedo índice.

—¿Acaso debería de emborracharme cómo tú lo haces?

Rogelio bajo la mirada.

—No… no deberías.

Por primera vez, durante ese año, Cristian sintió compasión por su padre. Dejó de verlo como un enemigo.

—Lo siento —le dijo—. Esto de la operación de Elisa me está volviendo loco.

—¿Para qué día está programada?

—El Dr. Phillips quería hacerlo cuanto antes, pero Elisa pidió que fuera después de la final.

—¿Por qué arriesgarse así?

—Es algo que quiere probarse así misma.

Luego se volvió para ver a su padre.

—¿Irás a verla bailar? —quiso saber Cristian.

—¿A la final? —Rogelio no podía creer lo que escuchaba—… Me encantaría.

Cristian asintió.

—Será importante para ella y para mí.

Después de un largo silencio, Cristian concluyó:

—Regresaré al apartamento para ver si los señores de la mudanza ya terminaron. Nos vemos en la presentación de Elisa, pa…

«*Pa*». ¿Cuántos años que no le llamaba así? Rogelio vio a su hijo alejarse, pero esta vez un brillo de esperanza resplandeció en sus ojos.

¿Acaso lo había perdonado?

Capítulo 34

El aire fresco de la mañana entró en sus fosas nasales, sintiéndose como agua fría después de correr un maratón.

A Elisa le había costado conciliar el sueño la noche anterior. A pesar de todo, sin saber por qué, se sentía revitalizada y llena de fuerza. Al atardecer, eran las finales: el día tan esperado para ella. Su vida entera se reducía a ese instante. Tantas horas de duro trabajo, tanto sacrificio y rechazo. Era hora de demostrarse así misma que no era una bailarina del montón. Todavía le quedaban varías horas, pero ya estaba lista. Eran las seis de la mañana y realizaba sus calentamientos matutinos en el diminuto apartamento. Cristian, como una reciente costumbre, se había ido a correr a *Central Park*. Cuando regresó, pasando las ocho de la mañana, invitó a Elisa a desayunar. Ambos fueron al *Midtown Restaurate Little Collins*. Allí ordenaron dos cafés expresos. Para ella un sándwich con tortilla de salvia, tabasco, tomates y cebollas caramelizadas. Para él, el pan tostado con mantequilla de maní casera y copos de coco. Ambos parecían una pareja de muchos años. Hacían bromas y se besaban a cada minuto. Cuando terminaron de desayunar, regresaron al apartamento. Elisa siempre sentía un vacío en el pecho al ver el espacio vacío dejado por el piano. Era un hueco triste que tenían que llenar con algo. También, a él, le afligía ver ese lugar, pero la tristeza desaparecía al ver a su musa a su lado. Después de platicar un rato en el sofá, ambos se quedaron dormidos por una hora. Al despertar, se bañaron juntos e hicieron el amor bajo el agua caliente.

Las horas pasaron rápido, más rápido de lo que hubieran deseado. A medida que se acercaba el momento, Elisa cogió el vestuario que utilizaría, el último obsequio de Abigail. Cristian había querido verlo, pero, por una tonta superstición, Elisa no se lo permitió. Decía que era como ver a la novia con el vestido puesto antes de la ceremonia nupcial.

Cuando llegó la hora, ambos tomaron un Uber hasta el *David H, Koch Theater* en el *Lincoln Center plaza.* Allí Cristian le ayudó a

cargar su vestuario que estaba dentro de un cubre trajes color gris oscuro. Ya en la entrada, le entregó el cubre trajes con el vestuario en el interior. Se dieron un enorme beso y luego intercambiaron miradas.

—Break a leg —le dijo él.

Aquella frase de *break a leg* —rómpete una pierna— le parecía absurda a Cristian cuando era niño. No fue hasta que su mamá le explicó que este término, en el mundo del teatro, era desearle buena suerte a alguien. Que, por el contrario, desearle *"buena suerte"* a un actor o bailarín antes de salir a escena, era invocar al *«mal de ojo». Así que "buena suerte"* en realidad causaría mala suerte para el actor. Por lo tanto, «*rómpete una pierna*», según esta lógica, sería un deseo de buena suerte.

Una vez dentro del teatro, Elisa caminó hasta los vestidores donde ya había algunas bailarinas. Todavía faltaban tres horas para el evento. Pensó en el pobre de Cristian que tenía que esperar todo ese tiempo fuera del teatro. Pero le tranquilizó al recordar que su padre también estaría allí. Ambos comenzaban a hablarse de nuevo. Cosa que la hacía feliz.

Las horas pasaron. Detrás de bambalinas, el caos comenzó. Bailarinas y bailarines corrían de un lado a otro. Madres ayudando con vestuario y maquillaje a sus hijos e hijas. Los participantes iban desde los cinco años hasta los veintiuno. Los pasillos estaban repletos con ellos, tendidos en el suelo; calentando los músculos, haciendo *splits* o meditando. Una energía de emociones y nerviosismo era palpable en el aire.

Elisa permanecía sentada frente al espejo con un traje de gitana color rojo, azul y amarillo, bordado con lentejuela y canutillo. Aquel traje que Abigail había usado solo una vez, pero que había sido una sensación en París, ahora lo llevaba puesto ella. Sintiendo la misma energía positiva de aquellos años atrás. A medida que se acercaba la hora, el nerviosismo acrecentó. Intentó maquillarse, pero le temblaba tanto la mano que le fue imposible. Pensó en pedir ayuda a alguna de las bailarinas, cosa que descartó de inmediato. Todas estaban ocupadas arreglando su vestuario o retocándose el maquillaje. Además, el celo entre las bailarinas era bien conocido. Al pedir un favor a cualquiera de ellas, podría resultar en una espada de doble filo. También se le ocurrió salir sin maquillaje. Pero su piel, de por sí pálida, la haría verse como un fantasma con aquellas potentes luces. Fue cuando el milagro ocurrió: una mano agarró con delicadeza la brocha para el maquillaje en polvo y comenzó a retocar su rostro.

—¿Qué harías sin mí? —dijo la voz.

Elisa giró la cabeza sobre su hombro. Sus ojos resplandecieron con un brillo de felicidad.

—Viniste…

Gabriela sonrió al tiempo que acarició las mejillas de su amiga con la brocha de maquillaje.

—El viaje fue largo y, aunque me quedé a la mitad, no pude evitar ver cómo lo finalizabas tú.

Al terminar de maquillarla, Elisa contempló su imagen en el espejo durante largo rato. Los colores exagerados, pero hermosos, resaltaban sus facciones, haciéndola lucir como una muñeca perfecta. Los tonos rojos en sus labios, el dorado y plateado en sus ojos, su tono de piel, más moreno, la hacía verse saludable. Al final, el retoque con las exenciones de cabello negro, la hacía parecer una mujer exótica.

Todavía faltaba mucho para el show, tiempo que aprovechó Elisa para hacer estiramientos y platicar con su eterna amiga: que ¿cómo le iba dando clases, si ya tenía novio, cuáles eran sus planes? Elisa también le platicó de Cristian. Cómo se conocieron y enamoraron. Eso emocionó mucho a Gabriela. La escuchó con una sonrisa de oreja a oreja todo el tiempo. Quería conocer todos los detalles, incluso los íntimos. A lo que Elisa le respondió con un: *«no, no, no… Eso son solo para mí y para Cristian».*

Después de un rato, una de las personas a cargo del evento, una mujer esbelta con gafas, ya entrada en edad, pero con un exquisito toque de distinción, le avisó que era su turno. Elisa realizó sus últimos calentamientos y caminó con paso firme hacia el escenario. A su lado, Gabriela la acompañó. Cerca de las cortinas, Gabriela le dio un gran beso en la mejilla y le dijo:

—*Break a leg.*

Elisa asintió con una sonrisa. Los nervios le impedían hablar. Luego asomó la cabeza entre las cortinas para ver a la audiencia. La casa estaba llena. La energía que sintió fue una descarga eléctrica en su abdomen. Las bailarinas más jóvenes ya habían calentado al público y estaban listos para ver a las bailarinas y bailarines mayores de dieciocho años.

Los ojos de Elisa buscaron entre la gente. Fue cuando lo vio. Ahí estaba Cristian, sentado cerca del escenario. No se explicaba por qué, cada vez que lo veía de nuevo, le parecía más apuesto. Creyó que el amor era así. Hacía ver a las personas más bellas cada día. Incluso ver sus defectos como virtudes. Tenía tantas cosas que decirle en ese momento que simplemente cerró los ojos y le habló

de corazón a corazón:

«Buscaba algo nuevo en mi vida. Despertarme y ver una visión diferente de las cosas, algo que siempre esperaba y no pasaba. Ese momento llegó en el segundo en que me tocaste. Fuiste la repentina brisa que sopló en mi existencia: un nuevo rostro, una nueva sonrisa y ahora te quiero en mi vida todo el tiempo. Supongo que viste el vacío en mi corazón y lo llenaste con tu mirada. Ahora, pase lo que pase, siempre formarás una parte importante de mí. Desde ahora en adelante, siempre estarás en mi vida».

Después de mirarlo por un breve momento y trasmitirle lo que sentía, sonrió y se alejó de la cortina. Respiró profundo. Luego se tronó los dedos en un intento de mantener la calma.

Fue cuando se escuchó una voz por los altoparlantes:

—La siguiente bailarina interpretará una versión moderna del concierto de Aranjuez. Ella es, Elisa Cisneros.

Elisa cogió la última bocanada de aire y entró al escenario. Las luces estaban apagadas. Una vez en medio, permaneció en primera posición. Su concentración era máxima.

«Este momento lo disfrutaré como ningún otro —se dijo».

Fue cuando el destello del reflector bañó su delgada figura. Su vestuario irradiaba elegancia. Ella destellaba belleza. Esa fue la pausa antes de dar forma a la música.

Cristian la miró nervioso. Casi por inercia, cogió su cuaderno de notas y un lápiz. Estaba listo para completar la sonata.

Como el estallido de un *Big-Bam,* la música cimbró el teatro. Elisa dejó escapar el espíritu de bailarina dentro de ella. Comenzó a dar giros con gracia al compás de la música.

♪♫♪

Cristian clavó los ojos al baile de Elisa. Aquella pequeña y frágil mujer se engrandecía en el escenario como titán descomunal. El teatro le era pequeño. Sin saber cómo, se dejó llevar al verla, apuntando las notas musicales en el cuaderno. Parecía que el lápiz y Elisa estuvieran conectados. Los dos se movían al ritmo de la música. Las notas musicales brotaban por arte de magia. Bailarina y sonata se fusionaban para ser una sola. En la mente del joven compositor, la melodía en su cabeza cubría el teatro. Daba la impresión que Elisa bailaba la sonata que él, en ese preciso instante, daba vida. Las notas musicales fluyeron al compás de los pasos de

ella. Cada movimiento, cada nota musical, cada giró, cada salto, cada expresión de aquella hermosa musa. Sí. Elisa era una musa de carne y hueso. Y el lápiz, en las manos del joven compositor, era poseído por ella. Cristian solo dejaba que las notas surgieran al ritmo de ella. La música, en la cabeza de Cristian, se mezcló con el baile de Elisa. Los dos eran uno: notas musicales y movimientos de baile estaban fundidos, creando algo mágico, lleno de vida. De manera increíble, el cuaderno de notas se fue llenando con la música impresa.

♪♫♪

Elisa Continuó sumergida en la música. Conocía cada movimiento como la palma de su mano. Dejó que el baile surgiera de forma natural. Cada movimiento que daba su cuerpo, incluso el dedo meñique, estaba calculado con gracia y precisión. Giros, saltos, todo en general era hermoso. Fue cuando la música se ensombreció por otro sonido. Un invitado indeseado que llegaba a eclipsar el mejor momento de su vida.

Ese pitido en su cabeza. Primero creyó que provenía de la música. Pero no. Solo quería engañarse. *«No, ahora no»* —suplicó. De inmediato, le dio vueltas la cabeza. El pitido en sus oídos creció tanto que se transformó en un martilleo en el cerebro. Fue cuando sintió que las fuerzas la abandonaban. Su energía era drenada con rapidez por cada poro de su piel. Pero sacó fuerzas de flaqueza. Su baile continuó. En ningún momento dejó de sonreír. A pesar de la fatiga y el terrible dolor en su cabeza, realizaba lo que más amaba en la vida. Ese momento era suyo y la muerte no se lo arrebataría. Siguió bailando. Su rostro brilló con una capa fina de sudor. La muerte reclamaba su presa y esta luchaba por cada bocanada de aire.

De repente, la música sonó en un eco lejano. Sin embargo, ella no dejó de bailar. Miró al escenario. Cristian la miraba y admiraba cómo nadie lo había hecho. En ese instante, dio gracias por haberlo conocido. Por haberlo amado en unas pocas semanas, lo que muchos no aman en toda una vida. Luego vio a un lado. Junto al pasillo. Observó un rostro familiar acercarse con una sonrisa. Tal vez fue el dolor tan intenso que la hizo ver visiones, pero le pareció real. Sí, no cabía duda: Abigail la miraba llena de orgullo. Allí estaba su creación. Su obra maestra. Elisa advirtió las lágrimas deslizarse por las mejillas de su antigua profesora de baile. En ese instante, supo que había llegado el momento; por lo que le asintió a

Abigail. Confiaba en ella. Sabía que la llevaría a un lugar maravilloso donde no habría dolor ni sufrimiento. Un sitio donde su madre la estaría esperando: una madre feliz en volverla a ver. Pensó en su padre y agradeció por no guardarle rencor: no quería llevarse ese sentimiento al nuevo lugar al que iría. Luego miró a Cristian: el amor de su vida. Sintió pena de no haberlo conocido antes. Le deseó felicidad. Algo le dijo que volverían a reunirse después de muchos años.

La música terminó y Elisa aceptó su destino. Dio un giro final y terminó la coreografía en cuclillas, con la frente tocando sus piernas.

El sonido de los aplausos fue estridente. Ella se puso de pie y dio un par de reverencias. Volteó a ver a Cristian que escribía algo en su libreta, pero, al mismo tiempo, no le quitaba la vista de encima. Elisa le regresó la mirada. Ese era el último rostro que quería ver: la de su amado compositor. Le sonrió con tristeza. En sus labios se leyeron lo que fueron sus últimas palabras para el joven compositor:

«Hasta pronto, mi amor».

Después, se desvaneció en el escenario. En ese preciso instante, la punta del lápiz, donde Cristian escribía las notas musicales, se quebró.

Elisa estaba en el suelo. Sus ojos apuntaban hacia arriba. Estaba inmóvil, con una sonrisa congelada en el rostro. Moría feliz. Se había demostrado ser increíblemente buena en lo que hacía y, aunque nunca conociera los resultados, supo en el corazón que ganaba la preciada beca.

Al ver a Elisa yacer en el escenario, Cristian brincó fuera de su asiento e intentó abriese paso entre la multitud que se ponía de pie para aplaudir a la increíble bailarina.

El sonido de los aplausos fue desvaneciéndose a medida que el público, fila por fila, se puso de pie. Era igual que una ola humana en un océano en medio de las luces del teatro.

Capítulo 35

La tranquilidad del agua color turquesa, en el mar Mediterráneo, le hizo reflexionar lo que fue su vida.

Sergio, un hombre anticuado de valores conservadores y firmes, se dio cuenta de que su vida fue una mala broma. Junto a él, apoyada en la barandilla del crucero que pasaba frente a la isla de Greta, estaba Carolina. Aquella mujer con la que llevaba casado treinta años y que nunca había amado. Tanto sus padres como los de ella habían arreglado el matrimonio para fortalecer sus fortunas. En verdad, intentó ser un buen esposo. Tenerle buena casa; que nunca faltaran los viajes ni la buena comida. Asistir a los eventos sociales más prestigiosos de la ciudad. Es cierto, nunca le había faltado nada, excepto un hijo. La continuación de su legado, de su apellido. Una forma extraña de seguir existiendo por generaciones. Todo eso terminaría con él. Cuando muriese, y también lo hicieran sus amigos y conocidos, sería como si nunca hubiera existido. De legado quedaría un matrimonio donde se intentaron guardar las apariencias.

Apariencias frustradas después de esa aventura en las Vegas. Con aquella mujer que, en secreto, siguió amando hasta su muerte. Pero la sociedad y el que dirán habían pesado más entre el amor verdadero y mantener las apariencias entre familiares y a amigos. Una familia que ya estaba muerta y unas amistades que cada día frecuentaba menos.

Había negado la ayuda a su única hija. Eso lo torturaba. Por otra parte, hacía feliz a su pareja de toda una vida. Con la cual se sentía cómodo, pero no amaba. *«Eso no importa —quiso convencerse».* Su vida, después de todo, no había sido tan mala. Había cumplido el sueño de sus padres al verlo casado con la mujer que le habían elegido y trabajado en lo que ellos le habían dicho. No quiso pensar en eso y prefirió enfocarse en la hermosa vista que tenía adelante. En los diferentes tonos de azul que daba el mar Mediterráneo. Fue cuando sonó su teléfono móvil. Pensó en no responder. De seguro era de la oficina. Algo que no podían resolver. Un documento que

no podían encontrar. Más por sentido de responsabilidad que por curiosidad, sacó su teléfono móvil del bolsillo y vio que la llamada era de un número desconocido en Nueva York. Si no era de la oficina, ¿de quién podría ser?

Abrió el mensaje. Lo que leyó le pareció una broma macabra del destino. Lo leyó de nuevo, creyendo que había leído mal. Pero no. Era un mensaje de solo dos palabras. Dos palabras que cambiaban todo en su vida: su matrimonio, sus convicciones de generaciones anteriores inculcadas por sus padres.

El mundo le dio vueltas. Se sintió mareado. Su rostro palideció y sus piernas se aflojaron. Estuvo a punto de derrumbarse. De no haber sido por Carolina que lo agarró en el último momento, se hubiera estrellado contra la cubierta.

—¿Qué pasa, Sergio? —gritó su esposa.

Sergio trató de articular las palabras, pero le fue imposible. Luego quiso mostrarle a su esposa el mensaje en el teléfono móvil, pero se dio cuenta de que no estaba en sus manos. Con los ojos, buscó en la cubierta y lo vio bajo sus pies. Ahí estaba el teléfono móvil, con la pantalla al cielo. El mensaje brillaba con esa luz pálida de los teléfonos móviles. Un mensaje que poco a poco se oscureció, un mensaje que decía: *Elisa murió.*

Capítulo 36

El bar, a esa hora de la tarde, se encontraba a reventar.

Los camareros se cruzaban por todo el lugar, caminando con las bebidas sobre las bandejas que equilibraban con gran destreza en las palmas de sus manos.

Sentado en una mesa, junto a un rincón sombrío, se hallaba Rogelio. Tenía buen rato observando la copa de coñac frente a él. Aquel vaso en forma de globo de tulipán con el licor era como la golosina para un niño. Su dulce sabor a almendras lo atraía como doncella al sátiro. Estuvo a punto de agarrar la copa cuando Cristian entró al bar y caminó directo a él. Una vez junto a la mesa, tomó asiento y miró la copa con la bebida.

—Es la primera —dijo el padre—, y está sin tocar.

—Pero no lo estará por mucho tiempo.

—Por supuesto que no.

Rogelio cogió la copa y la cercó a su nariz. El aroma del licor entró por sus fosas nasales y despertó sus sentidos del gusto, haciéndolo salivar.

—Mmm…, delicioso.

Luego volvió a poner la copa sobre la mesa.

—¿Quieres tomarte una con tu padre?

Cristian negó con la cabeza.

—Vamos, nunca te he visto tomar…

—Heredé tu talento en la música. Con eso fue suficiente.

Rogelio torció los labios, forzando una sonrisa.

—Vamos. Por tu padre.

—Precisamente es por ti que no la tomaré. Eso ha arruinado tu vida.

—Mi vida la arruinó mi ego. El querer comerme al mundo. Pero eso es para los jóvenes como tú. Los viejos como yo solo somos masticados por la vida y luego escupidos. Esto… Esto me ayuda a olvidar.

—Te ayuda a no vivir.

—Es difícil salir de las recaídas. Además, llevo tres días sin

tomar.

—¿Es verdad eso? ¿Desde la muerte de Elisa?

—Una forma de respeto a su memoria. Por cierto, arreglé que el hospital reembolse el dinero. Hablé con la familia a la que le vendiste el piano. Creo que no habrá problemas para que lo recuperes.

—No sé si lo quiera. No creo volver a tocar. Mi musa se ha ido.

Rogelio clavó la mirada al rostro de su hijo. No dio crédito a lo que escuchó.

—Estás equivocado —le dijo—. Ella nunca te abandonará.

Rogelio apuntó a su corazón:

—Ella está ahí…

Luego señaló a su frente:

—Y ahí también.

—No creo que sea suficiente.

—Cristian…, una musa no proviene de un objeto o ser físico. Proviene de lo qué nos hacen sentir esos seres. ¿Qué sientes con el recuerdo de Elisa? ¿Tristeza, enojo, frustración, felicidad…, amor? Créeme, esas son las mejores herramientas para un artista. Son sentimientos tan fuertes que te pueden destruir o ayudar a crear. Por supuesto, eso depende de ti.

Cristian bajó la vista.

—Mira quién lo dice —susurró a su padre—. No eres bueno siguiendo tus propios consejos.

—Lo mío es diferente….

Cristian vaciló. En su corazón, supo que era hora de sacar toda la verdad.

—Papá…, yo sabía de lo tuyo con Susana mucho antes que mamá.

—¿Qué?

Rogelio se dejó caer en el respaldo de la silla. Sus ojos se abrieron incrédulos al tiempo que trató de digerir lo que había escuchado.

Cristian levantó la vista e intentó contener el llanto.

—Yo fui quien le hizo la llamada anónima a mamá, diciéndole dónde te verías con Susana.

Rogelio quedó frío. Cada palabra era un golpe directo a su corazón que lo oprimió con fuerza.

—Ese día —continuó Cristian—, seguí a mamá al hotel donde tú y Susana se veían. Esperé en el auto frente al hotel. Después de un rato, vi llegar a mamá. Entró en el hotel y, cuando salió, se miraba destrozada… Confundida. Pude ver su rostro bañado en lágrimas.

—En ese instante su voz se quebró, las lágrimas brotaron de sus ojos y resbalaron por sus mejillas—. Subió a su auto y yo… Yo no supe qué hacer. Pude detenerla. Intentar consolarla. Hacer algo. Cualquier cosa. Pero no hice nada. Solo la seguí.

Los ojos de Rogelio fueron cubriéndose con una fina capa de lágrimas. Poco a poco, las lágrimas se acumularon hasta que se desbordaron y se deslizaron por ambas mejillas, cayendo junto a la copa de coñac.

—Miré acelerar su auto en el cruce con la luz roja —prosiguió el joven músico, mirando al pasado—. Ignoro si lo hizo a propósito o fue un accidente.

La imagen del auto de su madre, siendo estrellada por el camión cisterna, lo golpeó como un relámpago. Sacudió la cabeza en un intento de remover esa imagen de su mente.

—Todo sucedió muy rápido. Intenté ayudarla. Golpeé esa ventana con todas mis fuerzas, pero nunca se rompió. Lo último que recuerdo son sus ojos mirándome. Intentando decir algo. Pero nunca pude descifrar lo que dijeron. Esa imagen me ha torturado desde entonces. ¡Está aquí! —Se golpeó la frente con los dedos índice y medio.

♪♫♪

Aquel mensaje de texto, en su teléfono móvil, la había dejado perturbada. Al parecer, su esposo la engañaba de nuevo. En el mensaje decía el hotel y numero de habitación. Desde ese momento, una angustia inmensa se apoderó de Isabel. Sin pensarlo, fue al supuesto hotel. Lo conocía bien. Era un hotel de lujo con vistas a *Central Park*. Una vez adentro, tomó el ascensor. Tenía el numero de la habitación en su mente. 504. Al llegar al quinto piso, salió del ascensor. Sus piernas avanzaron deprisa a la habitación que buscaba. Fuera, esperó un rato. Quería atrapar a su marido con su amante. Rogelio ya lo había hecho otras veces; era algo que no le sorprendió. Pero, aun así, era doloroso. Después de un rato, vio la oportunidad de entrar. La camarera metía sábanas nuevas en la habitación contigua. Había dejado la tarjeta maestra en el carrito donde llevaba las mantas. Sin pensarlo, Isabel cogió la tarjeta y entró en la habitación. Una vez dentro, vio ropa por todo el piso. Luego se acercó a la mesita de noche y reconoció el reloj de oro Rolex de su marido. Eso le hizo sentir un vacío en el estómago. Fue cuando escuchó el ruido del agua cayendo sobre la bañera. Con paso cauteloso, se acercó y abrió la puerta del baño. El vapor se

alzaba en el lugar, dando la impresión de entrar en un sueño. Un sueño que se convirtió en pesadilla. La cortinilla de la bañera estaba semiabierta. Ella se acercó para echar un vistazo. Lo que miró hizo que sus piernas se aflojaran…

«¡No! Mis ojos me engañan. ¡Es imposible!».

Su esposo besaba a la prometida de su hijo. Ambos desnudos con el agua caliente cayendo sobre ellos.

Quedó petrificada. Luego sus ojos se encontraron con los de Susana. Ambas se miraron durante medio segundo hasta que Susana rasgó su garganta al gritar.

Rogelio giró la cabeza y vio salir a su esposa de la habitación.

A partir de ahí, todo fue confusión. No supo cómo llegó a su automóvil ni qué rumbo tomó. Solo condujo por las calles. Recordó pisar el freno a fondo cuando el semáforo en rojo la sorprendió. La lluvia se estrellaba sobre el parabrisas, arañando los cristales. Aquellas gotas eran iguales que en la regadera. Gotas resbalando por los cuerpos de Rogelio y su amante. Su amante: la prometida de su hijo. Debía hacer algo. No permitiría que se salieran con la suya. Los veía frente a ella envueltos con las gotas de agua. Estaban delante de ella. Fue cuando pisó el acelerador a fondo. Entonces, un golpe terrible sacudió el automóvil.

El resto fue una pesadilla. Escuchó todo en un eco lejano. Sintió el rostro mojado. Se llevó la mano a la frente y la miró: sangre. ¿Qué había pasado? Parpadeó para quitarse el líquido rojo de sus ojos y ver mejor. Luego quedó atónita al ver a su hijo tratando de romper la ventana que la aprisionaba.

«¿Cómo habrá llegado mi hijo hasta aquí?».

Fue cuando el olor a humo la hizo reaccionar. Gritó pidiendo ayuda. Golpeó la ventanilla con las palmas de sus manos. Empujó la puerta: estaba atascada. Luego sintió un calor sofocante que no la dejaba respirar. Percibió al fuego elevarse a través del cofre del auto. Se volvió y miró el rostro aterrado de su hijo. Advirtió cómo le sangraban los nudillos al golpear la ventanilla. *«¡No! —gritó para sus adentros».* Esas manos crean magia. No debe de golpearlas así. Entonces, pensó en tranquilizarlo. Colocó las palmas de sus manos sobre el cristal de la ventanilla y observó a su hijo con ternura. Él hizo lo mismo con sus palmas. Daba la impresión que ambas se tocaban a través del divisor.

Cristian miró a su madre. Trató de recuperar el aliento cuando un grupo de personas lo agarró con fuerza y lo alejaron del auto que se incendiaba. Miró a su madre decirle algo, pero no supo qué era.

Dentro del automóvil, Isabel susurraba a su hijo las únicas palabras que pasaban por su mente:

—Vive. Vive. Vive…

♪♫♪

El rostro de Cristian brilló con las lágrimas.

Su padre estaba petrificado. Recordó que esa tarde había salido del hotel en busca de su esposa, pero ella ya había desaparecido. No fue que hasta después de un par de horas, se le informó que Isabel había muerto en un accidente automovilístico.

Rogelio sacudió la cabeza. Intentó digerir lo que su hijo le había contado. Sentía culpa, dolor, alivio… un alivio al no llevar toda esa carga encima.

—Ahora sabes toda la verdad —masculló Cristian—. Los dos somos culpables. El remordimiento y el resentimiento son dos cosas muy destructivas, pero ambas pueden ser sanadas con el perdón.

Luego Cristian miró directo a los ojos de su padre, concluyendo:

—¿Podrías perdonarme como yo no te perdoné a ti?

Diciendo esto, se puso de pie y salió del bar.

Rogelio quedó exhausto por los recuerdos y la historia completa. Una historia que no lo absolvió, pero atenuó su culpa. Sintió que algo cambiaba en él. Era hora de madurar.

Miró vacilante la copa de coñac por un largo rato. Luego, con las puntas de sus dedos índice y medio, la alejó de él.

Capítulo 37

Cristian salió del bar. Deambuló por las calles por un rato.

Sin saber cómo, llegó al metro y bajó a la plataforma. Allí, el vagón del metro lo esperaba con las puertas abiertas. Luego sonó el pitido para anunciar que cerraba sus puertas. Lo demás fue una reacción del joven músico. Dando una gran zancada, entró en el vagón. Las puertas se deslizaron al cerrarse; no había vuelta atrás.

El joven quedó quieto. Intentó controlar la respiración. Se sintió mareado. Dejó caer su cuerpo sobre el asiento. Solo eran cuatro estaciones hasta su bajada. ¿Podría lograrlo? No lo sabía. Pero estaba consiente que tenía que hacerlo.

Luego se volvió y miró su tenue reflejo en la ventanilla. Se miró a sí mismo y contempló al pasado. Fue cosa de un parpadeó para quedarse dormido y tener un sueño lleno de recuerdos:

♪♫♪

El sueño fue como una película tomada por una cámara súper ocho. Con grano abierto e imagen borrosa de colores deslavados. Se veía a sí mismo de niño, corriendo de un lado a otro con otros niños. Subían a los columpios, pasamanos, sube y bajas y toboganes.

Su padre, quince años más joven, lo miraba jugar y divertirse. Luego, con una enorme sonrisa, llamó a su hijo y lo sentó sobre sus piernas. Lo besó en la mejilla y lo bajó de nuevo para que siguiera corriendo y jugando con sus amigos.

Cristian alcanzó a escuchar a su padre decirle algo. Algo tan tenue como la brisa. Unas palabras que no tenía idea del por qué las había olvidado. Pero en ese momento las recordó. Las palabras fueron:

—Te quiero hijo.

♪♫♪

Cristian abrió los ojos. Estos apuntaban a su reflejo en la ventanilla del metro. Su mirada estaba llena con la melancolía que acarrean los recuerdos. Se le veía triste, pero no estaba mareado ni sentía ansiedad. Por primera vez, las aflicciones del pasado fueron una capa de fortaleza para el futuro. Mientras que las cosas bellas le daban motivos para sonreír.

Capítulo 38

Los recuerdos dejaron de ser una carga para convertirse en una compañía.

Al entrar a su apartamento, Cristian percibió el suave aroma y la tibies de Elisa en cada rincón.

El piano había dejado un hueco horrible junto al ventanal, pero la ausencia de Elisa se sentía en todas partes. Fue cuando se dio cuenta de que ese aroma y esa tibies estaban impregnados en él. Era algo que conservaría para siempre. El recuerdo de su musa formaba parte de él y lo enriquecía como ser humano.

Después de contemplar lo que había sido el lugar entre ambos, dio unos pasos y tomó asiento en el sofá donde tantos recuerdos quedaban impregnados. Con las palmas de sus manos acarició los cojines. Luego tomó uno de ellos y, acercándolo a su rostro, lo olió. Lo abrazó con fuerza y lo besó.

Luego volvió a ver el espacio vacío dejado por el piano. Esta vez no le pareció tan vacío. Había algo que llenaba su lugar. Por supuesto, no era tan grande ni costoso, pero el valor sentimental y lo que significaba no tenía precio.

Era el mochilero de Elisa con el símbolo en chino que decía: *«VOLAR»*.

Cristian clavó la mirada en el símbolo. Llegaba la hora de terminar la sonata. Por Elisa y por su madre. Por las mujeres que más había amado y merecían ser inmortalizadas.

♪♫♪

Era entrada la noche y Cristian seguía escribiendo las notas musicales sobre la partitura. Las luces estaban apagadas; solo el azul claro de la noche se apreciaba en el apartamento. Cristian estaba sentado frente a un escritorio con las teclas del piano dibujadas.

Las manos del joven músico rozaron las teclas dibujadas mientras que la música surgía de su cabeza. Así duró tres días y tres

noches, hasta completar la sonata.

Capítulo 39

La sonata mezcló su música con las olas que reventaron en las rocas.

Los dedos de Cristian acariciaban las teclas de su piano Fazioli.

Después de renegociar, Rogelio había logrado recuperar el piano de Cristian.

El joven músico, como un favor especial, pidió a los transportistas que hicieran una parada rápida antes de regresar el piano al departamento que, alguna vez, fuera de su madre. El lugar estaba en un acantilado con un enorme árbol que miraba eternamente al océano. Al escuchar las razones del joven músico, y recibir una buena propina, estos aceptaron gustosos.

Ahora el crepúsculo rompía con el infinito horizonte del Océano Atlántico.

Cristian tocaba el piano sobre el acantilado. Como marco a su música, el cielo resplandecía con un azul eléctrico. Los rayos del sol surcaban entre las nubes con colores amarillos y naranjas.

Los pocos amigos de Elisa estaban reunidos. La mayoría no se conocían entre ellos. Bailarines, Gabriela, un camarero que Cristian nunca supo su nombre y una docena de desconocidos para él. Todos reunidos para despedirse de una amiga en común. Su padre, Rogelio, había sido el primero en llegar. Nunca hubiera imaginado que fuera, pero ahí estaba. Sobrio y guardando respeto de forma solemne. Aquella joven que conoció brevemente, había sido el imán entre él y su hijo; por lo cual siempre le estaría agradecido.

Gabriela sostenía la urna de madera con las cenizas de Elisa. Su mejor amiga. Se le veía destrozada, pero permanecía estoica. Tal y cómo le gustaba a Elisa que fueran las personas. Fuertes. Que lucharan por sus sueños y que jamás se rindieran.

Cristian continuó tocando el piano. Luego miró de reojo a Sergio entre la gente. Se le veía por completo destrozado. Buscó con la mirada: su esposa no estaba. Pensó que era lo mejor.

Después de decir una plegaria, Gabriela le entregó a Sergio la urna. Creyó que sería lo correcto que él la dejara ir.

Sergio cogió la urna y miró al océano. Tantas veces intentó alejar a su hija de su vida y, ahora muerta, no podía dejarla ir. En esa urna de caoba estaba el legado de muchas generaciones. Intentó decir algo, pero las palabras quedaron atascadas en su garganta. Gabriela lo entendió y volvió a tomar la urna. Luego la abrió, dejando escapar a su mejor amiga. Elisa no era para estar encerrada. Era un alma libre que continuaría viajando, aún después de haber pasado a un plano diferente.

Cristian continuó tocando al tiempo que las cenizas escaparon de su prisión de madera. EL joven músico observó cómo se elevaban las cenizas, haciendo pequeños remolinos en el aire. Daban la impresión de bailar al tiempo que subían hasta el infinito. Ninguno de los asistentes las vio caer en el océano. Con el tiempo, todos comentaron sobre aquel baile mágico que se extendió hasta el infinito.

Después de un rato, los amigos de Elisa se hicieron amigos, prometiendo seguir en contacto.

Tímido, Sergio se acercó a Cristian y le preguntó en voz baja:

—¿Conocías bien a mi hija, verdad?

—Ella era abierta, genuina. No era difícil conocerla.

—Tal vez la pregunta le parezca extraña, pero…. ¿Cómo era mi hija?

Cristian lo observó por largo rato. Quiso darse la vuelta y dejarlo solo: es lo que se merecía. Pero ese era un Cristian del pasado. Ahora, algo de Elisa había impregnado su alma, por lo que le dijo:

—Elisa era vida, era pasión. Incluso en los momentos más difíciles veía algo hermoso de la vida. Elisa era un regalo para quienes tuvimos la oportunidad de conocerla. Sin darse cuenta, cambiaba a las personas para que estas fueran mejores. Si la hubiera visto bailar, por lo menos una sola vez, habría descubierto lo que era ella. Pasión, sensibilidad, fragilidad, fuerza, ternura. Si se hubiese dado la oportunidad de verla, la habría amado tanto como todos la quisimos. Yo… yo no puedo decir que la ame más que los demás. O que ella me amó más que a los demás. Nuestro amor fue diferente. Más íntimo, más carnal; pero también más espiritual. Compuse una sonata para que fuera recordada por siempre. Y fue poco a comparación de lo que ella me dio.

—¿Qué… qué le dio?

—Una musa hasta los últimos días de mi vida. Y lo más importante, me devolvió el amor por la vida.

Con estas palabras, se despidieron con la promesa de volverse a ver: algo que nunca sucedió. Lo último que Cristian supo del padre

de Elisa, es que se estaba divorciando de su esposa con la que llevaba treinta años.

Las semanas pasaron y el año terminó.

Todos los días se escuchaba música saliendo del apartamento de Cristian. Se oían nuevas composiciones. Pero no era él quien tocaba. Rogelio ocupaba ese lugar. Siempre sobrio. Siempre inspirado. Sobre el piano Fazioli, descansaba la foto de su esposa Isabel. La mujer a la que más amó y a la que más lastimó.

En cuanto a Cristian, a partir de enero ya no lo volvieron a ver. Renunció a su trabajo como pianista en el restaurante. No regresó a correr por las mañanas a *Central Park*.

La última vez que lo vieron llevaba, sobre el hombro, un mochilero deslavado con un carácter chino en él. Dicen que estaba de pie y mirando la gigantesca tabla de llegadas y partidas en el Aeropuerto *John F. Kennedy*.

Después lo vieron transbordar a un vuelo a Londres. Rumbo a un nuevo destino.

Contents

Capítulo 39

Acerca del Autor

Roberto R. Bengoa

Nacido en la ciudad de México, Roberto R. Bengoa se graduó de la preparatoria en el área de filosofía y letras. Posteriormente emigró a California, USA. Allí estudió cine y teatro. Durante un tiempo trabajó como *copywriter* en un canal de televisión en Los Ángeles, California. Después comenzó a trabajar como guionista de cine.
Entre sus guiones destacan:

Beyond the Line; seleccionada por Los Ángeles Film Festival.

The fighter: película protagonizada por Rafael Amaya y Ana Layevska.

Shadows: cortometraje aceptado en el Hollywood Film Festival, Newport Beach Film Festival, International Short Film Festival of India (DBICA), Los Ángeles Latino International Film Festival (donde recibió el premio al mejor cortometraje) y el premio al mejor corto Opera Prima como mejor nuevo corto Europeo otorgado por el colegio de directores de Catalunya.

Go to Sleep: seleccionado en el festival *Stiges en España.*
Otras Novelas: Astral Tomo I & II